# VISITANTE DEL ESPACIO
# JOHN W. CAMPBELL




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PROLOGO

Cuando en 1937, a la edad de veintiocho años, John W. Campbell se hizo cargo de la dirección de *Astounding Stories,* puso fin a su brillante carrera literaria, produciendo desde entonces sólo unas pocas y esporádicas obras.

Resultó un eficiente editor, que llevó a la revista a uno de los primeros puestos entre las de su género –desde el primitivo *Astounding Stories* al actual *Analog* – liderazgo que mantuvo por espacio de treinta y cuatro años.

En su primera actividad de escritor, Campbell se había hecho popular con relatos donde primaba el aspecto científico sobre el literario y con una serie de cuentos que publicó bajo el seudónimo de Don Stuart. En éstos, expuso su concepción de los últimos años de la Humanidad sobre la Tierra.

Estos cuentos fueron de un estilo completamente nuevo para su época, y estaban destinados a ejercer una poderosa influencia sobre los escritores noveles. Los incluidos en este volumen forman parte de la primera colección que, bajo el seudónimo de Don Stuart, fue publicada en 1948. El que da nombre al libro, *Visitante del Espacio,* narra las peripecias sufridas por los miembros de una base ártica que encuentran, congelado en la nieve, un extraño ser procedente del espacio. Este cuento fue llevado al cine con el título *The Thing from Cuther Space* (exhibido en la Argentina como *El Enigma de Otro Mundo).* Fue dirigido por Christian Nyby y producido por Howard Hughes.

Como editor fue una figura controvertida, criticado por muchos, elogiado por otros, pero respetado por todos. Fue acusado reiteradamente de no dar lugar en su revista a los escritores cuyos relatos no ofrecían una base científica razonable, es decir a toda la nueva camada que puso más énfasis en el aspecto literario que en el técnico. Sin embargo, en sus páginas, *Analog* publicó por primera vez relatos de algunos de los más brillantes talentos del género, por ejemplo, A. Bester, B. Malberg, A. McCaffrey, R. Zelazny, S. Delany, y muchos otros que han construido la ciencia-ficción actual.

Como un homenaje póstumo, se ha instituido el premio literario que lleva su nombre, *John W. Campbell Memorial Award,* para estimular el trabajo creativo en el género.

R. Queen y A. Laurent

# VISITANTE DEL ESPACIO

## 1

Aquello hedía. Con un hedor extraño, el hedor de una mezcla de olores, que sólo conocen las cabañas sumergidas en los hielos de un campamento antártico y en que se advierten el olor a sudor humano y el denso dejo a aceite de pescado de la esperma de foca derretida. Un dejo a linimento combatía el rancio hedor a pieles impregnadas de sudor y de nieve. El acre olor a grasa de cocinar quemada y el olor animal y no desagradable de los perros, diluidos por el tiempo, se cernían en el aire.

Los olores a aceite de máquina que subsistían contrastaban claramente con el de los arneses y cueros. Pero, en cierto modo, entre todo aquel hedor a seres humanos y a sus compañeros –los perros, las máquinas y la cocina– se percibía otra tonalidad. Era algo raro, asfixiante, el dejo apenas perceptible de un olor extraño entre los olores de la industria y la vida, Y era un olor a vida. Pero provenía del objeto que yacía atado con cuerdas y lona embreada sobre la mesa, goteando lenta y metódicamente sobre los pesados tablones, húmedo y delgado bajo el resplandor sin pantalla de la luz eléctrica.

Blair, el pequeño biólogo calvo de la expedición, tiró nerviosamente de la envoltura, descubriendo el hielo límpido y oscuro que había debajo y reintegrando luego a su lugar la lona embreada con gesto de impaciencia. Sus pequeños movimientos de pájaro y su reprimida ansiedad hacían bailar su sombra sobre la orla de la ropa interior de un gris sucio que pendía del bajo cielo raso y sobre su orla ecuatorial de cabello erizado y gris en torno de su pelado cráneo, formando una cómica aureola.

El comandante Garry se adelantó hacia la mesa. Lentamente, sus ojos rastrearon los círculos de hombres apretujados en la casa de la administración. Su cuerpo alto y erecto concluyó de erguirse y asintió.

–Treinta y siete. Todos están aquí.

Hablaba en voz baja, pero ostentaba la clara autoridad de un comandante nato, de un comandante que no sólo lo es por su título.

–Ustedes conocen en líneas generales lo que hay en la trastienda de ese descubrimiento de la expedición del Polo Secundario. He estado conferenciando con el segundo comandante McReady y con Norris, así como con Blair y el doctor Copper. Hay una diferencia de opiniones y como esto involucra a todo el grupo, es simplemente justo que todo el personal de la expedición se ocupe del asunto.

"Voy a pedirle a McReady que les proporcione los detalles, ya que ustedes han estado demasiado atareados con sus respectivos trabajos para seguir de cerca los esfuerzos de los demás ¿McReady?"

Al surgir del segundo término, donde se cernía el azul del humo, McReady parecía una figura de algún mito olvidado, una estatua de bronce dotada de vida y que caminaba. Medía un metro ochenta y cinco, y cuando se detuvo junto a la mesa después de una mirada característica hacia arriba para cerciorarse que tenía espacio suficiente bajo las cortas vigas del techo se irguió. Llevaba aún su chaqueta, resistente y de un anaranjado detonante, pero que dada su enorme complexión física no parecía fuera de lugar. Aun allí, a metro y medio por debajo del viento que zumbaba sobre la desolada

extensión antártica penetraba el frío del continente helado y daba sentido a la aspereza del hombre. Y McReady era de bronce: su barba de un rajo broncíneo, la roja cabellera a tono con ella. Las nudosas manos que se crispaban y descansaban continuamente sobre los tablones de madera, eran de bronce. Hasta los hundidos ojos debajo de aquellas gruesas cejas, tenían tonalidades broncíneas.

La durabilidad del metal, que resistía al tiempo, se revelaba en los ásperos y duros contornos de su rostro y en los suaves tonos de la gruesa voz.

–Norris y Blair están de acuerdo en una cosa: en que el ser que hemos hallado aquí no es... de origen terrestre. Norris teme que pueda haber peligro en eso: Blair dice que no lo hay.

"Pero volveré a explicar cómo y por qué lo encontramos. Según todo lo que se sabía antes de que viniéramos aquí, parece ser que este punto se halla exactamente sobre el polo magnético sur de la tierra. La brújula no apunta directamente hacia aquí, como todos ustedes saben. Los instrumentos más delicados de los físicos, especialmente diseñados para esta expedición, y su estudio del polo magnético percibieron un efecto secundario, una influencia magnética secundaria y menos poderosa a unos 130 kilómetros al sudoeste de aquí.

"La expedición magnética secundaria salió a investigarlo. No hay necesidad de detalles. Lo hallamos, pero no era el enorme meteorito ni la fuente magnética que esperaba encontrar Norris. La ganga de hierro es magnética, como ustedes saben: el hierro, con tanto mayor motivo... y ciertos aceros especiales, más magnéticos aún. A juzgar por las indicaciones superficiales, el polo secundario que encontramos era pequeño, tan pequeño que su efecto magnético era ridículo. Ningún metal magnético concebible podía causarlo. Los sondeos del hielo indicaron que estaba dentro de los treinta metros de la superficie del ventisquero.

"Creo que ustedes deben conocer la estructura del lugar. Hay una ancha meseta, una extensión llana que llega a más de 230 kilómetros al sur de la estación secundaria, según dice Van Wall. Él no tuvo tiempo ni combustible para volar más lejos, pero aquella meseta se extendía con la misma lisura hacia el sur. Ahí mismo, donde estaba enterrado eso, había un cerro hundido en el hielo, una muralla de granito de inconmovible fortaleza que había impedido que los hielos se arrastraran hacia el sur.

"Acampamos durante doce días allí, en el borde de esa cordillera hundida en el hielo. Cavamos nuestro campamento en el azul hielo que formaba la superficie. Pero durante doce días consecutivos el viento sopló a 70 kilómetros por hora. Llegó hasta los 80 y bajó a los 60. La temperatura era de 63 grados bajo cero. Aumentó a 60 y bajó a 68. Aquello era meteorológicamente imposible y prosiguió en forma ininterrumpida durante doce días y doce noches.

"Más al sur, el aire helado de la meseta polar meridional surge de ese cuenco de 6.000 metros, baja por un desfiladero de la montaña, pasa por sobre un ventisquero y sigue hacia el norte. Debe haber una cordillera que forma túnel y lo encauza y lleva ese aire helado por espacio de 600 kilómetros hasta dar con la pelada meseta donde encontramos el polo secundario y a 550 kilómetros más al norte llega al océano Antártico.

"Allí, siempre ha habido hielos desde que la Antártida se heló hace veinte millones de años. Nunca hubo un deshielo.

"Hace veinte millones de años, la Antártida estaba empezando a helarse. Pero practicamos investigaciones e hicimos conjeturas. Lo que sucedió, fue poco más o menos esto.

"Algo bajó del espacio, una aeronave. La vimos allí, en el hielo azul: era algo así como un submarino sin torrecilla ni grímpolas orientadoras, de 90 metros de longitud y 15 de diámetro en su parte más gruesa.

"Aquello bajó del espacio, impulsado y llevado por fuerzas que los hombres no habían descubierto aún y no sé cómo –quizás algo hubiera funcionado mal– quedó atrapado en el campo magnético de la tierra. Vino aquí, al sur, sin gobierno probablemente, circunvalando el polo magnético. Aquello es un país salvaje, pero cuando la Antártida se estaba helando aún, debía ser mil veces más salvaje. Hubo probablemente una fuerte nevada así como un acarreo de materiales de los ventisqueros v volvió a nevar mientras el continente se helaba. El torbellino debió ser allí particularmente serio, ya que el viento lanzaba un compacto manto blanco sobre el borde de e la montaña, ahora enterrada.

"La aeronave chocó al avanzar con una masa maciza de granito y se destrozó. No murieron todos los pasajeros, pero el aparato debió quedar estropeado y su mecanismo de impulsión bloqueado. Norris cree que lo atrapó el campo magnético de la tierra. Nada de lo hecho por seres dotados de inteligencia puede ser atrapado por la muerta inmensidad de las fuerzas naturales de un planeta y sobrevivir.

“Uno de los pasajeros salió de la aeronave. El viento que soportamos ahí nunca bajó de los 41 y la temperatura nunca excedió los 60. Luego, el viento debió arreciar. Y la nevada caía en maciza sábana. Ese *ser* no se distinguía a diez pasos de distancia.”

McReady hizo una breve pausa y su grave v firme voz dejó el paso libre al zumbido del viento en las alturas, y al incómodo y malicioso gorgoteo en el caño del hornillo de la cocina.

El viento, un viento de ventisquero, soplaba en lo alto. Ahora, la nieve recogida por las murmurantes ráfagas, caía en líneas parejas y cegadoras sobre la parte delantera del sepultado campamento. Si un hombre salía de los túneles que unían los edificios subterráneos del campamento, se perdía a diez pasos de distancia. Afuera, el dedo delgado y negro del mástil radio-telefónico se erguía a 100 metros de altura y más arriba estaba el claro cielo nocturno. Un cielo de viento débil y gimiente que cubría el manto lamiente y enroscado del alba. Y al norte, llameaban en el horizonte los extraños y airados colores del crepúsculo de la medianoche. Eso era la primavera a 100 metros de altura sobre la Antártida.

En la superficie, estaba la muerte blanca Una muerte en que los dedos, helados y rígidos como agujas rehuían el viento, absorbían el calor de todas las cosas tibias. El frío... y una blanca niebla del interminable nevar de los ventisqueros, de las finas, muy finas partículas de nieve que lo lamían todo y obscurecían todas las cosas.

Kinner, el pequeño cocinero con cicatrices en el rostro, se estremeció. Cinco días antes había salido a la superficie para ir a un escondrijo de carne helada. Llegó a él, inició el regreso... y de pronto, surgió del sur el viento del ventisquero. La fría y blanca muerte que cruzaba el suelo lo cegó en veinte segundos. Prosiguió la marcha a ciegas, describiendo círculos. Transcurrió media hora antes de que unos hombres, guiados desde abajo con una cuerda, lo hallaran en la impenetrable lobreguez.

Le era fácil a un hombre –o un monstruo– extraviarse a diez pasos.

–Y el viento era entonces, probablemente, más impenetrable de lo que creemos.

La voz de McReady le evocó a Kinner el bienvenido y húmedo calor del edificio de la administración.

–El pasajero de la aeronave tampoco estaba preparado, según parece. Se heló a tres metros del misterioso aparato.

"Cavamos para encontrar la aeronave y nuestro túnel dio por casualidad con aquel ser... helado. El hacha para el hielo de Barclay le golpeó el cráneo.

"Cuando vimos lo que era, Barclay volvió al tractor y encendió el fuego y cuando empezó la presión del vapor, llamó a Blair y al doctor Copper. El propio Barclay estaba enfermo, entonces. En realidad, estuvo enfermo durante tres días.

"Al llegar Blair y Copper, sacamos a aquel ser metido en un bloque de hielo, como ustedes ven, lo envolvimos y cargamos en el tractor para volver aquí.

"Queríamos entrar en la aeronave. Llegamos al flanco de la misma y descubrimos que su metal era desconocido para nosotros. Nuestras herramientas no magnéticas de glucinio-bronce no podían afectarlo. Barclay tenía alguna herramienta de acero en el tractor y tampoco eso lo raspaba. Hicimos tests razonables: hasta intentamos algún ácido de los acumuladores sin resultados. A través de la pequeña hendidura, pudimos mirar y vimos que allí sólo había metal y herramientas, de modo que decidimos desprender el hielo con una bomba.

"Teníamos bombas de decanita y de termita. La termita ablanda el hielo: la decanita podía destruir cosas de valor, mientras que el calor de la termita aflojaría simplemente el hielo. El doctor Copper, Norris y yo pusimos una bomba de termita de 12 kilos, le hicimos una conexión y llevamos el conector por el túnel hasta la superficie, donde esperaba Blair con el tractor a vapor. A cien metros del otro lado de aquel muro de granito, hicimos estallar la bomba de termita.

"El metal de la aeronave, naturalmente se incendió. El resplandor de la bomba fulguró y se extinguió: luego, empezó a brillar de nuevo. Volvimos corriendo al tractor y gradualmente el resplandor se acentuó. Desde donde estábamos, pudimos ver todo el témpano, iluminado desde abajo por una luz insoportable: la sombra de la aeronave era un gran cono oscuro que llegaba hasta el norte, donde la luz crepuscular había desaparecido casi. Aquello duró un instante y contamos otras tres sombras que debían ser otros pasajeros helados allí. Luego, los hielos se abatieron sobre la aeronave.

"No sé cómo, en el cegador infierno, pudimos ver grandes objetos inclinados, moles negras. Aquéllos debían ser los motores, lo sabíamos. Secretos que se diluían en una radiación flamígera... secretos que habrían podido darle al hombre los planetas. Cosas misteriosas que podía levantar y arrojar esa aeronave... y que se habían impregnado de la fuerza del campo magnético de la tierra.

"Luego, las murallas de hielo se desplomaron sobre aquello. Por un momento, chilló como el hielo secoi cuando es oprimido entre metales.

"Estábamos a ciegas y durante horas vagamos a tientas por las tinieblas mientras nuestros ojos se reponían. Descubrimos que todas las bobinas, dinamos y receptores radiotelefónicos, auriculares y altoparlantes, en un kilómetro y medio a la redonda, estaban fundidos. De no haber tenido el tractor a vapor, no habríamos llegado al campamento secundario.

"Van Wall levantó vuelo del Gran Imán al salir el sol, como ustedes saben. Volvimos a la base lo antes posible. Tal es la historia de... eso."

La gran barba de bronce de McReady señaló el objeto que estaba sobre la mesa.

## 2

Blair se movió con malestar y sus pequeños dedos huesudos se retorcieron bajo la fuerte luz. Las pequeñas manchas marrones de sus nudillos se movieron atrás y adelante, mientras los tendones temblaban bajo su piel. Apartó un fragmento de lona embreada y miró con impaciencia el oscuro objeto rodeado de hielo que estaba adentro.

El corpachón de McReady se irguió. Ese día, había viajado sesenta kilómetros en el tractor que se balanceaba y trepidaba, avanzando hacia el Gran Imán. Hasta su serena voluntad era apremiada por la ansiedad de volver a confundirse con seres humanos. Reinaban la calma y el silencio en el campamento secundario, donde un viento-lobo llegaba ululando desde el polo. El viento-lobo aullaba en sus sueños: el viento zumbaba y el maligno y execrable rostro de aquel monstruo miraba de soslayo, tal como él lo viera por primera vez a través del hielo límpido y azul, con un hacha de bronce hundida en el cráneo.

El gigantesco meteorólogo volvió a hablar.

– El problema es el siguiente –dijo–. Blair quiere examinar ese ser. Derretirlo y hacer platinas microscópicas de sus tejidos. Norris no cree que eso. esté exento de peligros y Blair si. El doctor Copper está de acuerdo con Blair. Norris, naturalmente, es un físico y no un biólogo. Pero hace hincapié en un punto que todos debemos oír. Blair ha descrito las formas de vida microscópicas que los biólogos hallan vivas, aun en estos parajes fríos e inhospitalarios. Se hielan en cada invierno y se derriten en cada verano –durante tres meses– y viven.

"Lo que hace notar Norris es que se derriten y reviven. Debe haber existido vida microscópica vinculada a ese ser. La hay en todos los seres vivos que conocemos. Y Norris teme que pongamos en libertad una plaga –alguna enfermedad con gérmenes desconocidos para la tierra– si derretimos a esos seres microscópicos que han estado congelados ahí durante veinte millones de años.

"Blair admite que esa microvida puede conservar la facultad de vivir. Los seres inorgánicos, como las células individuales, pueden conservar la vida durante períodos desconocidos cuando se los congela sólidamente. En cuanto al animal en sí, está tan muerto como los mamuts congelados que se encuentran en Siberia. Las formas de vida orgánicas y de desarrollo superior no pueden soportar ese tratamiento.

"Pero la microvida pudo hacerlo. Norris insinúa que podemos liberar alguna forma de enfermedad contra la cual el hombre, por no conocerla, sería completamente impotente.

"La respuesta de Blair es que quizás existan esos gérmenes vivos aún, pero que Norris ha planteado el asunto a la inversa. Distan de ser absolutamente inmunes al hombre. Nuestra química de la vida, probablemente..."

– ¡ Probablemente!

El pequeño biólogo irguió la cabeza con un movimiento rápido, propio de un pájaro. La aureola de cabellos grises que le rodeaba la calva cabeza se encrespó, como irritada.

–Oiga... Una mirada...

–Lo sé –confesó McReady–. Ese ser no es terrenal. Parece improbable que pueda tener una química vital suficientemente semejante a la nuestra para que el contagio resulte posible, ni aun en forma remota. Yo diría que no hay peligro.

McReady miró al doctor Copper. Este meneó lentamente la cabeza. –Ninguno, afirmó con aire confiado–. El hombre no puede contagiar ni ser contagiado por gérmenes que viven en parientes tan aproximadamente lejanos como las serpientes. Y éstas se hallan, se lo aseguro a ustedes –y el rastro pulcramente afeitado del doctor Copper hizo una mueca de malestar– *mucho* más cerca de nosotros que... *eso*.

Vanee Norris se movió con irritación. Era relativamente bajo en aquella reunión de hombres grandes; medía alrededor de un metro sesenta y cinco y su complexión rechoncha y vigorosa tendía a dar la impresión de que era más bajo aún. Si McReady era un hombre de bronce, Norris era todo acero. Sus movimientos, sus pensamientos, todo su porte tenían el ágil y duro impulso de un resorte de acero. Sus nervios eran acero, enérgico y rápido para obrar, rápido para corroerse.

Se había decidido ahora sobre la posición por la cual abogaría y fustigó en su defensa con un fluir característico, veloz y cortado de palabras.

–¡Al diablo con la química distinta! Ese ser quizás esté muerto, o quizá no lo esté; pero no me gusta. ¡Maldita sea, Blair! Muéstreles el monstruo que está cuidando ahí. Muéstreles esa cosa sucia y que decidan por sí mismos si quieren que eso se derrita en este campamento.

"Y, a propósito... Tiene que derretirse esta noche en una de las cabañas, si queremos que se derrita. Alguien... ¿quién está de guardia hoy? ¡Ah, Connant! Habrá rayos cósmicos esta noche. Bueno, usted tiene que velar a esa momia suya de veinte millones de años. Desenvuélvala, Blair. ¿Cómo diablos pueden saber qué compran si no lo ven? Quizás eso tenga una química distinta. No sé qué otra cosa tiene, pero sé que tiene algo que no quiero. A juzgar por la expresión de su fisonomía –no es humana, de modo que quizás ustedes no puedan juzgarla – estaba irritado cuando se congeló. Decir irritado, en realidad, es lo más aproximado a sus sentimientos, los de un odio frenético, loco, demencial. ¿No han visto esos tres ojos encarnados y ese cabello azul que parece unos gusanos que se arrastran? Nada de lo engendrado por la tierra tiene la indecible sublimación de la devastadora ira que ese ser exhibió en su semblante al contemplar a su alrededor la helada desolación terrestre, hace veinte millones de años. ¿Loco? Su locura era bastante evidente... ¡Una locura quemante y ampollante!

"¡Qué demonios! He tenido constantes pesadillas desde que contemplé a esos tres ojos encarnados. Pesadillas... Soñé que ese ser se derretía y resucitaba... que no había estado muerto y ni siquiera totalmente inconsciente durante esos veinte millones de años, sino sólo detenido, esperando... esperando. También ustedes soñarán, mientras que ese maldito ser que la tierra no quiso poseer gotea, gotea esta noche en la Casa del Cosmos.

"Y usted, Connant –dijo Norris, volviéndose rápidamente hacia el especialista en rayos cósmicos –...usted se divertirá pasándose la noche desvelado en el silencio. El viento gime arriba... y eso gotea... –y Norris se interrumpió por un momento y miró a su

alrededor–. Lo sé. Eso no es ciencia. Pero es psicología. Ustedes tendrán pesadillas durante un año más. Todas las noches desde que miré eso las tuve. Por eso lo odio, por cierto que lo odio, y no quiero tenerlo cerca. Vuelvan a ponerlo en el lugar del que proviene y que se congele durante otros veinte millones de años. He tenido algunas bonitas pesadillas... he soñado que ese ser no era como nosotros, lo cual es evidente, sino de una carne distinta que *eso* puede fiscalizar realmente. Que puede cambiar de forma y parecer un hombre... y esperar el momento de matar y comer...

"Eso no es un argumento lógico. Sé que no lo es. Ese ser, de todos modos, no tiene una lógica terrena.

"Quizá tenga una química corporal extraña y sus gérmenes una química del cuerpo extraña. Un germen tal vez no soporte eso, pero... ¿qué les parece un virus, Blair y Copper? Ustedes dicen que eso sólo es una molécula de enzima. Le bastaría una molécula de proteína de cualquier cuerpo para trabajar con ella.

"¿Y cómo pueden estar tan seguros de que, del millón de variedades de vida microscópica que *eso* puede tener, *ninguna* de ellas es peligrosa? ¿Qué me dicen de enfermedades como la hidrofobia, que ataca a todos los animales de sangre caliente, sea cual fuere la química de su cuerpo? ¿Y de la psitacosis? ¿Tiene usted un cuerpo como el del loro, Blair? ¿Y la descomposición común... la gangrena... si se quiere? ¡Ese ser no es exigente en cuanto a la química del cuerpo!"

Blair alzó los ojos en medio de la perorata y su mirada se encontró por un momento con los ojos airados y grises de Norris.

–Hasta ahora, lo único que a su entender causó de contagioso ese ser fueron los sueños. Llegaré a admitirlo.

Una sonrisa traviesa y algo perversa iluminó el rostro cubierto de cicatrices del hombrecito.

–También yo los tuve. Eso es. Ese ser contagia sueños. Sin duda, una enfermedad peligrosísima.

"En cuanto a sus demás cosas, ustedes tienen una idea lamentablemente errónea sobre los virus. En primer lugar, nadie ha demostrado que la teoría de la enzima-molécula, y sólo eso, los explica. Y en segundo lugar, cuando ustedes contraigan la enfermedad del tabaco o la herrumbre del trigo, avísenme. Una planta de trigo está mucho más cerca de la química del cuerpo de ustedes que este ser de otro mundo.

"Y la hidrofobia de ustedes es limitada, rigurosamente limitada. Ustedes no pueden contagiársela de una planta de trigo o un pez... aunque éste es un descendiente colateral de un ascendiente común de ustedes, ni contagiársela a ellos. Un ascendiente que éste, Norris, no es."

Blair señaló con la cabeza el bulto envuelto en lona embreada que se hallaba sobre la mesa.

–Bueno, derrita ese maldito ser en un tubo de formalina, si hace falta. He insinuado que...

–Y yo he dicho que eso no tendría sentido. No se puede transigir. ¿Por qué han venido aquí usted y el comandante Garry a estudiar el magnetismo? ¿Por qué no se conformaron con quedarse en su país? Hay bastante fuerza magnética en Nueva York.

Me sería tan imposible estudiar la vida que tuvo en otros tiempos este ser, basándome en una muestra conservada en formalina, como a ustedes obtener la información que querían en Nueva York. Y... ¡si a ésa se la trata así, *nunca, en tiempos futuros, podrá haber un facsímil!* La raza de la cual proviene debió desaparecer durante los veinte millones de años que se pasó congelado, de modo que aunque proviniera de Marte, nunca encontraríamos nada semejante. Y... la aeronave ha desaparecido.

"Sólo se puede hacer una cosa... y es lo mejor. Hay que derretir eso lenta y cuidadosamente, y no en formalina."

El comandante Garry volvió a adelantarse y Norris retrocedió, murmurando con enojo:

–Creo que Blair tiene razón, caballeros. ¿Qué opinan ustedes?

Connant gruñó:

–No parece conveniente, en mi opinión... sólo que quizás él deba vigilarlo mientras se derrite.

Y sonrió lastimeramente, apartándose un mechón del color de la cereza madura caído sobre su frente.

–Buena idea, en realidad... si él se queda velando junto a su hermoso cadáver.

Ansiosamente, Blair estaba desatando las cuerdas. Un solo tirón a la lona embreada y dejó al descubierto aquel ser. El hielo se había derretido un poco con el calor de la habitación y era límpido y azul como un buen cristal grueso. Brillaba, húmedo y bruñido, bajo la áspera luz del globo de vidrio sin pantalla que pendía arriba.

Todos se pusieron repentinamente rígidos. Aquello estaba boca arriba sobre las rústicas y grasientas tablas de la mesa. El roto mango del hacha de bronce para hielo estaba sepultado en el extraño cráneo. Los tres ojos frenéticos, llenos de odio, brillaban con un fuego vivo, relucientes como sangre recién derramada, desde un rostro circuido por un nido repulsivo de gusanos que se retorcían; de azules y móviles gusanos que se arrastraban donde debía crecer el pelo.

Van Wall, un piloto de un metro ochenta de estatura y ochenta y cinco kilos de peso, con nervios habituados al hielo, dejó escapar una exclamación extraña y estrangulada y salió tambaleándose al pasillo. La mitad del grupo se dirigió hacia las puertas. Los demás, se alejaron a tropezones de la mesa.

McReady estaba parado cerca de la mesa observándolos, el corpachón sólidamente plantado sobre las vigorosas piernas. Norris, desde el otro extremo, contemplaba fijamente a aquel ser con odio feroz. Afuera, Garry hablaba con media docena de hombres a un tiempo.

Blair tomó un martillo. El hielo que servía de envoltura al ser se deshizo rápidamente bajo su contacto, abandonando aquello que protegiera durante veinte mil millares de años...

## 3

–Sé que eso no le gusta, Connant, pero hay que deshelarlo. Usted habla de dejarlo así hasta que volvamos a la civilización. Perfectamente; admito que su argumento de que podríamos hacer así un trabajo mejor y más completo es sólido. Pero... ¿cómo le haríamos cruzar a ese ser el ecuador? Tenemos que llevarlo a través de una zona cálida, la ecuatorial, y durante la mitad del camino recorrería la otra zona templada, antes de llegar a Nueva York. ¡Usted no quiere pasarse una noche desvelado junto a él, pero insinúa que yo cuelgue su cadáver en la heladera junto con la carne de vaca... ¿no es así?

Blair interrumpió su cautelosa charla, mientras su pelado cráneo cubierto de pecas asentía triunfalmente.

Kinner, el rechoncho cocinero, de rostro cubierto de cicatrices, le ahorró a Connant la molestia de responder:

–Escuche, señor. Ponga eso en la heladera con la carne y le juro por todos los dioses que hayan existido que lo meteré a usted ahí adentro para que le haga compañía. Ustedes han traído ya a mis mesas de la cocina todo lo que había de transportable en este campamento y he tenido que soportarlo. Pero si ponen cosas como ésa en mi heladera, o hasta en mi escondrijo de la carne, tendrán que hacerse ustedes mismos la comida.

–Pero Kinner –objetó Blair–. Esa es la única mesa del Gran Imán suficientemente grande para trabajar sobre ella. Todos le han explicado eso.

–Sí, y lo han traído todo aquí. Clark trae a sus perros cada vez que hay una pelea y los ata a esa mesa. Realsen trae sus trineos. ¡Lo único que no han puesto ustedes sobre esa mesa es el Boeing! Y ya lo habrían hecho si se les hubiera ocurrido la manera de traerlo a través de los túneles.

El comandante Garry rió y le sonrió a Van Wall, el enorme piloto principal. La gran barba rubia de Van Wall se estremeció con aire de sospecha cuando le hizo un grave gesto de asentimiento a Kinner.

–Tiene razón, Kinner. El departamento de aviación es el único que lo trata bien.

–Esto se abarrota, Kinner –reconoció Garry–. Pero temo que a todos nos pasa lo mismo. No hay mucha intimidad en un campamento antártico.

Una sonrisa asomó al duro rostro de Connant cuando reapareció en el de Kinner su constante y jovial aire gruñón. Pero se extinguió rápidamente cuando sus ojos obscuros y hundidos se volvieron de nuevo hacia el ser de ojos encarnados que Blair liberaba de su capullo de hielo. Una manaza desgreñó su cabello, que le llegaba al hombro, y tiró de un mechón retorcido que le caía detrás de la oreja, con gesto familiar.

–Sé que esa cabaña del rayo cósmico estará demasiado atestada si tengo que cuidar de noche a ese monstruo –gruñó–. ¿Por qué no sigue rompiendo el hielo que lo rodea –podrá hacerlo sin que nadie se entrometa, se lo aseguro– y no cuelga luego a ese ser sobre la caldera de la usina? Esa da suficiente calor. Derretiría a un pollo y hasta todo un flanco de buey, en pocas horas.

–Lo sé –protestó Blair, dejando el martillo para gesticular más rotundamente con sus dedos huesudos y pecosos, todo el pequeño cuerpo tenso de ansiedad–. Pero esto es demasiado importante para correr riesgos. Nunca se hizo un hallazgo parecido: ni se hará. Es la única oportunidad que tendrán los hombres y hay que hacerlo con toda

precisión. Mire... Usted sabe que los peces que hemos extraído cerca del mar de Ross se hielan apenas los izamos a la cubierta y reviven si uno los deshiela con cuidado..., ¿verdad? Las formas de vida inferiores no mueren al helarse con rapidez y con el deshielo lento. Tenemos...

–¡Vamos, por amor de Dios! –exclamó Connant–. ¿Usted quiere decir que ese maldito ser reviviría? Lo haré pedazos...

–¡No, no, estúpido! –exclamó Blair, interponiéndose delante de Connant para proteger su precioso hallazgo–. No. Simplemente, formas *inferiores* de vida. Por amor de Dios, déjeme terminar. No se puede deshelar formas superiores de vida y hacerlas revivir. Espere un momento, ahora... Un pez puede revivir después del congelamiento porque es una forma de vida tan inferior que las células individuales de su cuerpo reviven y eso solo basta para restablecer la vida. Todas las formas superiores desheladas así se mueren. Aunque las células individuales reviven, mueren porque deben existir una organización y un esfuerzo cooperativo para vivir. Esa cooperación no puede ser restablecida. En todo animal intacto y rápidamente congelado, hay una suerte de vida latente. Pero ésta no puede, en ninguna circunstancia, tornarse vida activa en los animales superiores. Los animales superiores son demasiado complejos, demasiado delicados. Este es un ser inteligente, que ha llegado tan alto en su evolución como nosotros en la nuestra. Quizás a mayor altura aún. Está todo lo muerto que podría estarlo un hombre helado.

–¿Cómo lo sabe? –preguntó Connant, esgrimiendo el hacha para hielo de que se apoderara momentos antes.

El comandante Garry apoyó una mano sobre su grueso hombro, conteniéndolo.

–Un momento, Connant. Quiero aclarar esto. Convengo en que este ser no será deshelado mientras exista la más lejana probabilidad de que reviva. Admito que sería demasiado desagradable tenerlo vivo, pero yo no creía que hubiera la más remota posibilidad de que eso sucediera.

El doctor Copper se sacó la pipa de entre los dientes e izó su cuerpo rechoncho y moreno de la litera sobre la cual estaba sentado.

–Blair está hablando desde el punto de vista técnico. Ese ser está muerto. Tan muerto como los mamuts que se encuentran helados en Siberia. Tenemos toda suerte de pruebas de que los animales no reviven después de haberse helado –ni siquiera los peces en un sentido general– y ninguna prueba de que la vida animal superior pueda hacerlo en ninguna circunstancia. ¿En qué se basa, Blair?

El pequeño biólogo se desperezó. La orla de cabello que se había erizado alrededor de su pelado cráneo oscilaba con austera ira.

–Me baso en que las células individuales pueden ostentar las características que tenían en vida si se las deshiela adecuadamente. Las células del músculo de un hombre viven muchas horas después de muerto éste. Por el solo hecho de que vivan y unas pocas cosas como las células del pelo y las uñas vivan aún, usted no acusaría a un cadáver de ser un *zombie* o algo así.

"Ahora bien... Si deshielo esto adecuadamente, tendré una probabilidad de determinar a qué tipo de mundo pertenece. No sabemos, ni podemos saberlo de ningún modo, si proviene de la tierra o de Marte o de Venus o de más allá de las estrellas.

"Y por el solo hecho de que ese monstruo no se parezca a la especie humana, usted no tiene por qué acusarlo de ser maligno o perverso o algo así. Quizás esa expresión de su rostro sea una resignación ante su destino. El blanco es para los chinos el color del duelo. Si los hombres pueden tener costumbres distintas... ¿por qué no podría tener una especie tan distinta diferentes criterios sobre las expresiones faciales?"

Connant rió silenciosamente, sin alegría.

–¡Una resignación pacífica! Si eso es lo mejor que puede ofrecer ese ser en materia de resignación, me habría disgustado mucho verlo furioso. Ese rostro nunca estuvo destinado a expresar la paz. En su estructura, nunca tuvo pensamientos filosóficos como la paz, simplemente.

"Sé que a usted le causa chochera... pero muéstrese cuerdo. Ese ser creció en el mal, durante su adolescencia se entretuvo asando vivos a los equivalentes locales de los gatitos y en la madurez se divirtió con una nueva e ingeniosa tortura."

–Usted no tiene el menor derecho de decir eso –dijo con tono brusco Blair–. ¿Acaso sabe el abecé del significado de una expresión facial ingénitamente inhumana? Bien puede ser que no tenga el menor equivalente humano. Ese ser es simplemente un aspecto distinto de la naturaleza, otro ejemplo de la maravillosa adaptabilidad de la naturaleza. Al crecer en otro mundo distinto, quizá más rudo, tiene distintas formas y facciones. Pero es un hijo tan legítimo de la naturaleza como usted. Usted exhibe esa infantil flaqueza humana de odiar a los distintos. En su propio mundo, ese ser lo clasificaría probablemente a usted de pez ventrudo, de monstruo blanco con insuficiente número de ojos y un cuerpo fungoso pálido e hinchado de gas. Por el solo hecho de que su naturaleza sea distinta, usted no tiene derecho a decir que es un mal necesario.

Norris estalló en un solo y explosivo *¡ja!* Luego, contempló al ser.

- Puede ser que las cosas de otros mundos no *tengan* que ser malas por el solo hecho de ser distintas. ¡Pero eso sí lo *era!* Un hijo de la naturaleza... ¿eh? Bueno, pues era una naturaleza de todos los diablos.

–¡Vamos! ¿Se dejarán de reñir y me sacarán de una vez de la mesa ese maldito objeto? –gruñó Kinner–. Y pónganle una lona encima. Su aspecto es indecente.

–Kinner se ha vuelto recatado –dijo burlonamente Connant.

Kinner miró de soslayo al corpulento físico. La mejilla cubierta de cicatrices se contrajo para unirse a la línea de sus apretados labios, en torcida sonrisa.

–Bueno, grandote... ¿Y por qué gruñía usted hace un rato? Podemos poner eso en una silla próxima a usted esta noche, si quiere.

–No temo su cara –replicó con tono brusco Connant–. No me gusta mucho velar este cadáver, pero lo haré.

La sonrisa de Kinner se dilató a lo ancho de su rostro.

–Hum... –dijo.

Fue hacia el hornillo y le desprendió vigorosamente las cenizas, ahogando con el ruido el tintineo del hielo que rompía Blair al poner manos a la obra de nuevo.

## 4

–*Cluc* –informó el contador de rayos cósmicos–. *Cluc-burp-cluc.*

Connant se sobresaltó y dejó caer el lápiz.

–¡Maldición!

El físico miró el otro rincón, observando el contador Geiger que estaba sobre la mesa. Y se arrastró debajo de ésta, donde había estado trabajando, para recobrar el lápiz.

Volvió a poner manos a la obra, tratando de que su escritura saliera más pareja, ya que tendía a dar saltos y a acusar rasgos trémulos, siguiendo el ritmo de los bruscos cacareos de gallina orgullosa del contador Geiger. El grave zumbido de la lámpara de presión que usaba Connant para iluminar el recinto, la mezcla de gorgoteos y toques de clarín de la docena de hombres que dormían en el otro extremo del pasillo, en la Casa del Paraíso, formaban la atmósfera sonora de los irregulares y cloqueantes ruidos del contador y el ocasional crujir del carbón que caía en la ventruda estufa de cobre. Y un suave e incesante *drip-drip-drip* del ser que estaba en el rincón.

Connant sacó de un tirón un atado de cigarrillos del bolsillo, lo abrió con tanta brusquedad que asomó un cigarrillo y se metió éste en la boca. El encendedor no funcionó y Connant hurgó irritado entre la pila de papeles en busca de un fósforo. Probó varias veces la rueda del encendedor, lo tiró con una maldición y se levantó para sacar una brasa de la estufa.

El encendedor funcionó instantáneamente cuando lo ensayó al volver a la mesa. El contador desgranó una serie de risitas en el momento en que lo hería un estallido de rayos cósmicos. Connant se volvió para mirarlo con enojo y procuró concentrarse en la interpretación de los datos reunidos durante la semana anterior. La síntesis de la semana...

Se rindió y cedió a la curiosidad o a la nerviosidad. Tomó del escritorio la lámpara de presión y la llevó a la mesa del rincón. Luego, volvió a la estufa y tomó los morillos. El ser se estaba deshelando desde hacía 18 horas, ya. Lo hurgó con inconsciente cautela: la carne no era ya dura como un blindaje y había cobrado una consistencia gomosa. Parecía un caucho húmedo y azul, al brillar bajo las gotitas de agua semejantes a joyitas redondas con el fulgor de la linterna de gasolina a presión. Connant sintió un irrazonable deseo de verter el contenido del depósito de la lámpara sobre el ser que estaba en su caja y echarle un fósforo. Los tres ojos encarnados brillaron furiosamente frente a él sin verlo, las cuencas de ojo color rubí reflejaban lóbregos y humosos rayos de luz.

Connant adivinó vagamente que los había estado contemplando durante largo tiempo y hasta comprendió de una manera borrosa que ya no estaban ciegos. Pero esto no parecía tener importancia, más importancia que el esforzado y lento movimiento de los tentáculos que surgían de la base de su cuello flaco y de lenta vibración.

Connant tomó la lámpara de presión y volvió a su silla. Se sentó, contemplando fijamente las páginas de guarismos matemáticos que tenía delante. El cloquear del contador Geiger se había vuelto extrañamente menos perturbador, el crujir de los carbones de la estufa no lo distraía ya.

El rumor de los tablones del piso, a sus espaldas, no interrumpió sus pensamientos cuando preparó su informe semanal de un modo automático, llenando las columnas de datos y agregando notas sucintas y nutridas.

El crujido de los tablones del piso se acercó.

5

Blair surgió bruscamente de las profundidades del sueño, acosado por pesadillas. El rostro de Connant flotaba borrosamente allá arriba: por un momento, le pareció que se prolongaba el salvaje horror de la pesadilla. Pero el rostro de Connant denotaba cólera y cierto susto.

–Blair... Blair... Maldito tronco... Despiértese.

–¿Quéeee? –preguntó el biólogo, frotándose los ojos, mientras su huesudo y pecoso; dedo se curvaba hacia un mutilado puño infantil.

Desde las literas circundantes, otros semblantes se alzaron para contemplar absortos a ambos. Connant se irguió.

–Levántese... Su maldito ser se ha escapado.

–¡Se ha escapado!

La voz toruna del piloto principal bramó las palabras con un volumen que estremeció las paredes.

Otras voces gritaron repentinamente desde los túneles de comunicación. Los doce habitantes de la Casa del Paraíso irrumpieron dando tumbos, bruscamente. Barclay, rechoncho y bulboso en su larga ropa interior de lana, llevaba un matafuegos.

–¿Qué diablos sucede? –preguntó Barclay.

–Su maldito ser se ha escapado. Me quedé dormido hace unos veinte minutos y cuando desperté, había desaparecido. Oiga, doctor... Usted había dicho que esos seres no reviven. La vida latente de Blair se ha convertido en otra muy efectiva y nos ha burlado.

Copper miró absorto, con aire ausente.

–Ese ser no era... terrenal –dijo, con un repentino suspiro–. Yo..., yo creo que las leyes terrenales no se le aplican.

–Pues pidió licencia y se la tomó. Tenemos que encontrarlo y capturarlo de algún modo –dijo Connant que profirió una furiosa blasfemia, con los hundidos ojos negros hoscos y sombríos–. Es un milagro que ese ser infernal no me haya devorado durante mi sueño.

Blair se echó atrás, con un sobresalto, los apagados ojos animados bruscamente por un fulgor de miedo.

–Puede que ese... Hum... Este... Tendremos que encontrarlo.

–Encuéntrelo usted. Es su favorito. Bastante he tenido ya con él, después de haberme pasado ahí siete horas oyendo golpear al contador Geiger con intervalos de pocos segundos. Y ustedes aquí, roncando. Es un milagro que me haya dormido. Me voy al edificio de la administración.

El comandante Garry entró, ajustándose el apretado cinturón.

–No tendrá necesidad de hacerlo. –El bramido de Van resonó como el Boeing cuando aterriza a favor del viento-. ¿De modo que ese ser no estaba muerto?

–Puedo asegurarle que no lo llevé en mis brazos –dijo con tono brusco Connant–. Cuando lo vi por última vez, su cráneo partido rezumaba una sustancia verde, como una oruga aplastada. Bueno... Era un monstruo ultraterreno de temperamento ultraterreno, a juzgar por su rostro, que miraba a su alrededor con asombro. Tenía un cráneo hendido y los sesos saliéndosele de allí.

En el umbral aparecieron Norris y McReady y también se veía acudir a otros hombres que tiritaban.

–¿Lo ha visto alguien por aquí? -–preguntó Norris, con aire ingenuo–. Tiene un metro y medio de estatura... tres ojos encarnados... los sesos saliéndosele del cráneo. ¿Se cercioró alguien, para asegurarse de que no se trataba de una humorada extravagante? Si es así, creo que todos nos uniremos para atarle a Connant al cuello al animalito de Blair, como el albatros del *Ancient Mariner*[1].

–No es una humorada –dijo Connant, estremeciéndose–. Ojalá lo fuera... Yo preferiría llevar al cuello...

Se interrumpió. Desde el pasillo, llegó un aullido salvaje y alucinante. Los hombres se tornaron rígidos, bruscamente, y se volvieron a medias.

–Creo que lo han localizado –concluyó Connant.

En sus obscuros ojos brillaba un raro malestar. Se lanzó hacia su litera de la Casa del Faraíso y volvió casi inmediatamente con un pesado revólver calibre 45 y un hacha para hielo. Esgrimía ambos cuando se lanzó por el pasillo hacia la sección de los perros.

-Habrá tomado por el pasillo que menos le convenía... e ido a parar entre los perros. Escuchen... Los perros han roto sus cadenas...

El casi aterrorizado aullar de la jauría se había convertido en un salvaje alboroto propio de una cacería. Las voces de los animales retumbaban de una manera atronadora en los angostos corredores y entre ellos se distinguía un grave gruñido de odio. Un grito penetrante de dolor, una docena de ladridos furiosos.

Connant se lanzó hacia la puerta. Pisándole los talones, lo siguieron McReady, y luego Barclay y el comandante Garry. Otros hombres se lanzaron hacia el edificio de la administración y en busca de armas... a la casa de los trineos. Pomroy, que estaba a cargo de las cinco vacas del Gran Imán, se lanzó por el pasillo en dirección opuesta: tenía en vista una horquilla de dos metros, de largos dientes.

Barclay se detuvo en plena carrera al ver que la gigantesca mole de McReady se apartaba bruscamente del túnel que llevaba a la sección de los perros y desaparecía en un recodo. Con indecisión, el mecánico vaciló durante un instante, con el matafuegos en las manos, no sabiendo a qué lado correr. Luego, siguió las anchas espaldas de Connant. Sea cual fuere la intención de McReady, se podía confiar en que la pondría en práctica con éxito.

Connant se detuvo en el recodo del pasillo. Su respiración se escapó repentinamente de su garganta, sibilante.

[1] Famoso poema de Coleridge (Nota del T.)

–¡Santo Dios!...

Su revólver se descargó atronadoramente; tres ondas sonoras envaradoras y tangibles retumbaron a lo largo de los angostos pasillos. Otras dos. El revólver cayó sobre la endurecida nieve de la huella y Barclay vio que el hacha para hielo adoptaba una posición defensiva. El vigoroso cuerpo de Connant le bloqueaba la visión, pero más allá veía algo maullante, y que reía con una risita demencial. Los perros estaban más tranquilos: había una mortal seriedad en sus graves gruñidos. Escarbaban en la endurecida nieve y las cadenas rotas tintineaban sonoramente.

De pronto, Connant se movió y Barclay pudo distinguir que había más allá. Durante un instante permaneció petrificado, luego, profirió una vigorosa maldición. El ser se lanzó sobre Connant y los poderosos brazos del hombre descargaron el hacha para hielo de plano sobre lo que podía ser una cabeza. Se oyó un horrible crujido y aquella carne hecha jirones, desgarrada por media docena de perrazos salvajes, se levantó nuevamente de un salto. Los ojos encarnados ardían con odio ultraterreno, con una vitalidad ultraterrena, imposible de matar.

Barclay proyectó sobre el ser el matafuego: el cegador y ampollante chorro de sustancia química pulverizada lo desoriento y lo detuvo, impidiendo al propio tiempo los salvajes ataques de los perros, que no temían durante mucho tiempo nada viviente o capaz de vivir, y lo mantuvieron a raya.

McReady apartó a los demás de su camino y corrió por el angosto pasillo atestado de hombres que no podían llegar al lugar donde ocurrían los hechos. Proyectaba un ataque sobre base segura. Una de las gigantescas antorchas fuelles usadas para calentar los motores del avión estaba en sus bronceadas manos. El aparato bramó ruidosamente cuando McReady dobló el recodo y abrió la válvula. El frenético maullido se acrecentó con sus sibilantes notas. Los perros se apartaron en confuso tropel del cálido lanzazo del metro de llama azul.

–Bar, consiga un cable de alta tensión y tiéndalo como pueda. Y un asa. Podemos electrocutar a este... monstruo, si yo no lo reduzco a cenizas.

McReady hablaba con la autoridad que da la acción planeada. Barclay se encaminó por el largo pasillo a la usina, pero Norris y Van Wall ya se le habían adelantado a la carrera.

Barclay halló el cable en el escondrijo eléctrico de la pared del túnel. Al cabo de un minuto, lo había desprendido y volvía. La voz de Van Wall resonó con el grito de advertencia de *¡Alta tensión!* cuando se puso en marcha la dínamo de emergencia accionada con nafta. Ahora, habían bajado ahí otra media docena de hombres: arrojaban combustible en la caldera de la usina. Norris, mientras profería maldiciones en voz baja y con tono monótono, estaba trabajando con dedos rápidos y seguros en el otro extremo del cable de Barclay con uno de los alambres aislados de conexión de energía eléctrica.

Los perros habían retrocedido cuando Barclay llegó al recodo del pasillo, acobardados por aquel furioso monstruo que los miraba con unos siniestros ojos encarnados, profiriendo maullidos, con su odio de fiera acorralada. Los canes eran un semicírculo de hocicos ensangrentados con una orla de relucientes dientes blancos y gemían con una maligna vehemencia que corría pareja casi con la furia de los ojos encarnados. McReady se paró con aire confiado en el recodo del pasillo, con la antorcha fuelle pronta para la acción en sus manos. Se hizo a un lado sin apartar los ojos de la

bestia cuando Barclay se adelantó. En su rostro enjuto y bronceado, veíase una débil y contenida sonrisa.

La voz de Norris gritó desde el otro extremo del pasillo y Barclay avanzó. El cable fue arrollado al largo mango de una pala para la nieve y los dos conductores fueron divididos y mantenidos a medio metro de distancia por un trozo de madera atado en ángulo recto sobre el otro extremo del mango. Conductores pelados de cobre, cargados con 220 voltios, centellearon a la luz de las lámparas de presión. El ser maullaba y pregonaba su odio y esquivaba los ataques. McReady avanzó hasta el costado de Barclay. Los perros adivinaron el plan con la inteligencia casi telepática de los canes amaestrados. Sus gemidos se tornaron más penetrantes, más agudos, y sus ágiles pasos los acercaron más. Bruscamente, un enorme perro de Alaska, negro como la noche, saltó sobre el acorralado monstruo. Se apartó de él chillando, con las corvas y elásticas patas destrozadas.

Barclay saltó hacia adelante y descargó su golpe. Se oyó un horripilante y agudo grito, que se estranguló. El olor a carne quemada se acentuó en el pasillo y se elevó una espiral de humo grasiento. El eco del martilleo de la dínamo lejana se volvió sordo.

Los ojos encarnados se velaron y convirtieron el rostro en una rígida y convulsionada parodia de facciones. Aquellos miembros, que parecían brazos y piernas, se estremecieron y ejecutaron movimientos espasmódicos. Los perros saltaron adelante y Barclay retiró su arma con mango de pala. El monstruo tendido sobre la nieve no se movió cuando lo desgarraron los brillantes dientes de los perros.

## 6

Garry miró a su alrededor, en la atestada habitación. Treinta y dos hombres, algunos de ellos recostados contra la pared en nerviosa tensión, otros relajados con aire de malestar, otros sentados, la mayoría de ellos de pie en una forzosa intimidad de sardinas. Treinta y dos, más los cinco dedicados a curar las heridas de los perros, formaban treinta y siete, el personal completo.

Garry empezó a hablar:

–Perfectamente. Creo que todos estamos aquí. Algunos de ustedes, tres o cuatro a lo sumo, vieron lo que sucedió. Todos vieron eso que estaba sobre la mesa y pueden obtener una idea general del asunto. Para quienes no lo hayan visto, levantaré...

Su mano se tendió hacia la lona embreada que abultaba sobre el cuerpo tendido en la mesa. De allí brotó un acre olor a carne quemada. Los presentes se movieron con malestar y se apresuraron a declarar que no necesitaban verlo.

–Parece que Charnauk no guiará más equipos de perros –prosiguió Garry–. Blair quiere examinar en forma más detallada a ese ser. Queremos saber qué pasó y asegurarnos de que está total y definitivamente muerto. ¿De acuerdo?

–El que no esté de acuerdo, puede cuidarlo esta noche – dijo con una sonrisa Connant.

Muy bien, pues, Blair... ¿qué puede decirnos sobre esto? ¿Qué era ese monstruo? –dijo Garry, volviéndose hacia el biólogo?.

– Dudo de que hayamos visto alguna vez su forma natural –dijo Blair, contemplando el cuerpo cubierto–. Quizás haya estado imitando a los seres que

construyeron esa aeronave, pero no lo creo. Los que estábamos cerca del recodo vimos a ese ser en acción: lo que está sobre la mesa es el resultado. Cuando quedó en libertad, empezó aparentemente a mirar a su alrededor. La Antártida estaba todavía helada como hace muchísimos siglos, cuando la viera por primera vez... y cuando quedara congelado. A juzgar por las observaciones que hice cuando se estaba deshelando y por los trozos de tejidos que corté y endurecí entonces, lo creo nativo de un planeta más cálido que la Tierra. En su forma natural, no podía soportar la temperatura terrestre. En la tierra no hay forma alguna de vida que pueda habitar la Antártida durante el invierno, pero la mejor transacción es el perro. Esa bestia encontró a los perros y llegó tan cerca que Charnauk se le echó encima. Los demás lo olieron o lo oyeron, no sé, el caso es que se volvieron frenéticos y rompieron sus cadenas y atacaron antes de que la pelea concluyera. Lo que encontramos fue en parte a Charnauk, que, cosa extraña, sólo estaba muerto a medias, y digerido á-medias por el protoplasma gelatinoso de ese animal y en parte los restos del monstruo que encontramos primitivamente, derretidos en cierto modo hasta volver al protoplasma básico. Cuando los perros lo atacaron, se convirtió en la mejor bestia dé ataque que podía concebir. Algún animal de otro mundo, aparentemente.

–Se convirtió –dijo con tono brusco Garry–. ¿Cómo?

–Todo ser viviente está formado de gelatina-protoplasma, y de cosas diminutas y submicroscópicas llamadas núcleos, que fiscalizan el grueso, el protoplasma. Ese ser era simplemente una modificación de ese mismo plan de alcances mundiales de la naturaleza; células formadas por protoplasma fiscalizado por núcleos infinitamente diminutos. Ustedes los físicos podrían comparar eso, una célula individual de cualquier ser viviente, con un átomo; el grueso del átomo la parte que llena el espacio, está formada por las órbitas del electrón, pero el carácter de ese ser está determinado por el núcleo atómico.

"Esto no excede absurdamente lo que ya sabemos. Sólo es una modificación que no hemos visto aún. Es tan natural y lógica como cualesquiera otras manifestaciones de la vida. Obedece exactamente a las mismas leyes. Las células están formadas por el protoplasma, su carácter es determinado por el núcleo.

"Sólo que, en ese ser, los núcleos pueden fiscalizar esas células a voluntad. Digirieron a Charnauk, y mientras lo digerían, estudiaron cada célula de su tejido o modelaron sus propias células para imitarlas con exactitud. Partes de ese ser, las partes que tuvieron tiempo de terminar la transformación, son células caninas. Pero no tienen núcleos de células de perros."

Blair levantó un poco la lona embreada. Asomó una desgarrada pata de perro, de rígida pelambre gris.

–Esto, por ejemplo, no es perro ni mucho menos: es una imitación. Con respecto a algunas partes, no estoy seguro: el núcleo se estaba ocultando, cubriendo con un núcleo de imitación de las células caninas. Con el tiempo, ni siquiera el microscopio habría podido revelar la diferencia existente.

–Supongamos que hubiese tenido muchísimo tiempo –dijo Norris, con amargura–. ¿Y entonces?

–Entonces, habría sido un perro. Los demás perros lo habrían aceptado. Nosotros lo habríamos aceptado. No creo que nada lo hubiese distinguido, ni el microscopio ni los rayos X ni ningún otro medio. Se trata de un miembro de una raza de soberana

inteligencia, una raza que ha descubierto ya los más profundos secretos de la biología y los ha usado.

–¿Qué proyectaba hacer ese monstruo? –preguntó Barclay contemplando la giba que formaba el cuerpo bajo la lona.

Blair sonrió de una manera desagradable. La orla de cabello que circundaba su calva osciló a impulsos de una ráfaga.

–Apoderarse del mundo, supongo.

–¡Apoderarse del mundo! ¡Él solo! –exclamó Connant; con voz entrecortada–. ¿Convertirse en solitario dictador?

–No –replicó Blair, meneando la cabeza. El escalpelo que esgrimiera entre sus huesudos dedos cayó y se inclinó a recogerlo, de modo que su rostro quedó oculto mientras hablaba.

–Se habría convertido en la población del mundo.

–Convertido en... ¡Habría poblado el mundo! ¿Se reproduce asexualmente?

Blair meneó la cabeza y tragó saliva.

–Ese ser... no necesitaba hacerlo. Pesaba treinta y cinco kilos. Charnauk, unos treinta y ocho. Ese ser se habría convertido en Charnauk y le habrían sobrado treinta y cinco kilos para convertirse en... en Jack, por ejemplo, o en Chinnook. Puede imitarlo todo... es decir, convertirse en todo. De haber llegado al Mar Antártico, se habría convertido en una foca... quizás en dos focas. Estas podían haber atacado a una ballena *asesina* y haberse convertido a su vez en ballenas asesinas o en una manada de focas. O quizás habría atrapado a un albatros o a una gaviota *skua* y hubiera volado a la América del Sur.

Norris profirió una blasfemia.

–Y cada vez que ese ser digería algo y lo imitaba...

–Le habría quedado su cuerpo primitivo para recomenzar –concluyó Blair–. Nada podría matarlo. No tiene enemigos naturales porque se transforma en todo lo que quiere ser. Si lo hubiese atacado una ballena asesina, se habría transformado en una ballena asesina. Si ese ser fuese un albatros y lo atacara un águila, se convertiría en águila. ¡Caramba! Podría convertirse en un águila hembra. ¡Podría desandar camino... hacerse un nido y poner huevos!

–¿Y está seguro de que ese engendro infernal ha muerto? –preguntó en voz baja el doctor Copper.

–Sí, a Dios gracias –respondió el biólogo, con voz entrecortada–. Cuando alejaron a los perros me quedé allí durante cinco minutos, manteniendo dentro de ese ser el cable de Barclay. Está muerto y... cocido.

–Entonces, sólo podemos darle las gracias al cielo de que estemos en la Antártida, donde no hay nadie, ningún ser que imitar, salvo esos animales del campamento.

–Estamos nosotros –dijo con una risita Blair–. Puede imitarnos a nosotros. Los perros no pueden viajar 600 kilómetros hasta el mar: no basta el alimento. En esta temporada no hay suficientes gaviotas *skua* que imitar. Tan tierra adentro, no hay

pingüinos. No hay nada que pueda llegar al mar desde este punto... salvo nosotros. Nosotros tenemos la inteligencia. Podemos hacerlo. ¿No comprenden? Ese ser tiene que imitarnos a nosotros... tiene que ser uno de nosotros... ésa es la única manera de que pueda pilotear un avión... pilotear un avión durante dos horas, y gobernar... ser... todos los habitantes de la tierra... Un mundo a su alcance... ¡si nos imita!

"El no lo sabía, aún. No había tenido la oportunidad de descubrirlo. Lo apuraron... lo acosaron... tomó lo que tenía más cerca. Miren... ¡Yo soy Pandora! ¡He abierto la caja! Y la única esperanza que queda es que no pueda salir de aquí. Ustedes no me vieron. Yo lo hice. Yo lo solucioné todo. Yo rompí todas las magnetos. Ningún avión puede volar. Nada puede volar."

Blair profirió una risita y se dejó caer al suelo, sollozando.

Van Wall se lanzó hacia la puerta.

Los ecos de sus pisadas se perdían en el corredor cuando el doctor Copper, sin prisa, se inclinó sobre el hombrecito tendido en el suelo. De su oficina, situada junto a aquella habitación, trajo algo y le inyectó una solución en el brazo a Blair.

–Quizá se le pase cuando despierte– suspiró, levantándose.

McReady lo ayudó a levantar al biólogo y a tenderlo sobre una litera.

–Todo depende de que podamos convencerlo de que ese ser ha muerto –agregó el doctor Copper.

Van Wall irrumpió en el recinto, alisándose distraídamente la rubia barba.

–No creo que un biólogo pudiese hacer nada parecido tan concienzudamente. Se le olvidaron los repuestos del segundo escondrijo. No hay peligro. Yo los destruí.

El comandante Garry asintió.

–Yo me estaba preguntando qué había sido del transmisor.

–Supongo que no creerá que ese ser puede escaparse en una honda radiotelefónica –dijo Copper con un bufido–. Usted tendría cinco tentativas de salvamento en los tres meses próximos si dejara de transmitir. Lo que se debe hacer, es hablar fuerte. Me pregunto si...

McReady contempló pensativamente al médico.

–Eso podría ser algo así como una epidemia. Todos los que bebieran un poco de su sangre...

Copper meneó la cabeza.

–A Blair se le ha escapado algo. Ese ser puede imitar, pero, hasta cierto punto, tiene su propia química del cuerpo, su propio metabolismo. Si así no fuera, se convertiría en un perro... y sería un perro y nada más. Tiene que ser *una imitación* de perro. Por eso, uno puede percibirlo con los *tests* de suero. Y su química, ya que ese ser proviene de otro mundo, debe ser tan total y radicalmente distinta que unas pocas células, como las ganadas por las gotas de sangre, serían tratadas como gérmenes de una enfermedad por el perro o el cuerpo humano.

–La sangre... ¿Sangraría una de esas imitaciones? –preguntó Norris.

–Sin duda. La sangre nada tiene de místico. El músculo está formado por un 90 por ciento de agua, aproximadamente: la sangre sólo difiere en que tiene un dos por ciento más de agua y menos tejido conjuntivo. Las imitaciones sangrarían –le aseguró Copper.

Blair, repentinamente, se sentó en su litera,

–Connant... ¿Dónde está Connant?–preguntó.

El físico se acercó al biólogo.

–Aquí estoy. ¿Qué quiere?

-¿Es usted? –inquirió Blair, con una risita y volvió a dejarse caer sobro la litera, convulsionado por una silenciosa risa.

Connant lo miró, desconcertado.

–¿Eh? ¿Qué si soy qué?

–¿*Está* usted ahí –insistió Blair, con grandes risotadas–, ¿*Es* usted Connant? La bestia quería ser un *hombre...* no un perro...

7

El doctor Copper se levantó con laxitud de la litera y lavó cuidadosamente la jeringa hipodérmica. El leve tintineo de ésta repercutió con harta sonoridad en la habitación atestada, ahora que la gorgoteante risa de Blair se había extinguido finalmente. Copper miró a Garry y meneó con lentitud la cabeza.

–Un caso sin remedio, me temo. No creo que podamos convencerlo nunca de que ese monstruo está muerto, ahora.

Norris rió, con aire indeciso.

–No estoy seguro de que usted me pueda convencer a mí. ¡Oh, que el diablo se lo lleve, McReady!

–¿McReady? –preguntó el comandante Garry, volviéndose para mirar sucesivamente a Norris y a McReady con curiosidad.

–Las pesadillas –explicó Norris–, McReady, formulaba una teoría sobre las pesadillas que tuvimos en la estación secundaria después de descubrir a ese monstruo.

–¿Y la teoría era?...– dijo Garry, mirando tranquilamente a McReady.

Norris contestó por él, con voz espasmódica, inquieta:

–Que ese ser no estaba muerto, que tenía algo así como una existencia mucho más lenta, una existencia que le permitía, con todo tener conciencia vagamente, del transcurso del tiempo de nuestra llegada, después do interminables años. Soñé que ese ser podía imitar cosas.

–Y puede imitarlas –gruñó Copper.

–No sea tonto –replicó con brusquedad Norris–. No es eso lo que me preocupa. En el sueño, ese ser podía leer los pensamientos y las modalidades personales.

–¿Y qué tiene de malo eso? El asunto parece inquietarlo más que la idea de lo que nos divertirá un loco en un campamento antártico –dijo Copper, señalando con la cabeza a Blair, que se había dormido.

McReady meneó lentamente su cabezota.

–Usted sabe que Connant es Connant porque no sólo parece Connant, cosa que estamos empezando a creer podría conseguir también esa bestia, sino porque piensa como Connant y se mueve como Connant. Eso exige algo más que un simple cuerpo que se le parezca: exige el pensamiento de Connant, y sus modalidades. Por eso, aunque uno sepa que ese ser podría obtener el *aspecto* de Connant, uno no se inquieta mucho, sabiendo que tiene un cerebro de otro mundo, un cerebro totalmente inhumano, y que difícilmente podría reaccionar y hablar como una de los hombres que conocemos y hacerlo tan bien como para engañarnos por un solo momento. La idea de ese monstruo imitando a uno de nosotros es fascinadora pero irreal, porgue es demasiado integralmente inhumano para engañarnos. No tiene un cerebro humano.

–Como antes dije, usted sabe decir las cosas más graves en el mas grave de los momentos –dijo Norris, contemplando sin pestañear a McReady–. ¿Quiere hacerme el favor de rematar ese pensamiento... de un modo u otro?

Kinner, el cocinero de las cicatrices, estaba parado cerca de Connant. Repentinamente cruzó toda la atestada habitación, se acercó a su familiar hornillo y desprendió ruidosamente sus cenizas.

–Ese ser no ganaría nada con asimilarse simplemente el aspecto de alguien a quien tratara de imitar –dijo el doctor Copper, con tono contenido, como si pensara en voz altar–. Tendría que comprender sus sentimientos, sus reacciones. Ese ser *es* inhumano tiene unas facultades de imitación que exceden toda concepción posible del hombre. Un buen actor, adiestrándose, puede imitar a otro hombre, las modalidades de otro hombre, lo suficiente para engañar a la mayoría de la gente. Desde luego, ningún actor podría imitarlo en forma tan perfecta como para engañar a los que han estado conviviendo con el imitado en la total intimidad de un campamento antártico. Eso, exigiría una habilidad sobrehumana.

– ¡Ah.! ¿También a usted le ha picado el germen? –dijo Norris y profirió una blasfemia en voz baja.

Connant, que estaba parado solo en un extremo de la habitación, miró a su alrededor con ojos frenéticos, muy pálido. Un suave remolino de los hombres los había agolpado poco a poco en el otro extremo, de modo que él se había quedado solo-

–¡Santo Dios! ¿Quieren callarse ustedes dos, Jeremías? –dijo Connant, con voz trémula–. ¿Qué soy yo? ¿Algún ejemplar microscópico que están disecando? ¿Algún desagradable gusano que analizan en tercera persona?

McReady lo miró: sus manos, que se retorcían lentamente, cesaron por un momento de moverse. Y dijo:

–*Nos divertimos mucho. Ojalá usted estuviese aquí. Firmado: Todos.* Connant, si usted cree que está pasando un mal rato, pase al otro lado por unos minutos. Usted tiene algo que nosotros no tenemos: sabe cual es la respuesta. Le diré algo: en estos momentos, usted es el hombre más temido y respetado del Gran Imán.



Librodot

–Dios mío, ojalá usted pudiese ver sus ojos –dijo Connant, con voz entrecortada–. ¡Déjese de mirar! ¿Quiere? ¿Qué demonios va a hacer?

–¿Se le ocurre alguna sugestión, doctor Copper? –preguntó con firmeza el comandante Garry–. La situación actual es algo complicada.

–¿De veras? –replicó con tono brusco Connant–. Venga aquí y mire a esa gente. ¡Caramba! Su aspecto es idéntico al de esa jauría que está al doblar el recodo del pasillo. Benning... ¿Quiere dejar de jugar con esa maldita hacha para hielo?

El filo de cobre resonó sobre el piso cuando el mecánico de aviación dejó caer nerviosamente el hacha. Benning se inclinó, la recogió de inmediato y la alzó con lentitud, haciéndola girar entre sus manos, mientras la mirada de sus pardos ojos se paseaba espasmódicamente por la habitación.

Copper se sentó sobre la litera, junto a Blair. La madera crujió ruidosamente. En el otro extremo del corredor, un perro aulló de dolor y llegaron suavemente hacia ellos las tensas voces de los conductores de trineos.

–El examen microscópico sería inútil, como lo señaló Blair –dijo pensativamente el doctor Cooper–. Ha transcurrido un tiempo considerable. Con todo, los *tests* de suero serían terminantes.

–¿*Tests* de suero? ¿Qué quiere usted decir, en realidad? –preguntó el comandante Garry.

–Si yo tuviera un conejo al cual se le ha inyectado sangre humana que es un veneno para los conejos, naturalmente, como lo es para ellos la sangre de cualquier otro animal que no sea otro conejo, y las inyecciones continuaran durante algún tiempo en dosis crecientes, el conejo estaría inmunizado contra los hombres. Si le sacaran una pequeña cantidad de sangre, la pusieran en un tubo de ensayo y le agregaran un poco de sangre humana al suero limpio, se operaría una visible reacción, la cual probaría que la sangre era humana. Si se le añadiera sangre de vaca o de caballo, o cualquier material de proteínas que no fuese esa única sustancia, la sangre humana, no se operaría reacción alguna. Eso, sería una prueba terminante.

–¿Quiere indicarme dónde podría yo atrapar un conejo para usted? –preguntó Norris–. Siempre que ese lugar esté más cerca que Australia no queremos perder el tiempo yendo tan lejos.

–Sé que no hay conejos en la Antártida –dijo Copper, con gesto de asentimiento–. Pero se trata simplemente del animal usual. Cualquier animal que no sea el hombre servirá. Un perro, por ejemplo. Pero eso tomará varios días y debido al tamaño mayor del animal, exigirá considerable sangre. Dos de nosotros tendremos que contribuir.

–¿Bastaría conmigo? –preguntó Garry.

–Valdría por dos –asintió Copper–. Me pondré a trabajar en eso inmediatamente.

–¿Y qué será de Connant, en el ínterin? –preguntó Kinner–. Saldré por esa puerta y me iré derechito al mar de Ross antes que cocinar para él.

–Quizá sea un ser humano... –empezó Copper.



Librodot

–¡Un ser humano! –exclamó Connant, estallando en un torrente de blasfemias–. ¡Un ser humano! ¡Que *quizá* yo sea un ser humano, malditos sierrahuesos! ¿Por quién diablos me toman?

–Por un monstruo –replicó con aspereza Copper–. Ahora, cállese y escuche.

El semblante de Connant quedó descolorido y se sentó pesadamente cuando la acusación se concretó en palabras.

–Hasta que lo sepamos, y usted sabe tan bien como nosotros que tenemos motivos para dudarlo, y sólo usted sabe cómo ha de responderse a esa pregunta, se puede esperar razonablemente que lo encerremos bajo llave –dijo Copper–. Si usted no es... un ser humano... es mucho más peligroso que ese pobre Blair, y yo cuidaré de que él sea encerrado concienzudamente. Espero que su próxima etapa sea un deseo violento de matarlo a usted, a todos los perros y probablemente a todos nosotros. Cuando despierte, se sentirá convencido de que ninguno de nosotros somos seres humanos y nada de lo que vea en el mundo alterará jamás su convicción. Sería más bondadoso dejarlo morir, pero no podemos hacer eso, naturalmente. Blair será confinado en una cabaña y usted puede quedarse en la Casa del Cosmos, con su aparato de rayos cósmicos. Lo cual es poco más o menos lo que haría usted, de todos modos. Tengo que preparar un par de perros.

Connant asintió con amargura.

–Soy un ser humano. Apure ese *test.* Sus ojos... ¡Santo Dios! Si usted pudiera ver cómo miran sus ojos...

El comandante Garry observó con ansiedad cómo Clark, el encargado de los perros, sujetaba al perrazo pardo de Alaska, mientras Copper iniciaba el tratamiento de inyecciones. El perro no se mostró ansioso de colaborar: la aguja era dolorosa y a él ya lo habían pinchado bastante esa mañana. Cinco puntadas mantenían cerrado un corte que le cruzaba la paleta, las costillas y la mitad inferior de su cuerpo. Uno de sus largos colmillos estaba roto: el fragmento que faltaba debía hallarse sepultado en el omóplato del monstruo que estaba sobre la mesa del edificio de la administración.

–¿Cuánto demorará eso? –preguntó Garry, oprimiéndose suavemente el brazo.

Estaba dolorido a causa del pinchazo que le hiciera el doctor Copper para extraerle sangre.

Copper se encogió de hombros.

–Para serle franco, no lo sé. Conozco el método general. Lo he usado con conejos. Pero no lo he experimentado con perros. Son animales grandes y embarazosos, con los cuales no resulta cómodo trabajar; naturalmente, los conejos son preferibles y por lo general sirven. En los parajes civilizados, uno les puede comprar stocks de conejos inmunes al hombre a los proveedores y no son muchos los investigadores que se toman la molestia de preparar los suyos.

–¿Para qué los quieren allí? –preguntó Clark.

–La criminología es un campo de acción muy vasto. A dice que no ha asesinado a B, y que la sangre que aparece sobre su camisa proviene de haber matado a una gallina. El Estado hace un *test* y entonces le toca a A explicar por qué la sangre reacciona

cuando se trata de conejos inmunes a los hombres, pero no cuando se trata de conejos inmunes a las gallinas.

–¿Qué haremos con Blair, mientras tanto? –preguntó Garry, con aire cansado–. Está muy bien que lo dejemos dormir donde está durante algún tiempo, pero cuando se despierte...

–Barclay y Benning están ajustando unas trancas sobre la puerta de la Casa del Cosmos –replicó Copper, con airé ceñudo–. Connant está obrando como un caballero. Creo que quizá la forma en que lo miran los demás le hace desear la intimidad. Sabe Dios que, hasta ahora todos hemos querido individualmente un poco de intimidad. Blair también obtendrá intimidad... y trancas. Tendrá un plan bien definido cuando se despierte: ¿Han oído hablar alguna vez del viejo método para detener la propagación de la aftosa en las vacas?

Clark y Garry menearon silenciosamente la cabeza:

–Si no hay fiebre aftosa, no la habrá –explicó Copper-. Uno se libera de ella matando a todos los animales que la exhiben y a todos los animales que han estado cerca del enfermo. Blair es un biólogo y lo sabe. Tiene miedo de ese ser a quien hemos puesto en libertad. Probablemente, en estos momentos la respuesta aparece muy clara en su cerebro: matar a todos y a todo en este campamento antes de que una gaviota *skua o* un albatros errante que llegue con la primavera venga casualmente por aquí y... se contagie.

Los labios de Clark se contrajeron en una sonrisa que parecía una mueca.

–Eso, me parece lógico. Si las cosas toman demasiado mal cariz... quizá sea preferible dejar en libertad a Blair. Eso, nos evitaría suicidarnos. También podríamos jurar que si las cosas se ponen feas, cuidaremos de que eso suceda.

Copper rió, con risa contenida.

–El último hombre que quedaría vivo en el Gran Imán... no sería un hombre –observó–. Alguien tiene que matar a esos... seres que no quieren matarse a sí mismos... ¿comprenden? No tenemos suficiente termita para hacerlo todo de una vez y ese explosivo de decanita no ayudaría gran cosa. Se me ocurre que hasta pequeños trozos de uno de esos seres se bastarían a sí mismos.

–Si ellos pueden modificar a voluntad su protoplasma. ¿no se modificarán simplemente a sí mismos convirtiéndose en pájaros y huyendo en vuelo? –dijo Garry, pensativamente–. Pueden leer todo lo relativo a los pájaros e imitar su estructura hasta sin haberlos visto. O imitar quizás a los pájaros del planeta del cual provienen.

Copper meneó la cabeza y le ayudó a Clark a liberar al perro.

–El hombre estudió a los pájaros durante siglos, procurando hacer una máquina capaz de volar como ellos. Nunca consiguió descubrir el secreto de los pájaros: obtuvo éxito cuando se apartó totalmente de ese camino y ensayó métodos nuevos. Conocer la idea general del asunto y la estructura detallada del ala y el hueso y el tejido nervioso es algo muy, pero muy distinto. Y en cuanto a los pájaros de otros mundos, quizás, y en realidad muy probablemente, las condiciones atmosféricas son aquí tan distintas que sus pájaros no podrían volar. Hasta es posible que ese ser proviniese de un planeta como Marte, donde la atmósfera es tan tenue que no hay pájaros.

Barclay entró en el edificio, arrastrando un cable de control de avión.

–Asunto acabado, doctor. La casa del Cosmos no puede ser abierta desde adentro. Ahora... ¿dónde encerramos a Blair?

Copper miró a Garry.

–No hay ningún edificio de biología. No sé donde podríamos aislarlo.

–¿Y el escondrijo oriental? –dijo Garry, después de meditar un momento–. ¿Podrá Blair cuidar de sí mismo... o necesitará que lo cuiden?

–Estará en condiciones de hacerlo. Más vale que nos cuidemos nosotros –le aseguró sombríamente Copper–. Lleve una cocina portátil, un par de bolsas de carbón, los víveres necesarios y algunas herramientas para equipar eso. Nadie ha estado allí desde el otoño último... ¿verdad?

Garry meneó la cabeza.

–Si se pone alborotador... creo que eso podría ser una buena idea –opinó.

Barclay dejó las herramientas que llevaba y miró a Garry.

–Si lo que murmura ahora indica algo, Blair cantará de noche. Y no nos gustará su canto.

–¿Qué dice? –preguntó Copper.

Barclay meneó la cabeza.

–No me molesté en escuchar mucho. Hágalo, si quiere. Pero entendí que ese maldito estúpido soñó con todo lo que ha soñado McReady y algo más. Durmió junto al monstruo cuando nos detuvimos en la huella que venía del Segundo Magnético, no lo olvide. Soñó que ese ser estaba vivo y otros detalles. Y, maldito sea, sabía que no todo era sueño, o tenía motivo para saberlo. Sabía que aquel ser tenía facultades telepáticas que se agitaban vagamente y que no sólo podía leer los cerebros, sino también proyectar los pensamientos. Esos no eran sueños... ¿comprende? Eran pensamientos extraviados que ese ser estaba transmitiendo, como transmite ahora sus pensamientos Blair... una especie de murmullo telepático en sueños. Es por eso que él sabía tanto sobre sus facultades. Creo que usted y yo, doctor, no somos tan sensibles... si quiere creer en la telepatía.

–Tengo que creer –dijo con un suspiro Copper–. El doctor Rhine, de la Universidad de Duke, ha probado que eso existe, que algunas personas son mucho más sensibles que otras.

–Bueno. Si quiere saber muchos detalles, vaya a escuchar la transmisión de Blair. Este ha hecho salir a la mayor parte de los muchachos del edificio de la administración: Kinner está haciendo tintinear las cacerolas como cuando cae el carbón por un saetín. Cuando no puede hacer sonar una cacerola, saca las cenizas.

–A propósito, comandante.,. ¿Qué haremos en esta primavera, ahora que los aviones no cuentan?

Garry suspiró.



Librodot

–Me temo que nuestra expedición fracasará. No podemos dividir nuestras fuerzas, ahora.

–No fracasará... si seguimos viviendo y salimos de aquí –le prometió Copper–. El hallazgo que hemos hecho, si logramos fiscalizarlo, es bastante importante. Los datos sobre los rayos cósmicos, la labor magnética y la tarea atmosférica no se verán grandemente entorpecidos.

Garry rió, sin alegría.

–Precisamente, yo estaba pensando en las transmisiones radiotelefónicas, en que le hablaremos a la mitad del mundo sobre los maravillosos resultados de nuestros vuelos de exploración, en que trataremos de engañar a hombres como Byrd y Ellsworth, en nuestro país, convenciéndolos de que estamos haciendo algo.

Copper asintió, con aire grave.

–Adivinarán que sucede algo. Pero hombres como ésos comprenderán que tenemos suficiente criterio para no apelar a esas tretas sin algún motivo y esperarán nuestro regreso para juzgarnos. Creo que el asunto se reduce a esto: los hombres que saben lo suficiente para advertir nuestra desilusión esperarán nuestro regreso. Los hombres que no tienen la discreción y fe suficientes para esperar no tendrán la experiencia necesaria para notar un engaño. Conocemos suficientemente el estado de cosas existente aquí para hacer triunfar una buena impostura.

–Con tal de que no nos manden expediciones de salvamento –oró Garry–. Cuando estemos listos para salir de aquí, si es que salimos algún día, tendremos que avisarle el capitán Forsythe que nos traiga una partida de magnetos cuando venga. Pero... no se preocupe de eso.

–Es decir... que podríamos no salir de aquí... ¿verdad? –preguntó Barclay–. Estaba pensando si una bonita y fluida descripción de una erupción o un terremoto mediante la radiotelefonía, con una buena explosión, usando una mecha de decanita debajo del micrófono, podría resultar útil. Nada, desde luego, mantendrá totalmente a raya a la gente. Pero una de esas hermosas y melodramáticas escenas *con el último hombre vivo* podría ablandarla.

Garry sonrió, con auténtico humor.

–¿Está tratando de calcular eso también toda la gente del campamento? –inquirió.

Copper se echó a reír.

–¿Qué opina usted, Garry? Confiamos en vencer. Pero no estamos demasiado a nuestras anchas.

Clark sonrió, abandonando por un instante al perro a quien intentaba calmar.

–¿Confiamos, dice usted, doctor?

## 8

Blair se movía inquieto por la pequeña cabaña. Sus ojos lanzaban espasmódicas y rápidas miradas y veían borrosamente a los cuatro hombres que estaban con él: Barclay, de un metro ochenta de estatura y que pesaba más de ochenta kilos; McReady, un

gigante de bronce; el doctor Copper, bajo pero rechoncho y vigoroso; y Benning, de un metro sesenta y cinco, delgado pero recio.

Blair estaba acurrucado contra la pared opuesta de la cabaña del escondrijo oriental, y su equipo apilado en el centro del piso, junto a la estufa, formando una isla entre él y los cuatro hombres. Sus huesudas manos se crispaban y temblaban, denotando su espanto. Sus apagados ojos revelaban su malestar mientras hacía girar la calva y pecosa cabeza con movimientos propios de un pájaro.

–No quiero que nadie venga aquí –dijo, con tono brusco y nervioso–. Yo mismo me prepararé la comida. Kinner podrá ser compasivo ahora, pero no lo creo. Voy a salir de aquí, pero no comeré ningún alimento que ustedes me envíen. Quiero alimentos envasados. Envases sellados.

–De acuerdo, Blair –prometió Barclay–. Se los traeremos esta noche. Usted tiene carbón y el fuego está encendido, Haré un último...

Barclay dio un paso adelante.

Blair se deslizó instantáneamente al rincón más lejano.

–¡Salga de aquí! ¡Apártese de mí, monstruo! –clamó él biólogo y trató de abrirse paso con las uñas a través de la pared de la cabaña–. Apártese de mí... apártese... No quiero ser absorbido... no quiero...

Barclay se dominó y retrocedió. El doctor Copper meneó la cabeza.

–Déjelo en paz, Bar–le dijo a Barclay–. A Blair le resulta más fácil arreglar el asunto personalmente. Creo que nos veremos obligados a clausurar la puerta...

Los cuatro hombres salieron. Benning y Barclay pusieron manos a la obra con eficacia. En la Antártida no había cerraduras: existía suficiente intimidad como para no hacerlas necesarias. Pero habían hecho penetrar poderosas tuercas en ambos lados de la puerta y el cable de control de aviación fue tendido rápidamente entre ellas y estirado hasta quedar tenso. Barclay puso manos a la obra con un taladro y una sierra. A poco, había practicado en la puerta una trampa a través de la cual se podían hacer pasar víveres sin abrir aquélla. Tres fuertes bisagras tomadas de un canasto para animales, dos candados y un par de pasadores de tres pulgadas lo aseguraron contra toda posibilidad de que abrieran del otro lado.

Blair se movía con impaciencia de un lado a otro, en el interior. Arrastró algo hacia la puerta, jadeando y profiriendo frenéticas blasfemias. Barclay abrió la trampa y miró, mientras el doctor Copper atisbaba por sobre su hombro. Blair había arrimado contra la puerta su pesada litera. Ahora, no se podía abrir sin su cooperación.

–Creo que el pobre hace bien –dijo con un suspiro McReady–. Si se escapa, su confesada intención es matarnos a todos y a cada uno lo antes posible, lo cual es algo que no podemos aceptar. Pero de nuestro lado de la puerta tenemos algo peor que un loco homicida. Si hay que soltar al uno o al otro, creo que vendré a desatar esas cuerdas.

Barclay sonrió.

–Avíseme y le mostraré cómo debe hacer para desatarlas con rapidez. Volvamos.

El sol teñía el horizonte al norte con multicolores arco iris aún, aunque hacía dos horas que había bajado de la línea del horizonte. Los hielos flotantes a la deriva se

deslizaban hacia el norte, centelleando bajo sus flamígeros dardos. Pequeños montículos de redondeada blancura mostraban la cordillera del Imán, que apenas sobresalía por sobre los hielos a la deriva. Pequeños remolinos de nieve levantados por el viento giraban alrededor de sus esquíes cuando partieron hacia el campamento principal, establecido a tres kilómetros de allí. El delgado dedo de la antena de transmisión alzó una fina aguja negra hacia la blancura del continente antártico. La nieve, bajo sus esquís, parecía fina arena, dura y quebradiza.

–La primavera ha llegado –dijo con amargura Benning–, ¿Verdad que nos divertimos? Y yo, que esperaba con ansia el momento de alejarme de este maldito agujero hecho en el hielo...

–Yo que usted, no lo intentaría ahora –gruñó Barclay–. La gente que se vaya de aquí en los días próximos será extraordinariamente impopular.

–¿Cómo sigue su perro, doctor Copper? –preguntó McReady–. ¿Ha obtenido algún resultado, ya?

–¿A las 30 horas? Ojalá los hubiera. Hoy, le inyecté mi sangre. Pero supongo que necesitaré otros cinco días. Ciertamente, no sé lo suficiente para detenerme antes.

McReady preguntó, lentamente:

–Me pregunto esto... Si Connant se hubiese... transformado... ¿nos habría puesto en guardia tan pronto después de la fuga del monstruo? ¿No habría esperado lo suficiente para que éste tuviera una verdadera probabilidad de ponerse a salvo? Hasta que nos despertáramos, naturalmente...

–Ese monstruo es egoísta –observó el doctor Copper–. No lo creerá usted poseído por el espíritu de la justicia superior... ¿verdad? Supongo que cada parte de sí es para él el todo, que cada parte suya es toda para él. Si Connant hubiese sido transformado, para salvar el pellejo, habría... pero los sentimientos de Connant no han cambiado: son imitados perfectamente o bien los suyos propios. Naturalmente, la imitación, copiando a conciencia los sentimientos de Connant, habría hecho exactamente lo mismo que él.

–Oiga... ¿no podrían Norris o Van someter a Connant a algún *test?* Si ese ser es más inteligente que los hombres, podría saber más sobre física que Connant y ellos lo notarían –insinuó Barclay.

Copper meneó la cabeza, con laxitud.

–No, si sabe leer los pensamientos. No se puede proyectar una celada para ese monstruo. Van lo propuso anoche. Confiaba en que el monstruo respondería algunas de las preguntas sobre física cuyas respuestas querría conocer.

–Esta idea de una expedición de cuatro está predestinada a hacernos más feliz la vida –dijo Benning, mirando a sus camaradas–. Cada uno de nosotros tendrá un ojo fijo en los demás para asegurarse de que no harán... nada raro. ¡Qué grupo lleno de mutua confianza formaremos! Cada uno mirará a sus vecinos con el mayor despliegue de fe y confianza... Ya estoy empezando a comprender lo que quiso decir Connant al declarar: *ojalá pudiera usted ver sus ojos.* Creo que de vez en cuando todos tenemos la misma mirada. Uno de nosotros mira a su alrededor con unos ojos que dicen *me pregunto si alguno de los otros tres* es... Por lo demás, no me exceptúo a mí mismo.



Librodot

–Que yo sepa, el monstruo ha muerto y sólo ha dejado en pie un leve interrogante con respecto a Connant. No se sospecha de ningún otro –declaró lentamente McReady–. La orden de *siempre cuatro* es una mera medida precautoria.

Estoy esperando que Garry lo convierta en *cuatro en una litera* –suspiró Barclay–. Creí no tener ninguna intimidad antes, pero desde esa orden...

9

Ninguno observaba con más tensión que Connant. Un pequeño tubo de ensayo de vidrio esterilizado, lleno a medias de un líquido color paja. Uno... dos... tres... cuatro... cinco gotas de la clara solución que Copper había preparado con las gotas de sangre extraídas del brazo de Connant. El tubo fue agitado cuidadosamente y luego colocado en un vaso de agua clara y tibia. El termómetro señaló calor de sangre, un pequeño termostato emitió un fuerte chasquido y el calorífero eléctrico comenzó a brillar mientras las luces temblaban. Luego... se formaron pequeños copos blancos de precipitación, cayendo como una nevada en el líquido color paja.

–Dios mío –dijo Connant y se desplomó sobre una litera, sollozando como un niño–. Seis días, seis días ahí dentro... preguntándome si ese maldito *test* mentiría...

Garry se acercó silenciosamente y pasó el brazo detrás de la espalda del físico.

–No podría mentir –dijo el doctor Copper–. El perro era inmune al hombre... y el suero reaccionó.

-¿Connant es... normal? –preguntó Norris, con voz entrecortada-. ¿De modo que el monstruo ha muerto... ha muerto para siempre?

–Connant es un ser humano –dijo Copper, rotundamente–. Y el monstruo ha muerto.

Kinner estalló en risotadas, en risotadas histéricas. McReady se volvió hacia él y lo abofeteó con un rítmico compás de uno-dos, uno-dos. El cocinero rió, tragó saliva, lloró un instante y luego se sentó, frotándose las mejillas, murmurando vagamente palabras de gratitud.

–Yo estaba asustado, Dios mío, estaba asustado...

Norris rió, con una risa cascabelera.

–¿Cree que nosotros no lo estábamos, gorila? ¿Cree que Connant no lo estaba?

El edificio de la administración se puso en movimiento, repentinamente rejuvenecido. Unas voces reían, los hombres que se agolpaban alrededor de Connant hablaban con voz innecesariamente sonora, con voz nerviosa de seres aliviados al sentirse amigos de nuevo. Alguien gritó una proposición y una docena de hombres se marcharon en busca de sus esquíes. Blair, Blair podría recobrarse... El doctor Copper se afanaba con sus tubos de ensayo, para desahogar sus nervios, intentando soluciones. La partida de socorro para la cabaña de Blair salió de allí, golpeando ruidosamente el suelo con sus esquíes. En el otro extremo del corredor, los perros empezaron a proferir agudos aullidos, al husmear la llegada de una excitada partida de socorro.

El doctor Copper estaba atareado con los tubos de ensayo. McReady fue el primero en notarlo, sentado en el borde de su litera, con dos tubos de ensayo donde se sedimentaba un precipitado blanco del[1] líquido color paja, el rostro más blanco que la



Librodot

sustancia de sus tubos mientras de sus ojos dilatados por el horror se escapaban silenciosas lágrimas.

McReady sintió que el frío cuchillo del miedo le perforaba el corazón y se le helaba en el pecho. El doctor Copper lo miró.

–Garry –llamó, con ronca voz–. Garry, por amor de Dios, venga aquí.

El comandante Garry se dirigió hacia él, con pasos rotundos. El silencio se extinguió en el edificio de la administración. Connant alzó los ojos y se levantó envarado de su asiento.

–Garry... El tejido de ese monstruo... también precipita. Esto no prueba nada. Sólo prueba que el perro era inmune al monstruo, también. Que *uno de los dos que contribuimos con sangre... uno de nosotros dos,* usted o yo, Garry... *uno de nosotros es un monstruo.*

10

–Bar, llame a esos hombres antes de que se lo digan a Blair –indicó tranquilamente McReady.

Barclay fue hacia la puerta: sus gritos llegaron débilmente a oídos de los hombres sumidos en tenso silencio en la habitación. Luego, volvió.

–Vienen –anunció–. No les dije el porqué. Sólo les expliqué que el doctor Copper había dicho que no fueran.

–El que manda es usted ahora, McReady –dijo con un suspiro Garry–. Que Dios lo ayude. Yo no puedo.

El gigante de bronce asintió lentamente, los hundidos ojos fijos en el comandante Garry.

–Quizá yo lo sea –agregó Garry–. Sé que no lo soy, pero no puedo probárselo a ustedes de ningún modo. El *test* del doctor Copper ha fracasado. El hecho de que haya probado que era inútil, cuando beneficiaba al monstruo que no se supiera esa inutilidad, parecería probar que era un ser humano.

Copper se meció lentamente sobre la litera.

–Sé que soy un ser humano. Pero tampoco puedo probarlo. Uno de nosotros dos es un embustero porque el *test* no puede mentir y dice que uno de nosotros es un monstruo. Di la prueba de que el *test* se equivocaba, lo cual parece demostrar que soy un ser humano y ahora Garry ha dado ese argumento que prueba que lo soy... cosa que él, de ser monstruo, no debía haber hecho. Vueltas y vueltas y más vueltas y...

La cabeza del doctor Copper y luego su cuello y sus hombros empezaron a describir lentos círculos al compás de las palabras. Repentinamente, se tendió sobre la litera, bramando de risa.

–¡Eso, no prueba que *uno* de nosotros sea un monstruo! ¡No tiene por qué probarlo! ¡Ja, ja! Si *todos* somos monstruos eso da el mismo resultado... Todos somos monstruos... todos nosotros... Connant, Garry, yo... todos ustedes.

–McReady –dio en voz baja Van Wall, el rubio piloto principal–. Usted estudiaba medicina cuando se dedicó a la meteorología... ¿verdad? ¿Podría hacer algún *test?*

McReady se acercó lentamente a Copper, tomó de su manó la jeringa hipodérmica y la lavó cuidadosamente con alcohol al 95 por ciento. Garry estaba sentado sobre el borde de la litera con aire impasible, observando de un modo inexpresivo a Copper y a McReady.

–Lo que dijo Copper es posible –dijo con un suspiro McReady–. Van... ¿quiere ayudarme? Gracias.

La aguja de la jeringa penetró en el muslo de Copper. La risa del médico no cesó y se diluyó lentamente en sollozos. Luego, quedó profundamente dormido al surtir efecto la morfina.

McReady se volvió nuevamente. Los hombres que habían partido en busca de Blair estaban parados en el otro extremo de la habitación, la nieve goteaba de los esquíes y sus semblantes estaban tan blancos como éstos. Connant tenía en cada mano un cigarrillo encendido: aspiraba distraídamente uno de ellos y contemplaba fijamente el piso. El calor del que tenía en la mano izquierda lo atrajo y lo miró absorto y luego contempló estúpidamente por un momento el que tenía en la otra. Dejó caer uno de ellos y lo aplastó lentamente con el pie.

–El doctor Copper podría tener razón –repitió McReady-. Sé que soy un ser humano... pero, desde luego, no puedo probarlo. Repetiré ese *test* para mi propia información. Cualquiera de ustedes que lo desee, puede hacer lo mismo.

Dos minutos después, McReady alzó un tubo de ensayo con un precipitado blanco que se sedimentaba lentamente desprendiéndose de un suero color paja.

–Reacciona también con la sangre humana, de modo que ninguno de los dos es monstruo.

–No creí que lo fueran –dijo con un suspiro Van Wall–. Tampoco esto le habría convenido al monstruo: hubiéramos podido destruirlo en caso de saberlo. ¿Por qué no nos habrá destruido el monstruo a nosotros, en su opinión? Parece negligente.

McReady replicó con un bufido. Luego, rió silenciosamente:

–Algo elemental, mi querido Watson. El monstruo quiere tener disponibles formas de vida. Aparentemente, no puede animar a un cadáver. Sólo espera... espera mejores oportunidades. Nos reserva a los que seguimos siendo seres humanos.

Kinner se estremeció violentamente.

–Vamos, Mac. ¿Acaso yo lo sabría si fuese un monstruo? ¿Sabría si el monstruo se ha apoderado ya de mí? ¡Oh, Dios mío! Quizá yo sea un monstruo, ya.

–Usted lo sabría –respondió McReady.

–Pero nosotros, no –dijo Norris, con una risita casi histérica.

McReady contemplo la redoma de suero que quedaba.

–Por lo demás, esta maldita sustancia sirve para algo –dijo, pensativamente–. Clark... ¿Quiere ayudarme con Van? Los demás más vale que se queden juntos aquí. Vigílense mutuamente – añadió, con amargura–. Cuiden de no verse en apuros... digámoslo así.



Librodot

McReady se dirigió por el túnel hacia la sección de los perros, seguido por Clark y Van Wall.

–¿Necesita más suero? –le preguntó Clark.

McReady meneó la cabeza.

–Tubos de ensayo –respondió–. Ahí hay cuatro vacas y un toro y casi setenta perros. Esta sustancia sólo reacciona con la sangre humana... y los monstruos.

11

McReady volvió al edificio de la administración y fue silenciosamente al lavabo. Clark y Van Wall se le unieron momentos después. Los labios de Clark se movían en un tic, en sonrisas sardónicas impremeditadas y convulsivas.

–¿Qué ha hecho usted? –preguntó Connant, en súbito arranque–. ¿Más inmunización?

Clark contestó con una risita tonta y se detuvo, con un hipo.

–Inmunización. ¡Ja, ja! Eso es. ¡Inmunización!

–El monstruo es perfectamente lógico –dijo con firmeza Van Wall–. Nuestro perro inmune era el indicado y extrajimos un poco más de suero para los *tests.* Pero no podemos hacer más.

–¿No puede... no puede usar la sangre de un hombre en otro perro? –comentó Norris.

–No hay más perros –dijo McReady, con voz baja–. Ni vacas, diría yo.

–¿No hay más perros? –preguntó Benning, sentándose lentamente.

–Son muy fastidiosos cuando empiezan a cambiar –dijo con precisión Van Wall–. Pero lentos. Esa plancha de electrocución que usted fabricó, Barclay, es muy veloz. Sólo ha quedado un perro... nuestro perro inmune. El monstruo nos lo dejó, para que pudiéramos divertirnos con nuestro *test.* El resto...

Van Wall se encogió de hombros y se secó las manos.

–Las vacas... –dijo Kinner, tragando saliva.

–También. Reaccionaron muy bien. Su aspecto es ridículo cuando empiezan a derretirse. El animal no puede escapar con rapidez cuando está atado con cadenas de perro o cabestros y tenía que ser así para imitarlo.

Kinner se levantó con lentitud. Su mirada se paseó rápidamente por la habitación y se detuvo, trémula, sobre el recipiente de latón de la cocina. Lentamente, paso a paso, retrocedió hacia la puerta, mientras su boca se abría y cerraba silenciosamente, como la de un pez fuera del agua.

–La leche... –dijo, con voz entrecortada–. Las ordeñé hace una hora...

Su voz se quebró en un alarido, mientras se abalanzaba hacia la puerta.

Salió entre los hielos, sin abrigo ni ropa gruesa.

Van Wall lo siguió por un momento con la mirada, pensativamente.

–Lo más probable, es que esté loco sin remedio –dijo, finalmente– Pero podría ser un monstruo que huye. No tiene esquíes. Lleve una antorcha fuelle... por lo que pueda ser.

El movimiento físico de la caza le ayudaba: algo que le hacia falta. Tres de los otros hombres vomitaban en silencio.

Norris estaba tendido boca arriba, el rostro verdoso, contemplando fijamente el fondo de la litera suspendida sobre la suya.

–Mac... ¿Desde cuándo las... vacas son no-vacas...?

McReady se encogió de hombros, con aire desesperanzado. se acercó al cubo de la leche y con su tubito de suero se puso a trabajar sobre él. La leche lo empañaba, dificultando la certidumbre. Finalmente, dejó el tubo de ensayo en su soporte y meneó la cabeza.

–El resultado del *test* es negativo. Lo cual significa que eran vacas, entonces, o bien que, siendo imitaciones perfectas, daban una leche perfectamente buena.

Copper se movió inquieto entre sueños y de sus labios brotó algo intermedio entre un ronquido y una risa. Los silenciosos ojos de los demás se posaron sobre él.

–¿Le haría la morfina... a un monstruo...? –empezó a preguntar alguien.

–¡Quién sabe! –dijo McReady, encogiéndose de hombros–. Influye sobre todos los animales terrestres que conozco.

Bruscamente, Connant irguió la cabeza.

–¡Mac! ¡Los perros deben haber tragado trozos del monstruo y esos trozos los han destruido! El monstruo vivía en los perros. Yo estaba encerrado bajo llave. ¿No prueba eso...?

Van Wall meneó la cabeza.

–Lo siento. No prueba nada acerca de lo que es usted, sólo prueba lo que no hizo.

–No –suspiró McReady–. Nos vemos impotentes porque no sabemos lo suficiente y tan nerviosos que no pensamos lo suficiente. ¡Encerrado bajo llave! ¿Han visto alguna vez un corpúsculo blanco de la sangre cuando atraviesa la pared de un vaso sanguíneo? ¿No? Se adhiere como un seudópodo. Y ya está... del otro lado de la pared.

–¡Oh! –dijo Van Wall, con aire desdichado–. Las vacas trataron de derretirse... ¿no es así? Podían haberse derretido... haberse convertido simplemente en una hebra de sustancia y pasado por debajo de una puerta para reagruparse del otro lado. Cuerdas... No, no... Eso no bastaría. Ellas no podrían vivir en un tanque cerrado o...

–Si uno le dispara a ese animal un balazo y le perfora el corazón y no muere, es un monstruo –dijo McReady–. Ese es el mejor *test* que se me ocurre, así, al pronto.

–No hay perros ni vacas –dijo tranquilamente Garry–. El monstruo tiene que imitar ahora a los hombres. Y el encerrar bajo llave de nada sirve. Su *test* podrá dar resultado, Mac, pero temo que le costaría conseguirlo con los hombres.



Librodot

12

Clark alzó los ojos del hornillo cuando Van Wall, Barclay, McReady y Benning entraron, desprendiéndose los fragmentos de hielo adheridos a su vestimenta. Los otros hombres apretados en el edificio de la administración continuaron dedicándose asiduamente a lo que hacían, jugando al ajedrez, al poker, leyendo. Ralsen estaba reparando un trineo sobre la mesa. Vane y Norris estaban inclinados sobre unos datos magnéticos, mientras que Harvey leía cuadros en voz baja.

El doctor Copper roncaba suavemente sobre la litera. Garry estaba trabajando con Dutton sobre un manojo de mensajes radiotelefónicos en la esquina de la litera de Dutton y una pequeña fracción de la mesa de radiotelefonía. Connant estaba usando la mayor parte de la mesa para las páginas sobre los rayos cósmicos.

Desde el otro lado del pasillo, a pesar de las dos puertas cerradas, les llegó con toda claridad la voz de Kinner. Clark puso ruidosamente una marmita sobre el hornillo y le hizo un gesto en silencio a McReady. El meteorólogo se le acercó.

–No me importa tanto el que cocine –dijo Clark, nerviosamente–. Pero... ¿no habría alguna manera de detener a ese pajarraco? Todos convinimos en que sería seguro trasladarlo a la Casa del Cosmos.

–¿A Kinner? –dijo McReady, señalando la puerta–. Temo que no. Supongo que puedo atontarlo con drogas, pero no tenemos existencias ilimitadas de morfina y Kinner no corre el peligro de perder el juicio. Sólo está histérico.

–Pues corremos el peligro de perder el nuestro. Usted ha estado ausente durante una hora y media. Eso se ha desarrollado sin cesar desde entonces y sucedía ya antes desde hacía dos horas. Como usted sabe, hay un límite.

Garry se acercó, lentamente, con aire de excusa. Por un momento, McReady advirtió la chispa salvaje de temor... de horror, que brillaba en los ojos de Clark, y adivinó inmediatamente que también brillaba en los suyos. Garry –Garry o Copper– era ciertamente un monstruo.

–Creo que si usted pudiera ponerle freno a eso, procedería con prudencia, Mac –dijo tranquilamente Garry–. Hay... tensión más que suficiente en esta habitación. Convinimos en que Kinner estaría más seguro allí, porque todos los demás del campamento están bajo constante vigilancia.

Garry se estremeció lentamente.

–Y, por amor de Dios, trate de hallar algún *test* eficaz; trate de hallarlo.

McReady suspiró.

–Con vigilancia o sin ella, todos están en tensión. Blair ha atascado la trampa, de modo que ésta no se puede abrir ahora. Dice que tiene suficiente alimento y grita a cada momento: *Váyanse, váyanse; ustedes son unos monstruos. No quiero que me absorban. No quiero. Se lo diré a la gente cuando venga.* Vá*yanse.* De modo que... nos fuimos.

–¿No hay otro *test?* –rogó Garry.

McReady se encogió de hombros.



Librodot

–Cooper tenía muchísima razón. La prueba del suero podría ser terminante si no hubiese estado... contaminado. Pero sólo queda un perro y no nos sirve ya.

–¿Pruebas químicas?

McReady meneó la cabeza.

–Nuestra química no es valiosa hasta ese punto. Intenté el microscopio..., ¿comprende?

Garry asintió.

–El perro-monstruo y el perro auténtico eran idénticos. Pero... ¿hay que seguir adelante? ¿Qué haremos después de cenar?

Van Wall se les unió silenciosamente.

–Sueño en rotación. La mitad del personal duerme: la otra mitad está despierta. Me pregunto cuántos de nosotros somos monstruos. Todos los perros lo fueron. Nos creímos a salvo, pero de un modo u otro eso les alcanzó a Copper... o a usted.

En los ojos de Van Wall fulguró una llama de malestar.

–El monstruo puede haber penetrado en todos ustedes... Todos ustedes, menos yo, quizás estén dudando, mirando. No, eso no es posible. Entonces, ustedes saltarían y me vería en la impotencia. Nosotros los seres humanos, de un modo u otro, debemos tener superioridad numérica ahora. Pero... –y Van Wall se interrumpió.

McReady rió, con breve risita.

–Usted hace lo que Norris se quejó de haber hallado en mí –dijo–. Pero si cambia a uno solo más... eso podría alterar el equilibrio de las fuerzas. El monstruo no lucha. No creo que luche jamás. Debe ser un ente pacífico, a su manera..., inimitable. Nunca tuvo que luchar porque siempre obtuvo sus fines pacíficamente.

La boca de Van Wall se contrajo en enfermiza sonrisa.

–De modo que usted sugiere que, quizás el monstruo *tenga* ya superioridad numérica, pero que sólo espera..., sólo esperan todos ellos..., todos ustedes, que yo sepa...; esperan a que yo, el último ser humano, ahogue mi fatiga en sueño. Mac..., ¿notó sus ojos, fijos en nosotros?

Garry suspiró.

–Usted no ha estado sentado aquí durante cuatro horas consecutivas, mientras todos sus ojos valuaban silenciosamente la información de que uno de nosotros dos, Copper o yo, es con seguridad un monstruo.... quizá los dos.

Clark repitió su pedido:

–¿Quiere ponerle un alto al alboroto de ese pajarraco? Me está enloqueciendo. Consiga, por lo menos, que haga menos ruido.

–¿Está orando aún? –preguntó McReady.



Librodot

–Orando –gruñó Clark–. No ha cesado de hacerlo ni por un momento. No me importa que rece si eso lo alivia, pero grita, canta salmos y cánticos y vocifera plegarias. Creo que Dios no podrá oírlo bien desde aquí.

–Quizá no pueda –gruñó Barclay–. O habría hecho algo con ese engendro del infierno.

–Alguien intentará el *test* que usted mencionó, si no lo detiene –declaró sombríamente Clark–. Creo que un hachazo en la cabeza sería tan categórico como una bala en el corazón.

–Siga con la comida. Veré qué puedo hacer. Quizás haya algo en los armarios.

McReady se dirigió con laxitud al rincón que usara Copper como dispensario. Tres altos armarios de rústicos tablones, dos de ellos cerrados con llave, eran los depósitos de los suministros médicos del campamento. Doce años antes, McReady se había graduado, había pedido un cargo de practicante y luego había abandonado la medicina para consagrarse a la meteorología. Copper era un hombre escogido, un hombre que sabía su profesión concienzudamente y en forma moderna. Más de la mitad de los medicamentos disponibles le resultaban totalmente desconocidos a McReady: había olvidado muchos de los otros. Allí no había una gran biblioteca médica, ni colecciones de revistas para leer las cosas que había olvidado: esas cosas elementales y simples para Copper, cosas que no merecían ser incluidas en la pequeña biblioteca con la cual se había visto obligado a contentarse. Los libros son pesados y todos los suministros, hasta el último gramo, habían sido traídos por vía aérea.

McReady eligió con aire esperanzado un barbitúrico. Van Wall y Barclay lo acompañaron. Un hombre nunca iba a ninguna parte solo en el Gran Imán.

Ralsen había dejado su trineo y los físicos se habían apartado de la mesa y la partida de poker estaba interrumpida cuando volvieron. Clark sacaba el alimento. El tintineo de las cucharas y los ruidos ahogados causados al comer eran los únicos signos de vida de la habitación. No se pronunciaron palabras cuando los tres volvieron: simplemente, todos los ojos se concentraron sobre ellos con aire de interrogación, mientras las mandíbulas se movían metódicamente.

McReady, de improviso, se tornó rígido. Kinner chillaba un salmo, con voz ronca y quebrada. Miró con laxitud a Van Wall, luciendo una sonrisa que era una mueca y meneó la cabeza.

–Ajá.

Van Wall profirió con amargura una maldición y se sentó junto a la mesa.

–Tendremos que aguantarlo hasta que se canse. No podrá chillar así eternamente.

–Tiene una garganta de bronce y una laringe de hierro colado –declaró con aire salvaje Norris–. De modo que podemos tener esperanzas y sugerir que es uno de nuestros amigos. En ese caso, él podría seguir renovando su garganta hasta el día del Juicio Final.

El silencio se enseñoreó de la habitación. Durante veinte minutos, todos comieron sin pronunciar una sola palabra. Luego, Connant se levantó de un salto, con airada violencia.



Librodot

–Ustedes están en silencio como unas imágenes talladas. No dicen una sola palabra, pero... ¡qué ojos expresivos tienen, Dios mío! Giran de un lado a otro como bolitas de vidrio que ruedan por una mesa. Guiñan y parpadean y miran fijo... y murmuran cosas. ¿No podrían mirar a otra parte por variar, por favor? Oiga, Mac. Usted es el jefe aquí. Exhibamos unas películas en el resto de la velada. Hemos estado guardando esas películas de 16 milímetros para hacerlas durar. ¿Durar para qué? Veámoslas mientras podemos hacerlo y miremos a otros, para no mirarnos mutuamente.

–Buena idea, Connant. Yo, por lo pronto, estoy completamente dispuesto a cambiar esto en cualquier forma posible.

–Gradúe el sonido de la película en tal forma que se oiga mucho, Dutton –insinuó Clark–. Quizá pueda cubrir así el alboroto de esos salmos.

–Pero no apague las luces del todo –dijo a media voz Norris.

–Las luces serán apagadas –dijo McReady, meneando la cabeza–. Exhibiremos todos los dibujos animados que tenemos. Supongo que ustedes no tendrán inconveniente en ver los dibujos viejos... ¿no es así?

–Bravo, bravo. Precisamente, estoy con ganas de ver unas películas.

McReady se volvió hacia el que había hablado, un enjuto y larguirucho nativo de Nueva Inglaterra: llamado Caldwell. Este estaba llenando lentamente su pipa, soslayando una agria mirada hacia McReady.

El gigante de bronce no pudo reprimir la risa.

–Bueno, Bart. Usted se sale con la suya. Quizá nuestro estado de ánimo no sea el más adecuado para ver a Popeye y los patos de las historietas, pero algo es algo.

Dutton y Benning, a cargo del proyector y el dispositivo de los mecanismos sonoros se dedicaron en silencio a su tarea, mientras otros limpiaban el edificio de la administración y eliminaban los platos y cazuelas. McReady se encaminó lentamente hacia Van Wall y se tendió en la litera a su lado.

–Me pregunto, Van, si debo o no explicar mis ideas por anticipado –dijo, con una sonrisa forzada–. Tengo la vaga idea de algo que podría dar resultado. Pero es demasiado vaga para preocuparse con eso. Sigan con su espectáculo, mientras trato de imaginar la lógica del asunto. Ocuparé esta litera.

Van Wall miró y asintió. La pantalla cinematográfica estaría virtualmente en la misma línea de aquella litera, haciendo por lo tanto que las películas distrajeran menos allí, por ser menos inteligibles.

–Quizás usted debiera decirnos cual es su plan.

–No demorará mucho, si mis cálculos son exactos. Pero ya no quiero esas pruebas con perros. Más vale que traslademos a Copper a la litera que está exactamente encima de mí. Tampoco miraré la pantalla.

McReady señaló con la cabeza la mole de Copper, que roncaba suavemente. Garry les ayudó a levantar y trasladar al médico.

McReady se recostó contra la litera y se sumió en un trance casi de concentración, tratando de calcular las probabilidades, las operaciones, los métodos. Apenas si advirtió



Librodot

que los demás se ubicaban silenciosamente y que la pantalla se iluminaba. Las frenéticas plegarias que gritaba Kinner y los salmos que entonaba desafinando horriblemente lo fastidiaron hasta que empezó el acompañamiento del sonido. Apagaron las luces, pero las grandes superficies coloreadas de la pantalla reflejaban suficiente luz para una fácil visibilidad. Hacían brillar los ojos cuando se movían inquietos. Kinner oraba aún, gritando, y su voz era un ronco acompañamiento del sonido mecánico. Dutton subió de tono el amplificador.

Mientras sonaba la voz, McReady sólo notó vagamente al principio que algo parecía faltar. Aunque estaba acostado, la voz de Kinner llegaba a sus oídos con bastante claridad, a pesar del acompañamiento sonoro de las películas. Bruscamente, le llamó la atención notar que ya no se oía a Kinner en el otro cuarto.

- Dutton, corte ese sonido –gritó, repentinamente.

La película se proyectó por un momento sin sonido y resultó extrañamente inútil en el imprevisto y profundo silencio. El viento que arreciaba en la superficie burbujeaba melancólicas lágrimas de sonido a través de la cañería de la cocina. McReady dijo, en voz baja:

–Kinner ya no canta.

–Entonces, por amor de Dios, pongan en marcha ese sonido. Quizá se haya interrumpido para escuchar –dijo con tono brusco Norris.

McReady s*e* levantó y fue al otro extremo del pasillo. Barclay y Van Wall abandonaron sus sitios para seguirlo. Los centelleos abultaban y deformaban la gris ropa interior de Barclay cuando cruzó el haz de luz del proyector que funcionaba aún. Dutton encendió con un chasquido las luces y la película desapareció.

Norris estaba parado en la puerta como se lo había pedido McReady; Garry se hallaba sentado tranquilamente en la litera junto a la puerta, obligando a Clark a hacerle lugar. La mayoría de los demás se habían quedado exactamente donde estaban. Sólo Connant se paseaba lentamente por la habitación, con ritmo firme e invariable.

-Si va a hacer eso, Connant, podemos prescindir por completo de usted, sea o no un ser humano –dijo Clark, escupiendo en el suelo- ¿Interrumpirá de una vez ese maldito ritmo?

–Perdón.

El físico se sentó sobre una litera y se observó pensativamente los pies. Transcurrieron casi cinco minutos, cinco siglos, durante los cuales sólo se oía el murmullo del viento y finalmente McReady pareció en el umbral.

-No teníamos suficiente dolor aquí, todavía –anunció–. Alguien ha tratado de ayudarnos. Kinner tiene clavado un cuchillo en la garganta y es probable que sea ése el motivo por el cual dejó de cantar. Tenemos monstruos, locos y asesinos.

13

-¿Está en libertad Blair? –preguntó alguien.

-Blair no está en libertad. En caso contrario, habría venido aquí. Si hay alguna duda acerca de donde vino nuestro amable colaborador.. esto puede aclararlo.



Librodot

Van Wall mostró un largo cuchillo de fina hoja, de unos treinta centímetros de longitud, envuelto en un paño. El mango de madera estaba quemado a medias, chamuscado: le había quedado la marca de la tapa del hornillo.

Clark lo miró, absorto.

–Esa marca la dejé yo esta tarde. Olvidé ese maldito cuchillo en la cocina.

Van Wall asintió.

–Yo lo he olido. Adiviné que ese cuchillo provenía de la cocina.

–Me pregunto cuántos monstruos nos quedan –dijo Benning, mirando cautelosamente a los demás–. Si alguien pudiera escabullirse de aquí, ir de la pantalla hasta la cocina y luego a la Casa del Cosmos y volver... ya volvió... ¿verdad? Sí... Todos están aquí. Pues bien... Si uno de los hombres del grupo pudo hacer todo eso...

–Quizá lo haya hecho un monstruo –insinuó en voz baja Garry–. Existe esa posibilidad.

–Al monstruo, como lo señaló usted hoy, sólo le han quedado hombres para imitar. ¿Disminuiría su... su *stock* digamos? –observó Van Wall–. No, sólo tenemos que vérnoslas con un miserable común y corriente, con un asesino. Usualmente, lo llamaríamos un *criminal inhumano,* supongo, pero ahora hay que diferenciar. Teníamos asesinos inhumanos y ahora tenemos humanos asesinos. O uno por lo menos.

–Hay uno menos humano –dijo en voz baja Norris–. Quizá sean los monstruos quienes dominan ahora la situación.

–No se preocupe de eso –dijo con un suspiro McReady y se volvió hacia Barclay–. Bar... ¿quiere traer su aparato eléctrico? Voy a cerciorarme...

Barclay se fue por el pasillo en busca del electrocutor dentado, mientras McReady y Van Wall volvían a la Casa del Cosmos. Barclay los siguió al cabo de unos treinta segundos.

El pasillo que llevaba a la Casa del Cosmos formaba un repliegue tortuoso, como casi todos los pasillos del Gran Imán, y Norris estaba en el umbral de nuevo. Pero oyeron algo ahogado, un repentino grito de McReady. Se oyó una salvaje ráfaga de golpes, de sonidos extraños.

–Bar... Bar...

Y resonó un raro grito, semejante a un maullido salvaje, que fue acallado antes todavía de que el ágil Norris llegara al recodo del pasillo.

Kinner –o mejor dicho lo que había sido Kinner– yacía en el suelo, partido en dos por el gran cuchillo que mostrara McReady. El meteorólogo estaba parado contra la pared y del cuchillo que tenía en la mano goteaba sangre. Van Wall se movía apenas en el suelo, gimiendo, y sus mano se frotaba de un modo casi inconsciente la mandíbula. Barclay, con un indecible fulgor en los ojos, estaba inclinado metódicamente sobre la dentada arma que tenía en la mano, golpeando... golpeando... golpeando.

Los brazos de Kinner se habían convertido en una extraña pelambre escamosa y la carne se había retorcido. Sus dedos se habían acortado, su mano redondeado, sus uñas



Librodot

convertido en garras afiladas como navajas, duras como el acero, de asta y de tres pulgadas de longitud.

McReady alzó la cabeza, contempló el cuchillo que tenía en la mano y lo dejó caer.

–Bueno, quienquiera lo haya hecho, puede hablar ahora –dijo–. Fue un asesino no humano... porque mató a un ser no humano. Juro por todo lo sagrado que Kinner era ya un cadáver cuando llegamos. Pero cuando *eso* descubrió que íbamos a atacarlo con la corriente eléctrica... se transformó.

Norris miró, vacilante.

–¡Oh, santo Dios! Esos seres saben obrar. ¡Pensar que estuvo aquí durante horas, mascullando plegarias dedicadas a un Dios a quien odiaba! Vociferando salmos con voz rota, entonando cánticos sobre una Iglesia que no conocía, enloqueciéndonos con sus incesantes aullidos...

–Bueno. Que hable el que lo hizo, sea quien sea. No lo sabe, pero le hizo un favor al campamento. Y quiero saber cómo diablos salió el autor de la habitación sin que nadie lo viera. Eso podría ayudar a protegernos.

–Sus gritos... sus cantos. Ni siquiera el proyector de sonido podía ahogarlos –dijo Clark, con un escalofrío–. Era un monstruo.

–¡Oh! –exclamó Van Wall, con repentina comprensión–. Usted *estaba* sentado junto a la misma puerta... ¿verdad? Y casi detrás de la pantalla de proyección.

Clark asintió.

–Ahora... está callado –dijo–. Está muerto... Mac, su *test* no sirve de nada. *Eso* había muerto. Hombre o monstruo, estaba muerto.

McReady rió silenciosamente.

–¡Muchachos, les presento a Clark, el único ser a quien sabemos humano! Les presentó a Clark, el único que prueba que es un ser humano tratando de cometer un crimen... y fracasando. ¿Quieren hacer el favor de abstenerse por algún tiempo todos ustedes de probar que son seres humanos? Creo que podemos hacer otro *test.*

-¡Un *test!* –dijo Connant, con alegre brusquedad y luego su rostro reveló decepción–. Supongo que fracasará también.

-No -dijo con firmeza McReady–. Vigilen y tengan cuidado. Vengan al edificio de la administración. Barclay, traiga su electrocutor. Y alguien... Dutton, que se quede con Barclay para cerciorarse de que lo hace. Cada uno vigile a su, vecino porque, ¡voto al infierno, del cual vienen esos monstruos!, yo tengo algo y ellos lo saben. ¡Serán peligrosos!

El grupo quedó repentinamente en tensión. Una atmósfera de destructora amenaza penetró en el cuerpo de todos los hombres mientras se miraban mutuamente. Pensaban, con más intensidad que nunca... *¿Será un monstruo no humano ese hombre que está junto a mí?*

–¿En qué consiste? –preguntó Garry, cuando volvieron a la habitación principal–. ¿Cuánto tardará?

–No lo sé con exactitud –dijo McReady, la voz plena de airada decisión–. Pero *sé* que dará resultado y que es clarísimo. Depende de una cualidad fundamental de los *monstruos,* no de nosotros. *Kinner* me convenció.

McReady estaba pesado y macizo en su inmovilidad de bronce, completamente seguro de sí mismo de nuevo, finalmente.

–Esto será necesario, supongo –dijo Barclay, alzando el arma con mango de madera y rematado por dos conductores alargados y puntiagudos–. ¿Está listo el generador?

Dutton asintió.

–Van Wall y yo lo hemos cargado para la proyección de las películas... y lo hemos verificado cuidadosamente varias veces. Todo lo que toque el cable, morirá –aseguró, con aire sombrío–. Yo lo sé.

El doctor Copper se movió en su litera y se frotó los ojos con mano vacilante. Se sentó lentamente, parpadeó con ojos empañados por el sueño y los medicamentos, dilatados por un indecible horror a sus pesadillas causadas por las drogas.

–Garry –murmuró–. Garry. Escúcheme. Son egoístas... vienen del infierno...

Luego, masculló varias palabras ininteligibles, volvió a desplomarse en su litera y empezó a roncar suavemente.

McReady lo miró pensativamente.

–Pronto lo sabremos –dijo, asintiendo con lentitud–. Pero tiene razón Copper al hablar de egoísmo. No sé qué sueños habrá tenido. Pero tiene razón. Egoísmo es la palabra adecuada. Ellos deben ser egoístas.

Se volvió hacia los hombres que estaban en la cabaña, tensos, silenciosos, que se miraban con ojos hostiles.

–Egoístas, y como lo dijo el doctor Copper... *cada parte es un todo.* Cada pedazo es autónomo, es un animal en sí mismo. Eso, y lo demás, es revelador. Nada hay de misterioso en la sangre: es un tejido del cuerpo tan normal como un trozo de músculo o de hígado. Pero no tiene tanto tejido conjuntivo, aunque contiene millones, miles de millones de células.

La gran barba broncínea de McReady se arrugó en ceñuda sonrisa.

–Esto, en cierto modo, es satisfactorio. Estoy segurísimo de que nosotros los humanos los superamos aun a ustedes... a los otros. A los otros que están aquí. Y tenemos lo que ustedes, raza del otro mundo, no tienen evidentemente. No un instinto imitado, sino innato, una pasión indomable de dominio que es auténtica. ¡Luchamos, luchamos con una ferocidad que ustedes tratan de imitar, pero que nunca igualarán! Somos seres humanos. Somos seres reales. Ustedes son imitaciones, falsos hasta lo más profundo de cada célula. Perfectamente. Ahora, esto es una definición. *Ustedes* lo saben. Ustedes, que leen los pensamientos. Ustedes me han sacado la idea de la cabeza. Ustedes no pueden evitarlo.

–Quedándonos parados aquí...



Librodot

–Déjelo. La sangre son los tejidos. Ellos tienen que sangrar: ¡si no sangran cuando los cortan, entonces, por Dios que son una impostura infernal! Si sangran... entonces, esa sangre, separada de ellos, es un individuo... *un individuo recién formado por derecho propio, así como ellos*... se *desprendieron, todos ellos, de un original... ¡son individuos!* ¿Comprende, Van? ¿Advierte la respuesta, Bar?

Van Wall rió, con risa muy contenida.

–La sangre... la sangre no obedecerá –dijo–. Es un individuo nuevo, con todo el deseo de proteger su propia vida que tiene el original... la masa principal de la cual se separó. *La sangre vivirá...* ¡y tratará de escurrirse de una aguja caliente, digámoslo así!

McReady tomó el escalpelo de la mesa. Luego, sacó del armario un soporte de tubos de ensayo, una diminuta lámpara de alcohol y alambre de platino arrollado a una varilla de vidrio. Sobre sus labios aleteaba una sonrisa de ceñuda satisfacción: Por un momento, contempló a los que lo rodeaban. Barclay y Dutton se le acercaron lentamente, con el instrumento eléctrico de mango de madera pronto.

–Dutton –dijo McReady–. Supongamos que usted se acerque a la conexión. Pero asegúrese de que ningún... de que nadie la afloje.

Dutton se apartó.

–Vamos, Van. Supongamos que usted sea el primero.

Muy pálido, Van Wall se adelantó. Con delicada precisión, McReady le cortó una vena en la base del pulgar. Van Wall tuvo un sobresalto y luego se mantuvo firme, mientras se juntaba en el tubo de ensayo media pulgada de sangre brillante. McReady colocó en su soporte el tubo de ensayo, le dio a Van Wall un fragmento de alambré y le señaló el frasco de yodo.

Van Wall estaba inmóvil, mirando. McReady calentó el hilo de platino con la llama de la lámpara de alcohol y luego lo sumergió en el tubo. Se oyó un suave silbido. McReady repitió el *test* cinco veces.

–Un ser humano, en mi opinión –dijo con un suspiro McReady y se irguió–. Por ahora, mi teoría no ha sido probada realmente... pero tengo esperanzas. Tengo esperanzas, por lo demás, no se interesen demasiado por esto. Tenemos con nosotros a algunos seres indeseables, no hay duda. Van... ¿quiere relevar a Barclay junto al conmutador? Gracias. Está bien, Barclay. Confío en que se quedará con nosotros. Usted es un excelente muchacho.

Barclay sonrió, con aire indeciso y se sobresaltó bajo el delgado filo del escalpelo. Poco después, con ancha sonrisa, recobró su arma de largo mango.

–Señor Samuel Dutt... *¡Bar!*

La tensión se relajó en ese instante. Sea cual fuere el infierno que tenían en sus almas los monstruos, los hombres los igualaban en ese instante. Barclay no tuvo oportunidad de mover su arma mientras una veintena de hombres se lanzaba sobre aquella cosa que había parecido ser Dutton. Aquello maullaba, y escupía y trataba de criar colmillos... y estaba formado por cien fragmentos rotos, desgarrados. Sin cuchillos, sin más arma que la fuerza bruta de un personal de hombres escogidos, el monstruo fue aplastado, desgarrado.



Librodot

Lentamente, todos se recobraron, los ojos fulgurantes, los movimientos muy sosegados. Un curioso fruncimiento de los labios traicionaba en ellos una suerte de nerviosidad.

Barclay se acercó con el arma eléctrica. La carne se quemó y hedió. El ácido cáustico que dejo caer Van Wall sobre cada gota de sangre derramada provocó vapores que cosquilleaban la garganta y causaban tos.

McReady sonrió, los hundidos ojos vivaces y bailarines.

–Quizá yo haya subestimado la capacidad del hombre al decir que nada humano podía igualar la ferocidad que había en los ojos de ese monstruo –dijo, serenamente–. Ojalá halláramos una manera más adecuada de tratar a esos seres. Algo que contenga aceite hirviente o plomo derretido. O quizá podamos asarlos lentamente en la caldera de la usina. Cuando pienso en el hombre que era Dutton...

–No se preocupe. Mi teoría es confirmada por... ¿por uno que sabía? Bueno, Van Wall y Barclay están probados. Creo, por consiguiente, que trataré de mostrarles a ustedes lo que ya sé. Que también yo soy un ser humano.

McReady esterilizó el escalpelo y se cortó con ademán experto la base del pulgar.

A los veinte segundos, apartó los ojos del escritorio para mirar a los hombres que esperaban. Ahora, había más sonrisas entre ellos, más sonrisas cordiales, pero al mismo tiempo se advertía algo más en sus ojos.

–Connant tenía razón –dijo con suave risa McReady–. ¿Por qué hemos de suponer que sólo la sangre del lobo tiene derecho a la ferocidad? Quizás el lobo sea superior en cuanto a malignidad espontánea, pero después de estos siete días... ¡abandonad toda esperanza, oh lobos que entráis aquí!

–Quizá podamos ahorrar tiempo. Connant... ¿quiere usted acercarse para... ?

Nuevamente, Barclay fue demasiado lento. Hubo más sonrisas, menos tensión aún, cuando Barclay y Van Wall concluyeron su faena.

Garry habló, con voz amarga y contenida:

–Connant era uno de los mejores hombres que teníamos aquí... y hace cinco minutos, yo habría jurado que era un hombre. Esos malditos monstruos son más que una imitación.

Garry se estremeció y se dejó caer en su litera.

Y treinta segundos después, la sangre de Garry rehuyó el hilo de platino calentado y se esforzó por escapar del tubo de ensayo, luchó con el mismo frenesí con que una súbitamente salvaje imitación de Garry, con los ojos encarnados, todo un ser humano en descomposición, se esforzaba en rehuir la lengua de víbora del arma con que Barclay avanzaba hacia él, pálido y sudoroso. El ser del tubo de ensayo chilló con una voz diminuta y metálica cuando McReady lo dejó caer sobre el fulgurante carbón del hornillo.

## 14

–¿El último? –dijo el doctor Copper, levantándose de su litera con los ojos inyectados en sangre y entristecidos–. Catorce, en total...



Librodot

McReady asintió, lacónicamente.

–En algunos aspectos... si hubiéramos podido impedir permanentemente que se propagaran... yo habría querido recobrar hasta las imitaciones. El comandante Garry... Connant... Dutton... Clark...

–¿Adonde llevan esas cosas? –dijo Copper, señalando la camilla que sacaban de allí Barclay y Norris–.

- Afuera. Afuera, sobre el hielo, donde tienen quince canastos rotos, media tonelada de carbón y luego añadiremos 10 galones de keroseno. Hemos arrojado ácido sobre cada gota derramada, sobre cada fragmento. Vamos a incinerarlos.

–El plan parece bueno –dijo Copper, asintiendo con aire fatigado–. Usted no me dijo si Blair...

McReady se sobresaltó.

–¿Lo hemos olvidado? ¡Teníamos tantos otros en quienes pensar! Me pregunto... ¿Cree usted que podremos curarlo ahora?

Sí... –comenzó el doctor Copper y se detuvo, con aire significativo.

McReady volvió a hablar.

–Es un loco. Imitaba a Kinner y su histeria al rezar...

Se volvió hacia Van Wall y dijo:

-Van, tenemos que hacer una expedición a la cabaña de Blair.

Van lo miró con ojos penetrantes. Por un momento, la preocupación que acusaba su semblante fue sustituida por un sorprendido recuerdo. Luego, se levantó e hizo un gesto de asentimiento.

–Más vale que me acompañe Barclay. Fue el quien clausuró la puerta de Blair y sabrá cómo abrirla sin asustarlo demasiado.

El viaje duró tres cuartos de hora, con un frío de 37 grados bajo cero. Tres cuartos de hora para llegar a la cabaña sepultada entre la nieve. De allí no surgía humo y los tres hombres se apresuraron.

–¡Blair! –bramó Barclay, cuando estaba aún a cien metros de allí–. ¡Blair!

–Cállese –dijo McReady–. Y apurémonos. Quizá Blair trate de huir solo. Si tenemos que perseguirlo... sin aviones, con los tractores inutilizados...

–¿Tendría un monstruo la fibra de un hombre?

–Una pierna rota no lo detendría más de un minuto. -observó McReady.

Barclay profirió una exclamación entrecortada y señaló hacia lo alto. Borrosamente, en el cielo crepuscular, algo alado describía curvas de indescriptible gracia y facilidad. Las grandes alas blancas se inclinaban suavemente y el pájaro revoloteaba sobre los hombres con silenciosa curiosidad.

–Un albatros... –dijo en voz baja Barclay–. El primero de la temporada y que piensa irse tierra adentro no sé por qué motivo. Si un monstruo está suelto...

Norris se inclinó sobre el hielo y sacó algo precipitadamente de su gruesa ropa a prueba de intemperie. Se irguió. En su mano brillaba una amenazadora arma de metal azulado, y ésta rugió su desafío al silencio blanco de la Antártida.

El pájaro profirió un ronco chillido. Sus grandes alas se agitaron frenéticamente cuando una docena de plumas se desprendieron de su cola. Norris volvió a disparar. El pájaro se movía velozmente ahora, pero en una línea de retirada casi recta. Volvió a chillar, cayeron más plumas y con sordo aleteo se remontó detrás de un cerro de hielo, para desaparecer.

Norris siguió presurosamente a sus compañeros.

–No volverá –dijo, jadeante.

Barclay lo redujo a silencio con un gesto de advertencia, señalando. Una extraña y salvaje luz azul brotaba por las grietas de la puerta de la cabaña. Adentro, resonaba un zumbido muy suave, muy suave, y también un chasquido y tintineo de herramientas, y aquellos sonidos traían un mensaje de frenética prisa.

McReady palideció.

–Dios nos ayude si ese monstruo ha...

Asió a Barclay del hombro e hizo movimientos de cortar con los dedos, señalando el nudo de cables de control que sujetaban la puerta.

Barclay sacó del bolsillo los cortadores de alambre y se hincó de rodillas silenciosamente allí. El chasquido de los alambres cortados causó un indecible estrépito en la absoluta quietud de la Antártida. Sólo se oía aquel extraño y suave zumbido en el interior de la cabaña, y el frenético chasquear y tintinear de las herramientas que ahogaba esos ruidos.

McReady atisbó por una grieta de la puerta. Tomó aliento con ronco sonido y sus grandes dedos se clavaron cruelmente en el hombro de Barclay. El meteorólogo retrocedió.

–No es Blair –explicó McReady, en voz baja–. Es alguien arrodillado junto a un objeto que está sobre la litera... algo que quiere elevarse, que parece un morral... y que sube a cada momento.

–Vamos juntos –dijo Barclay, con aire ceñudo–. No. Norris, quédese atrás y saque ese hierro suyo. Eso que está ahí... puede tener armas.

El vigoroso cuerpo de Barclay y las gigantescas fuerzas de McReady golpearon juntos la puerta. Dentro, la litera apoyada contra ésta chirrió furiosamente y se hizo añicos. La puerta saltó de sus goznes rotos y la remendada madera de la jamba cayó hacia adentro.

Un ser se levantó de un salto, como una pelota de goma azul. Uno de sus cuatro brazos, semejantes a tentáculos, se estiró como una víbora que va a asestar su golpe. En una mano de siete tentáculos brillaba un lápiz de reluciente metal de seis pulgadas y el ser lo levantó para afrontarlos. Los finos labios del monstruo se entreabrieron convulsivamente descubriendo unos colmillos de ofidio, en una mueca de odio, mientras sus ojos encarnados fulguraban.



Librodot

El revólver de Norris atronó el recinto. El rostro cubierto de odio se convulsionó en una mueca de sufrimiento y el tentáculo que se estiraba se replegó. El objeto plateado que tenía en la mano se trocó en unos restos metálicos y la mano de siete tentáculos se convirtió en una masa de mutilada carne que rezumaba un licor amarillo verdoso. El revólver retumbó otras tres veces. En cada uno de los tres ojos se cavaron oscuros agujeros y finalmente Norris lanzó el arma vacía contra el rostro.

El ser gritó con salvaje odio, llevándose un tentáculo a los cegados ojos. Durante un momento se arrastró por el suelo, descargando golpes en el vacío con sus salvajes tentáculos, mientras el cuerpo se retorcía. Luego, volvió a ponerse de pie, moviendo los cegados ojos, que se contraían repulsivamente, mientras la aplastada carne se desprendía en húmedos trozos.

Barclay se levantó pesadamente, avanzó con un hacha para hielo y le asestó un planazo sobre el costado de la cabeza. El monstruo a quien no se podía matar se desplomó nuevamente. Los tentáculos se estiraron de improviso y de pronto Barclay cayó, aferrado en el dogal de una cuerda viviente y lívida. El monstruo se disolvía mientras lo sujetaba y era como una cinta al rojo blanco que le penetraba a Barclay en la carne de las manos, como un fuego vivo. Frenéticamente, Barclay le arrancaba su ropa, escondía las manos para que no se las aferrara. El ciego ser tanteaba y desgarraba el duro paño del abrigo a prueba de intemperie de Barclay, buscando carne... carne que pudiera convertir...

La enorme antorcha fuelle que trajera McReady carraspeó solemnemente. De pronto, rugió con voz ronca su desaprobación. Luego, rió con una risa gorgoteante y sacó una lengua azulblanca de treinta centímetros. El ser del suelo gritó, golpeando a ciegas con los tentáculos que se retorcían y que se contrajeron bajo la burbujeante ira de la antorcha fuelle. El monstruo se arrastró y revolvió en el suelo, gritó y rengueó frenéticamente, pero McReady seguía proyectándole la antorcha sobre la cara, mientras los muertos ojos ardían inútilmente. Con frenesí, el ser se arrastraba y aullaba.

De un tentáculo brotó una salvaje garra... y se consumió en la llama. Firmemente, McReady proseguía siempre un plan firme y deliberado. Impotente, enloquecido, el ser se retiró de aquella gruñona antorcha, retrocediendo ante la acariciante y lamiente lengua. Por un momento se rebeló, chillando con infrahumano odio al contacto de la nieve helada. Luego, cayó ante el chamuscante hálito del flamígero fuelle y lo envolvió el hedor de su carne. Retrocedió sin esperanzas... internándose cada vez más entre las nieves de la Antártida. El furioso viento barría el suelo y retorcía los lengüetazos de la antorcha fuelle: y el monstruo se sacudía inútilmente y dejaba un rastro de humo aceitoso y maloliente...

McReady volvió en silencio a la cabaña, Barclay lo recibió en la puerta.

–¿No hay más? –preguntó con el ceño fruncido el gigantesco meteorólogo.

–No hay más. ¿No se dividió?

–Tenía otras cosas en que pensar –le aseguró McReady–. Cuando lo dejé, estaba convertido en una brasa. ¿Qué hacía?

Narris rió silenciosamente.

–Somos inteligentes, no cabe duda. Rompemos las magnetos para que los aviones no funcionen, arrancamos caños en los motores de los camiones y dejamos a ese monstruo solo durante una semana en esta cabaña. Solo y sin que lo molesten.

McReady registró con más cuidado la cabaña. El aire, a pesar de la puerta arrancada, estaba caluroso y húmedo. En una mesa, en el otro extremo de la habitación, veíase un objeto formado por cables arrollados y pequeños imanes, caños de vidrio y lámparas radiotelefónicas. En el centro había un bloque de piedra rústica. Del centro del bloque surgía aquella luz que inundaba la cabaña, la salvaje luz azul más azul que el resplandor de un arco eléctrico: de allí surgía el suave zumbido. A un costado, había otro mecanismo de cristal, fundido con inverosímil pulcritud y delicadeza, láminas de metal y una extraña y reluciente esfera.

–¿Qué es eso? –dijo McReady y se acercó.

Norris meneó la cabeza.

–Habría que investigarlo. Pero creo adivinar de qué se trata. Es fuerza atómica. Eso que está a la izquierda... es una cosita destinada a hacer lo que han intentado los hombres con ciclotrones de 100 toneladas. Separa a los neutrones del agua pesada, que el monstruo obtenía del hielo circundante.

–¿Dónde lo habrá conseguido todo?... ¡Ah, sí! Naturalmente. Un monstruo no podía estar confinado dentro... ni fuera. Ha estado hurgando en los escondrijos de los aparatos.

McReady miró absorto la máquina.

–La esfera reluciente... Creo es una esfera de fuerza pura. Los neutrones pueden atravesar cualquier materia y ese monstruo quería un depósito de reserva de neutrones. Basta con proyectar neutrones contra sílice, calcio, glucinio... contra cualquier cosa, o poco menos, y la energía atómica se libera. Este objeto es el generador atómico.

McReady sacó un termómetro de su chaqueta.

–Aquí hay 120 grados Fahrenheit, a pesar de la puerta abierta. Nuestra ropa ha conservado el calor hasta cierto punto, pero ahora estoy sudando.

Norris asintió.

–La luz es fría. Lo he descubierto. Pero emite calor para caldear el recinto mediante esa bobina. Ese monstruo tenía toda la energía eléctrica del mundo. Podía mantener esta atmósfera tibia y agradable, tal como entendía su raza lo tibio y lo agradable. ¿Notó usted la luz, su color?

McReady asintió.

–Más allá de las estrellas está la respuesta. Esos vinieron desde más allá de las estrellas. De un planeta más cálido que describía círculos alrededor de un sol más brillante, más azul.

McReady contempló por la ventana la huella manchada de humo que avanzaba, tortuosa y ciegamente, a través de las nieves.

–No creo que vuelva. Vino a parar aquí por mero accidente y eso sucedió hace millones de años, ¿Para qué hizo todo eso?

Barclay dio, silenciosamente.

–¿Se fijó en qué trabajaba cuando vinimos? Mire.



Librodot

Y señaló el cielo raso de la cabaña.

Como un morral hecho de latas de café aplastadas, con correas de cuero y gamarras de paño colgantes y que oscilaban, el mecanismo estaba adherido al cielo raso. Ardía en él un diminuto y brillante núcleo de llama celestial, pero ardía a través de la madera del cielo raso sin quemarla. Barclay se le acercó, asió dos de las correas y tiró hacia abajo con esfuerzo. Luego, se ató las correas alrededor del cuerpo. Un leve salto lo llevó en un arco fantasmagórico lento a través de la habitación.

–Antigravedad – dijo silenciosamente McReady.

–Antigravedad – asintió Norris –. Sí, nosotros los habíamos detenido, ya que no había aviones ni pájaros. Los pájaros no habían venido..., pero el monstruo tenía latas de café y piezas radiotelefónicas, y el cristal y el taller mecánico de noche. Y una semana... toda una semana... para sí. Los Estados Unidos en un solo salto... con la antigravedad provista de fuerza por la energía atómica de la materia. Los habíamos detenido. Media hora más, pues el monstruo estaba precisamente ajustando esas correas sobre el aparato para que éste pudiera transportarlo, y nos habríamos quedado en la Antártida, haciendo caer del aire a tiro a todos los seres vivos que vinieran del resto del mundo.

–El albatros... – dijo en voz baja McReady –. ¿Cree usted... ?

–¿Con eso casi terminado? ¿Con esa arma mortal que tenía en la mano?

–No. Gracias a Dios que evidentemente oye muy bien hasta lo que sucede aquí abajo, y merced al margen en media hora, conservamos nuestro mundo, y también los planetas del sistema. La antigravedad... ¿comprende? Y la energía atómica. Porque ellos vinieron de otro sol, de una estrella que está detrás de las estrellas. Ellos vinieron de un mundo de sol más azul.



Librodot

## CEGUERA

El viejo doctor Malcolm Mackay ha muerto, y con más verdad que la usual, puede decirse que está por fin en paz. Su vida fue dura y amarga durante estos últimos años. Estaba ciego, naturalmente. Lo había cegado, todos lo sabían, la exposición durante tres años a la intolerable luz del sol.

Y sentía amargura, desde luego; todos lo sabían también. Pero en cierto modo no lograban comprenderlo: un hombre tan grande, tan amado por la población de tres mundos, no podía tener en su vida al parecer nada capaz de amargarlo, ni podía haber nada de duro en el respeto y el amor que sentían los mundos por él.

Algunos, con cierta malevolencia a mi parecer, lo atribuían a su ceguera y a su edad –tenía ochenta y siete años al morir– y en esto, eran injustos. La nombradía que le aportó su gran descubrimiento fue lo que lo amargó. Él *no quería* nombradía por eso: en realidad, deseaba que lo elogiaran por su invento de menor cuantía.

Para comprender mejor al *Gran Viejo,* quiero sinceramente que se comprenda mejor la historia de su obra. Y su ceguera, pero no tal como habla de ella la mayoría de la gente. La ceguera lo hirió mucho antes de que la exposición al sol le estropeara los ojos. Quizá sea preferible que yo lo explique.

Malcolm Mackay nació en 1974, al año justo de haber logrado suicidarse finalmente Cartwright tal como había querido hacerlo siempre: muriendo asfixiado en la superficie de la luna, al quedarse sin aire. Tenía tres años cuando Garnall se ahogó en el lago Erie, de regreso de la luna, siendo el primer hombre que volvió a la tierra. No siguió viviendo, desde luego, pero estaba vivo al llegar a la tierra. Eso lo sabíamos.

Mackay tenía once años y se sintió interesado cuando la expedición de Randolph volvió con muestras mineralógicas y pruebas de un año de permanencia en la luna.

Mackay ingresó a los diecisiete años al Instituto Tecnológico de Massachussets y se graduó como miembro de la clase de 1995. Pero estudió física... física atómica.

Mackay había advertido que, en la energía atómica, radicaba la única esperanza de un viaje interplanetario realmente comercial y económicamente sólido. Estaba seguro de ello a los diecisiete años, al ingresar al Instituto Tecnológico. Se convenció cuando egresó de allí y cuando volvió para ampliar sus estudios, porque en esa época murió el viejo Douglas A. Mackay y le dejó tres cuartos de millón.

Malcolm Mackay vio que la Providencia había tendido la mano para ayudarle. Lo que necesitaba era dinero. Douglas Mackay afirmaba siempre que el dinero era una forma superior de vida; que respondía a las tres pruebas a que lo sometía a uno la vida. Era sensible al estímulo. Era capaz de acrecentarse por aumento. Y, finalmente –lo cual era lo más importante para Mackay –el viejo escocés señalaba que el dinero podía reproducirse. De modo que Malcolm Mackay invirtió el suyo en una incubadora, un gran consorcio comercial y dejó que se reprodujera con toda la rapidez posible.

Vivió en alojamientos modestos y vistió generalmente ropa modesta, a fin de tener dinero más tarde, cuando iniciara su trabajo. Y estudió. Evidentemente, era uno de los seres más inteligentes que hubiesen vivido jamás. Empezó con la base del conocimiento atómico de esa época y aprendió todo lo que había que aprender en ese terreno y entonces estuvo en condiciones de seguir adelante. Se pasó diecisiete años en el Instituto Tecnológico, estudiando y enseñando, hasta que consideró haber aprendido

lo suficiente para que la docencia fuera un estorbo más bien que un uso valioso de su tiempo.

A esa altura, el dinero había seguido las leyes del dinero y de la vida y se había reproducido, no una vez sino dos, ya que el escocés había elegido una buena compañía. Tenía dos millones y cuarto.

No hay necesidad de volver a narrar sus primeros experimentos. La historia de la pérdida de tres dedos de su mano izquierda es vieja ya. Tuvo innumerables explosiones de menor cuantía y otras un poco más importantes, que le produjeron quemaduras por radiación. Pero quizás esas quemaduras no fuesen tan graves como se creyó, ya que treinta y cinco años después de haber abandonado el Instituto Tecnológico, trabajaba aún, a una edad en que la mayoría de los hombres descansan... en ataúdes o en sillones de ruedas. El Gran Viejo sólo puso en práctica su extraordinaria decisión a los setenta y tres años.

John Burns era su ayudante de laboratorio y mecánico, entonces. La pérdida de los dedos de Mackay había sido un hecho grave, ya que le dificultaba el trabajo con instrumentos delicados, y John Burns, que contaba treinta y dos años en esa época, era su mecánico, su mano y su adiestradísimo ayudante técnico. En mayo de 2047, cuando el último experimento acababa de dar resultados altamente interesantes pero negativos, Malcolm Mackay miró a Burns.

John, esto es terminante –dijo lentamente–. Falta algo y no lo conseguiremos aquí ni en dos vidas, por largas que sean. Usted sabe el único lugar donde podemos hallarlo.

–Supongo que se referirá al sol –replicó con tristeza Burns–. Pero ya que no nos podemos acercar lo suficiente, no nos sirve de nada. Houston es el único hombre que ha vuelto vivo de allí y sólo pudo acercarse a sesenta y cinco millones de kilómetros. Y no le sirvió de mucho, por lo demás. Los cohetes automáticos llegan más cerca, pero no mucho más: el calor los vence... a todos. Y usted, usted mismo, dijo que debíamos acercarnos hasta los seis millones de kilómetros, no hasta los sesenta y cinco millones. Y eso no tiene solución. Nada podría acercarse tanto al viejo sol.

–Nos vamos –dijo Mackay, con aire ceñudo–. Me he pasado casi tres cuartos de siglo trabajando en el problema de la energía atómica y nos vamos.

Hizo una breve pausa y luego miró a Burns, con bondadosa sonrisa.

–No; creo que no somos nosotros quienes nos vamos, sino yo solamente. Estoy más que dispuesto a ir y a perder quizá dos años de mi harto larga vida si hace falta, con tal de poder enviarle al mundo la palabra que lo libere de ese inmemorial problema de la energía.

"La energía. Quizá podamos usar la energía del sol, después de todo. Se está hablando de la energía solar desde los albores del siglo pasado y no la han conseguido aún. Y nunca se conseguirá, me parece, porque la energía está demasiado diluida. No pueden construir un espejo suficientemente grande para el sol. Pero sí podemos robar el secreto del sol y darle á la gente pequeños soles privados aquí, en la tierra, eso solucionará el asunto. Y de paso les daré a los cohetes además un poco de energía auténtica.

El viejo rió.

–¿Sabe una cosa, John? Cuando empecé, mi sueño era que los cohetes tuviesen suficiente energía atómica para llegar a otros planetas. ¡Energía atómica! Y ahora, aquí me tiene, próximo a cumplir los tres cuartos de siglo... y ni siquiera me he separado nunca de la tierra. Soy un terrestre.

"Y la energía atómica no hace tanta falta para los cohetes, por lo demás. Ahora, tienen buenos combustibles, seguros y poderosos, como el hidrógeno y el oxígeno atómico. La energía atómica hace falta aquí, en la tierra, donde hay fábricas y los hombres trabajan en las minas de carbón para extraer combustibles y donde hacen combustible para los cohetes. Ahí es donde la humanidad necesita energía atómica.

"Y... ¡voto a todas las fuerzas del cielo!... Si el sol es el sitio donde puedo aprender, iré al sol.

–Pero a causa de esa fuerza del cielo que se conoce con el nombre de energía radiante, usted no puede hacerlo– objetó Burns–. La radiación lo hace imposible.

–Pues destruiré esa radiación, de algún modo. Creo que ahora ése es el verdadero problema. Me pregunto cómo... Desde que empezamos a trabajar aquí, creamos muchas pantallas y protecciones contra la radiación. Debiéramos encontrar algo.

–Sí, doctor: podemos detener cualquier tipo de radiación de los conocidos inclusive el de Millikan, pero no podemos detener tres o cuatro millones de toneladas de radiaciones por segundo. La dificultad no consiste en detenerlas. Eso se consigue con cualquier cosa. Se trata de un problema que nunca intentamos antes: el de manejarlas cuando las hayamos detenido.

–Las detendremos y las manejaremos, de algún modo –decidió Mackay.

Burns se rindió. Mackay hablaba en serio, de modo que ése era el nuevo problema. Ello resultaba evidentemente imposible, Burns lo sabía, pero también lo era a todas luces la energía atómica. Se habían extraviado en todos los callejones sin salida del universo al buscarla, de modo que bien podían intentar algunas más en una dirección distinta.

El propio Malcolm se lanzó sobre aquel problema con toda la sagacidad y decisión que revelara durante cincuenta y cinco años de investigación activa en el aspecto principal. Esto, sólo era un obstáculo más en la búsqueda básica. Se interponía entre él y el Gran Secreto.

Experimentó un poco con células fotoeléctricas, porque le parecía que la forma de hacerlo era convertir el calor en energía eléctrica. La electricidad es la única forma de energía que puede ser elevada o disminuida. La energía radiante puede hacerse descender de los rayos X a los ultravioletas, del azul al rojo, al infracalor. Pero difícilmente se la podía crear o transformar a voluntad. De modo que Mackay intentó convertir el calor en electricidad.

No tardó en advertir que con las células fotoeléctricas perdía el tiempo. Absorbían parte de la energía radiante como electricidad, pero un noventa y cinco se convertía en franco movimiento molecular, conocido con el nombre de calor, como sucedía en cualquier parte.

Luego, intentó los superespejos y renunció a sus tentativas a los tres meses. Iba por mal camino. De modo que debía existir alguna forma de convertir el movimiento molecular del calor en energía eléctrica.



Librodot

Aquello era sortear el camino a través de un laberinto. Primero, uno hallaba todos los callejones sin salida; luego, sólo quedaban los caminos adecuados. Y se dedicó a las transformaciones moleculares de la electricidad en movimiento. Probó con los metales termoeléctricos. Sólo daban resultado cuando uno tenía un lugar fresco. ¡Un lugar fresco! Eso era lo que trataba de conseguir. De modo que abandonó ese rumbo.

Entonces se ocupó de la histéresis. Experimentó con imanes y con corriente alternada y eso le dio el buen camino. Creó el *thermlectrium* cerca de un año y medio después, en 2049, naturalmente.

El primer fragmento de la nueva aleación fue puesto en la bobina y tratado por el calor hasta obtener el acondicionamiento adecuado, y el secreto del tratamiento por el calor es todo el secreto, en realidad. Y, finalmente, lo sacó. Era un acero opaco, de un gris plata, bastante pesado, y consistía en una combinación de níquel, hierro, cobalto y carbón.

Se parecía a cualquiera de miles y miles de otras aleaciones y su contacto era el mismo. Pero lo pusieron en la bobina cerrada. A los quince segundos, se formó allí rocío; a los veinte hielo, y la bobina se calentó, al fluir por ella una corriente de cincuenta amperes. El camino al sol estaba despejado.

Ahora, les anunció sus planes a las agencias informativas y a la Compañía de Fundición de Cohetes Baldwin. Estos aceptaron construirle una aeronave de acuerdo con sus planes... y Mackay trazó sus famosos planes.

El thermlectrium es una aleación magnética, cuya única propiedad es que sus cristales son de un tamaño casi exactamente uniforme. Cuando una imán es vuelto con los extremos invertidos hacia una bobina, cuando la polaridad magnética es invertida, una corriente es inducida es inducida en el circuito, a expensas de la energía que ha hecho volverse al imán.

En todo imán permanente, los cristales son diminutos imanes individuales, todos en fila, con su polo norte señalando la misma dirección. En el acero imantado, si se calienta la varilla, el calor-movimiento de las moléculas da vuelta a algunas de ellas, de modo que el magnetismo se pierde. En el thermlectrium, aun a bajas temperaturas, los cristales se dan vuelta, pero se dan vuelta todos juntos. El resultado es el mismo que si la varilla hubiese sido invertida. Una corriente es inducida en la bobina circundante. Y, desde luego, la energía que invierte el imán y empuja la corriente eléctrica, es el movimiento molecular conocido con el nombre de calor. ¡El calor había sido vencido!

El doctor Mackay completó rápidamente sus planes. Burns insistía en ir y Mackay no pudo disuadirlo.

Sus planes eran extraños. Bastaban para disuadir a cualquier hombre normal. Sólo un fanático como lo era en realidad el doctor Mackay y como había llegado a serlo Burns, podía haberlos concebido. O bien eso, o bien un hombre de colosal engreimiento. El *Prometeo* debía partir de la luna. Luego, debía bajar en círculos hacia el sol, descendiendo casi ciento sesenta millones de kilómetros, hasta llegar a cinco millones de kilómetros del globo de un millón y medio de kilómetros de furia incandescente, y detendría su caída entrando en una órbita circular cerrada.

Esto significa menos, hoy. Nadie ha pensado en intentar nunca nada semejante. Houston, que había descrito círculos alrededor del sol, se había lanzado simplemente sobre la órbita de un cometa y dejado que su impulso lo arrastrara. Esto no era difícil. Pero para romper la vasta órbita parabólica que un cuerpo alcanzaría naturalmente al

caer de la tierra hacia el sol, se requeriría hasta la última libra de combustible que pudiera transportar el *Prometeo* y liberarse de la luna.

El *Prometeo* podría establecer su órbita alrededor del sol. Esto sería fácil. Pero ellos difícilmente podrían liberarse de cualquier fuerza conocida. Sólo la energía atómica podía conseguirlo. ¡Cuando la encontraran! ¡Y si la encontraban!

Malcolm Mackay se sentía ansioso de jugarse la vida en esa empresa. La energía atómica o... el cautiverio eterno..., la muerte. Y Burns, tan fanático como Mackay, también estaba dispuesto a hacerlo.

Sólo había una alternativa. No había una tercera posibilidad con la cual evadirse: nada intermedio. De modo que el Gran Viejo invirtió hasta el último centavo de su fortuna en la empresa y habría invertido todo lo que le hubiesen prestado de haber podido conseguir un crédito.

El *Prometeo* progresaba, poco a poco. Y durante las semanas y los meses de su construcción, Mackay y Burns consagraron su tiempo a reunir abastecimiento, instrumentos, productos químicos. Por lo pronto, debían estar representados todos los elementos y en proporción con su disponibilidad. Hasta el radio, aunque el radio nunca podría ser una fuente de energía atómica, ya que el poder derivado de él sería aún demasiado costoso para el uso comercial. Pero el radio podía ser el elemento primario absolutamente esencial para el motor... de modo que llevaron radio. Y flúor, el mortífero e ingobernable halógeno, todo.

Luego, gradualmente, las cosas fueron trasladadas allí a medida que la aeronave se terminaba. El casco externo de acero al tungsteno hecho a alta temperatura; el espacio llenado de hidrógeno bajo presión, ya que el hidrógeno era el mejor conductor de calor practicable, y en ese interespacio, los miles de elementos del thermlectrium, y los ventiladores para forzar la circulación.

El *Prometeo* era una hermosa aeronave cuando se concluyó. Centelleaba con el fulgor de un espejo de telescopio, pulido al máximo. Sólo por un lado era negra, negra como el espacio, y allí estaba atestada de enormes proyectores y caloríferos. La energía inevitablemente generada absorbiendo el calor en los elementos del thermlectrium sería expulsada allí en barras de tungsteno del grosor de un brazo de hombre y brillaría al rojo blanco en una atmósfera de hidrógeno.

Finalmente, el *Prometeo* partió. Después de separarse con esfuerzo de la tierra, llegó a la luna, su primera etapa y llenó sus tanques de combustible al máximo. Luego, en agosto de 2050, emprendió el gran viaje.

Llegar al sol no resultaría difícil, ahora que se había liberado de la luna y de la tierra. Día tras día, el *Prometeo* empezó a caer, con una velocidad que aumentaba firmemente. El sol parecía cada vez más grande, más cálido. Entraron en acción los grandes giróscopos y el *Prometeo* volvió su plateado rostro hacia el sol, reflejando el calor que recibía a torrentes. Cada vez más cerca. Venus se quedó atrás, y luego, finalmente, también la órbita de Mercurio.

Entonces, sufrieron el calor. Y la radiación. El sol parecía gigantesco, un horno titánico cuyas llamaradas llegaban a medio millón de kilómetros. Los elementos del thermlectrium empezaron a funcionar y el calor menguó un poco. Luego, los cohetes recomenzaron su acción de detención, lentamente, firmemente, frenando a la aeronave hacia la órbita que debía describir, cerca del sol, y a su alrededor.



Librodot

Hora tras hora, la aeronave zumbó y bramó y rugió, y el calor crecía, pese a todo el poder de contención de los elementos del thermlectrium. El transmisor radiotelefónico que los comunicaba con la tierra se detuvo en el segundo día del frenaje. El torrente de radiaciones del sol lo anuló. Podían transmitir aún, lo sabían, pero no recibir una transmisión. Sus señales eran recibidas por las estaciones de la luna, donde la avasalladora estática del sol no anulaba todas las señales que llegaban. Porque ellos les daban el flanco a sus ondas y el sol, naturalmente, no.

–Debemos establecer pronto la órbita, John –dijo finalmente Mackay que estaba tendido en su litera, enfermo y débil a causa de aquellos esfuerzos–. Me temo que estoy viejo y quizá no pueda seguir soportando esto durante mucho tiempo.

–Entonces, tendremos que frenar más firmemente, doctor Mackay –replicó Burns con aire preocupado–. Y entonces, quizá no podamos establecer la órbita circular perfecta que necesitamos.

Mackay sonrió, débil y ceñudamente.

–Si no lo conseguimos pronto, John, ninguna órbita significará nada para mí.

Los cohetes bramaron más sonoramente y la aeronave disminuyó con mayor rapidez su velocidad. Pero faltaban tres días aún para que se pudiera iniciar la órbita. Dejaron al principio a la aeronave en una órbita excéntrica y contrarrestaron las vibraciones del *Prometeo,* que tendían a volver hacia el sol el lado negro del radiador, accionando los planos del giróscopo.

El doctor Mackay se restableció poco a poco. En realidad transcurrieron tres semanas, tres semanas que les consumieron su precioso oxígeno, hasta que iniciaron la órbita final. Luego, trabajaron día y noche, observando y dándole ocasionalmente un impulso adicional con los cohetes a la aeronave para recorrer la órbita.

Pero, finalmente, a unos cinco millones de kilómetros, el *Prometeo* describió círculos en torno de la titánica estrella. El lado orientado hacia el sol, a pesar de todo su pulido, fulguraba continuamente al rojo blanco. Y la parte interna de la aeronave seguía siendo un horno calentado, desecado, pese a toda la acción del thermlectrium. Ni aun ellos podían gobernar perfectamente el calor.

–¡Oh, John! –dijo Mackay, finalmente–. En algunos aspectos la tierra era mejor, porque aquí tenemos más condiciones de vida extrañas. Ojalá pudiéramos recibir una señal sobre el tiempo de la tierra. Aquí, el espacio es deformado por el sol.

El viejo sol, poderoso por su masa y su fuerza, deformaba el espacio a tal punto que las líneas del espectro no eran las mismas: sus instrumentos tampoco eran los mismos; los titánicos campos eléctricos y magnéticos torcían sus delicados aparatos. Pero funcionaban.

Era una suerte que el thermlectrium produjese energía, así como los liberaba del calor. Con la energía, mantenían en acción las funciones de la aeronave, reconvirtiendo en oxigeno el agua que formaban al respirar y almacenando el hidrógeno en uno de los tanques de combustible, ahora vacíos.

Y sus observaciones y cálculos proseguían. A los seis meses, pareció que nunca habían conocido otra vida que ésa, de intolerable y cegadora luz si se atrevían a abrir la mínima ranura para observar; de intolerable y mortífera radiación si se atrevían a franquear las protegidas paredes de su laboratorio y alojamiento sin un traje protector.



Librodot

Porque la mayor parte de la aeronave era tan transparente a la ondas ultracortas del sol como el espacio vacío.

Pero se habituaron a enviar diariamente informes negativos, a la imposibilidad de oír ninguna señal de la tierra y aun de observarla, porque ahí estaba el eterno Gegenschein. Allí cegaba la luz reflejada por el tenue polvo del sol.

Aquel polvo les estaba haciendo disminuir la velocidad, desde luego. En realidad, describían espirales hacia el sol. Al cabo de unos setenta y cinco años, estarían al alcance de las protuberancias solares. Pero antes de eso... habrían perdido las bases de su equilibrio. La energía atómica... o el inevitable final.

Pero Mackay se sentía feliz allí. Sus ojos, de un azul gris obscuro, se habían tornado de un azul claro y con los globos oculares inyectados en sangre; su piel tomó primero un tinte marrón obscuro, a causa de los rayos ultravioletas que llegaban hasta allí y luego se volvió moteada y enfermiza. La piel de Burns cambió también, pero sus ojos soportaban mejor la situación por ser más joven. Con todo, Mackay se sentía seguro de su objetivo. Contemplaba el llameante núcleo de una mancha solar y examinaba la ladera de una protuberancia y el flujo y reflujo de las titánicas mareas de gas al rojo blanco.

El año 2050 pasó a la historia y el 2051 y el 2052 lo siguieron en rápida sucesión. No llegaba allí ningún indicio sobre los grandes acontecimientos de la tierra y los planetas; sólo la horrible quemadura del sol... y en febrero de 2053, un leve indicio de los grandes cambios ocurridos allí.

–John –dijo cierto día Mackay, en voz baja–. John... Creo adivinar algo del secreto. ¡Creo que podemos conseguirlo, John!

Burns contempló el espectro de finas líneas que yacía sobre la mesa delante de Mackay, y las páginas de cálculos, mediciones y fechas.

–No veo mucha diferencia en esto, doctor. ¿Será otro fuego fatuo?

–Confío... confío en que no, John. ¿No ve... esta pequeña línea? ¿La reconoce?

–No... Creo que no –dijo lentamente Burns–. Es demasiado alta para ser la línea 4781. Y no sé qué hay ahí adentro...

–Adentro no hay nada, John –dijo Mackay, con dulzura –. No hay nada. Es una línea prohibida, una línea imposible. Es la imposible línea del sodio, John. Es una transformación que simplemente no podía tener lugar. Y ocurrió, de modo que voy a averiguar cómo fue. Si puedo conseguir, que la imposible liberación tenga lugar del mismo modo...

–Pero eso dice poco, tan poco... Aunque usted pudiera duplicar ese cambio, obtener esa línea, seguiría estando tan lejos del secreto como de Sirio. O de la tierra, por lo demás.

–Pero sé algo más, John. Usted olvida que sólo el conocimiento es el verdadero secreto. Cuando yo sepa lo relativo al átomo, sabré cómo hacer lo que quiero hacer. Si conociera todas las transformaciones que sucederán y su porqué, podría obtener esa otra transformación. ¡Ah! Si pudiera tan sólo ver unos pocos kilómetros más adentro en el núcleo del sol...

–Hemos visto en la historia algunas de las más grandes manchas solares, y de cerca. ¿Cree usted que podríamos ver más a fondo? La luz... esa terrible luz.

–Ciega hasta a los instrumentos, de modo que podemos hacer bien poco. Pero podemos calcular y tomar más fotografías de otras líneas. Ahora, debo ver qué han registrado los instrumentos cuando obtuvimos ésta.

Habían registrado más aún de lo que esperaba el viejo. Era suficiente. Mackay y Burns duplicaron aquella línea imposible y luego produjeron algunas líneas más imposibles. Aquello era la clave. De modo que la empresa no ofrecía dificultades invencibles. Ellos podían diseñar el aparato, y lo hicieron en septiembre, a los tres años y un mes de haber partido en el viaje final al sol.

Lo construyeron, pieza por pieza, y lo probaron en enero. Allí no había invierno: no existía el invierno, simplemente. Sólo un perpetuo calor. Y los ojos de Mackay se debilitaban rápidamente. Su obra había terminado. ¡Tanto porque apenas si podía seguir trabajando como porque, al 14 de enero de 2054, la energía atómica había sido dominada por el hombre! El Gran Secreto había sido descubierto.

Se necesitó la intensa luz del poderoso arco para estimular los viejos ojos cuando la tarea quedó concluida. Sólo se veía su tremendo y cegador poder. Sus oídos pudieron oír suficientemente bien el estruendo y sus dedos tantear los contornos de la pesada máquina. Pero ya no pudo distinguirla cuando le rugió por fin su robusto saludo a los oídos humanos.

Sus finos labios se entreabrieron en una sonrisa satisfecha, con todo, cuando sus duros y viejos dedos acariciaron el frío metal y el cristal liso y frío.

–Esto marcha... ¿verdad, John? Marcha, John, lo hemos logrado.

Una sombra veló por un instante el rostro del viejo.

–Hace más de tres años que no tenemos noticias de la tierra ¿Supone usted que algún otro lo habría descubierto también? Creo que no debo ser egoísta, pero confío en que no haya sido así. Quiero darle esto al mundo, John... ¿puede manejar el aparato de dirección?

–Sí doctor: puedo hacerlo. Usted elaboró todos los planes y son muy simples. En realidad, el asunto no es muy distinto. Sólo que en vez de usar un gas de alta temperatura proyectado a miles de metros por segundo, usaremos un ion de alto voltaje proyectado a miles de kilómetros por segundo. Y como podemos quemar hierro, según predijo usted, no tenemos por qué preocuparnos por la energía.

–No, John. No tenemos que preocuparnos en absoluto de la energía.

El viejo suspiró y luego rió, satisfecho:

–Siempre he querido ver el día en que la energía atómica gobernara al mundo. Pero creo que no lo veré, después de todo. No veo ya, pero tanto da. Me quedan tan pocos años que no me inquietaré por una pequeñez como ésa. Mi obra está hecha, de todos modos. No tenemos por qué preocuparnos de la energía, John: el mundo tampoco se preocupa ya.

"Los hombres no volverán a preocuparse de eso. Nunca tendrán que volver a cavar la tierra en procura de combustibles. O hacer las cosas en la forma más penosa porque así exigen menos gasto de energía. Habrá energía... energía para la industria del

mundo entero. Todas las poleas de las fábricas del mundo serán impulsadas por los átomos que estallan. El continente ártico, calentado y convertido en un jardín por la energía atómica. El Canadá, abierto gracias a él para las viviendas humanas, hasta el propio Polo Norte."

–No más ciudades nubladas por el humo.

–Y el átomo liberará al hombre de la carga del trabajo. No más sudar seis horas todos los días para ganarse el pan cotidiano. Una hora por día... y energía a diario, infinita. Y, quizás, eso hasta lleve a una trasmutación de éxito, aunque yo no pueda verla. Quiero decir que no pueda verla ni siquiera mentalmente –dijo Mackay, con una sonrisita–. El sol me mostró los secretos que contenía... y se llevó la impía visión que los contempló. Vale la pena. El mundo tendrá poder... y mi obra está hecha. ¿Pone usted en marcha el aparato de dirección?

–Sí, doctor. El tubo principal debe ser...

Burns se lanzó a una discusión técnica. Los ojos del doctor Mackay no podían seguir los planes, pero su viejo cerebro era tan sagaz como siempre. Se pintó todos los detalles con una visión más penetrante que la que tuvieran nunca sus ojos. Rió satisfecho al pensar en ello.

–John, he perdido poco y ganado más. Puedo ver ese tubo mejor de lo que podría verlo usted. Es un tubo de metal, pero lo veo hasta lo más profundo y hasta me parece ver los iones fluyendo lentamente, con toda precisión. Mi cerebro tiene mejor vista que la que ha tenido nunca mi cuerpo y ahora se está desarrollando. Me parece ver el tubo cuando no existe aún y también su interior, cosa que usted no puede ver. Concluya eso, John. Debemos darnos prisa en volver.

El torno zumbaba, movido por la energía atómica y el horno eléctrico brillaba con un calor tan intenso que el viejo hombre de ciencia parecía verlo, impulsado por la fuerza de los átomos que estallaban.

La vista mental de que se había jactado era penetrante, más penetrante de lo que lo habían sido sus viejos ojos. Pero seguía siendo ciega. De un modo u otro, no veía las varillas de tungsteno al rojo blanco en el lado *nocturno* de la aeronave, vertiendo miles y miles de kilovatios de energía en el espacio. La energía era tomada por el thermlectrium de la refrigeración de la aeronave.

Los tubos de dirección cobraron impulso y sus grandes pasadores metálicos fueron invertidos. Luego, los tubos de los cohetes fueron sellados en el otro extremo, cortados y aislados de nuevo. Pero ahora, eléctricamente aislados, los grandes tubos de ion cobraron forma y fueron asegurados, y los enormes conductores volvieron a las cámaras de ion y a la inclinada mole del motor atómico. El día sucedió al día y Burns cortó y modeló el metal y lo fundió bajo la fulgurante energía de los átomos rotos en su generador atómico.

Y, finalmente, la aeronave tembló con nuevo y suave impulso. Debía ser lento, porque los hombres estaban habituados ahora a la falta de pesantez, llevaban ya tres largos años en esa situación. Pero gradualmente el *Prometeo,* soportando el fuego que le había robado al sol, giró con más rapidez en su órbita y describió espirales cada vez más lentas, más lentas, más lentas. Y el transmisor radiotelefónico proyectó su haz hacia la tierra.



Librodot

Mackay y Burns no pudieron oír los mensajes que les martilleaban en respuesta la tierra y la luna, pero los adivinaban con alegría. Los tubos de ion susurraban suavemente, con un crujido que recordaba el paso de una serpiente sobre unas hojas secas y la aeronave aceleró su avance firmemente, lentamente. Los viajeros hicieron funcionar esos tubos día y noche y aumentaron poco a poco la energía. Ahora, no había necesidad de una eficiencia máxima. Ni de preocuparse cuando derrochaban su energía. Había mucha más.

Su única dificultad era que los poderosos tubos de iones que funcionaban no podían recibir las señales radiotelefónicas, hasta cuando describían círculos gradualmente más allá de Mercurio y finalmente de Venus, volviendo a acostumbrarse a la pesantez. Los viajeros no querían cerrar sus tubos, porque debían volver a habituarse a la pesantez y se movían ahora muy rápidamente, con creciente rapidez, de modo que pasaron junto a Venus con demasiado velocidad para las aeronaves que se elevaban del planeta a fin de felicitar al doctor Mackay y comunicarle las grandes noticias.

Siguieron describiendo círculos en el *Prometeo* hasta habituarse nuevamente a la gravedad de la tierra y luego se acercaron a ésta y tuvieron que aplicar los cohetes frenadores de los iones.

–Nada de detenerse en la luna, John –dijo Malcolm Mackay con una sonrisa–. Nosotros y toda la humanidad hemos terminado con eso. Iremos en derechura a la tierra. Teníamos mejores terrenos en el desierto de Mojave. Dígales que se aparten, porque los iones serán peligrosos.

John Burns transmitió su mensaje y la tierra asomó con su gran mole y la América del Norte apareció lentamente. Luego, pusieron proa al desierto.

El viejo hombre de ciencia oyó primero el débil y frío grito del aire roto, porque sus ojos estaban a obscuras y sólo sus oídos le trajeron mensajes del exterior.

–¡Eso es aire, John! –exclamó, repentinamente–. ¡Estamos en el aire de nuevo! ¿A qué distancia nos hallamos?

–Sólo a doscientos veinte kilómetros ahora, doctor. Estamos casi de regreso.

–De regreso... Me gustaría ver eso de nuevo, John. John, nunca volveré a ver la tierra. Nunca... pero eso significa poco. La oiré. La; oiré y la oleré con mis fosas nasales, limpia, fragante y húmeda, y la he de saborear en el aire. El aire de la tierra, John, denso y aromático de cosas verdes. Es el otoño. Quiero sentir de nuevo el olor a hojas quemadas, John. Y sentir la nieve y oír su suave caricia sobre el vidrio de una ventana y los suaves sonidos que hacen los hombres sobre la nieve. Me alegro de que estemos en otoño. La primavera tiene sus olores, pero no son tan fragantes y limpios. No son tan interesantes cuando uno no puede ver el color de la hierba, tan verde... y brillante como el lápiz de dibujo de un niño. Los colores... Los echaré de menos. Allí no había ninguno. Colores... Nunca volveré a ver las hojas, John. Pero las oleré, y oiré el zumbido y el murmullo de miles y miles de máquinas atómicas que reconstruirán el mundo para la humanidad. ¿Dónde estamos? El aire es cada vez más denso, ahora.

–A menos de setenta y cinco kilómetros. Han despejado el desierto de Mojave en un radio de setenta y cinco kilómetros a nuestro alrededor, pero hay ahí cien mil automóviles aéreos privados... un nuevo modelo. Deben haber creado una energía de transmisión. Todos tienen energía individual y aparentemente por medios eléctricos.

–¿Energía de transmisión? Eso me parece bien. Entonces, la energía atómica llegará a todos los hogares. El aparato será costoso, demasiado costoso para el hogar.

–Él aire está lleno de aparatos... Hay media docena de grandes aeronaves estratosféricas que vuelan ahora cerca de nosotros. ¿Oye el *chug-chug* de sus hélices?

–¿Es ése el ruido? ¡Ah! Hombres, hombres de nuevo, John. Quiero oír un millar de voces a un tiempo.

Burns rió temerariamente, despreocupadamente.

–Las oirá, al parecer. ¡Las oirá! ¡Están mil veces más cerca, ya!

–¿Nuestro aparato está disminuyendo la velocidad? –preguntó Mackay.

Burns guardó silencio por un momento. Luego, repentinamente, cambió su nota el seco crujir de los tubos: estalló sonoramente por un momento, luego se oyó un golpe sordo suave y rechinante, un áspero raspar de arena... y el rumor de los tubos de ion se extinguió en el silencio.

-La aeronave se ha detenido, doctor. Estamos de regreso.

Vagamente, débilmente, llegó el sonido de un millar de voces con su clamoreo y sus gritos a través de las paredes. ¡Mackay había aterrizado! ¡El Gran Viejo estaba de regreso! Y la mitad del mundo había salido a la calle a darle la bienvenida, a él, al hombre que había rehecho toda la tierra y todo Venus.

Se abrió el pasador y Mackay oyó el bramido de las voces, el repiqueteo, el zumbido y el fragor de miles y miles de hélices. Era la musical cacofonía de las señales de mil automóviles aéreos y el poderoso atronar de una voz titánica, retumbante, ronca y que se parecía a Dios en su poder, atravesándolo todo, ahogándolo todo.

–Le están dado la bienvenida, doctor Mackay... Le están dando la bienvenida.

–Eso tengo entendido –dijo Mackay, entre feliz y triste–. Pero estoy tan cansado... Quizá pueda descansar un poco, primero. Soy más viejo que usted, John. Usted ha hecho tanto como yo: más vale que sea usted quien les conteste.

Repentinamente, las voces humanas próximas intervinieron, excitadas, felices, dándoles la bienvenida y se oyó la rápida respuesta de John Burns:

–El doctor Mackay está cansado: el viaje ha sido duro para él. Y... ustedes sabrán que ha perdido la vista. La radiación del sol estaba tan cerca... Preferiría que lo llevaran a un lugar donde pudiera descansar.

–Perfectamente, pero... ¿no podría decir algo? ¿Sólo unas pocas palabras?

Burns miró al viejo. Malcolm Mackay meneó la cabeza.

El hombre que estaba afuera volvió a hablar.

–Muy bien. Lo llevaremos directamente adonde quiera.

Mackay sonrió, lenta y pensativamente.



Librodot

–A cualquier parte, a cualquier parte donde pueda oler los árboles. Creo que me gustaría ir a algún sitio de las montañas donde el aire sea fragante y huela a pinos. Me sentiría mejor a los pocos días...

Lo llevaron a un campamento privado de las montañas. Una *cabaña* de diez habitaciones. Y tuvieron a raya al mundo y un médico lo cuidó. Mackay durmió y descansó y Burns vino a verlo dos veces al día siguiente, pero lo alejaron. Durante los dos días siguientes no pudo venir.

Porque ni siquiera Burns había comprendido rápidamente el significado de todo esto. Hasta él había creído al principio que se celebraba la invención del generador atómico.

Por fin, tuvo que venir. Entró lentamente en la habitación de Mackay. Su andar le reveló al ciego que algo marchaba mal.

–John... John... ¿Qué lo trastorna así?

–Nada: no estaba seguro de que usted estuviese despierto.

Mackay pensó durante unos pocos segundos y sonrió.

–No era eso, pero no le daremos importancia al asunto ahora. ¿Ellos quieren que yo hable?

–Sí, En la asamblea especial de la Asociación Norteamericana para el Progreso de la Ciencia. Y... también sobre el tema de los elementos del thermlectrium. Usted ha hecho mucho más de lo que pensaba, doctor. Ha rehecho ya los mundos. Creí que esos automóviles estaban dotados de energía transmitida. Me equivocaba. Estábamos ciegos ante las posibilidades de esa invención menor, el thermlectrium. Esos automóviles estaban dotados de ello y obtenían su energía del calor del aire. Todas las industrias del mundo están accionadas con él. Es energía gratuita.

"Los elementos del thermlectrium son baratos, pequeños, inconcebiblemente simples: una varilla de metal común... una bobina de cable. No exigen fiscalización ni atención. Y la energía no cuesta nada. Todos los hogares, todos los comercios, todos los hombres, tienen su elemento de thermlectrium privado. Todo automóvil y todo vehículo están dotados de él.

"Y el mapa del mundo ha sido dislocado y transformado por él en tres breves años. Los trópicos son el jardín del mundo. Kilómetros cuadrados de tierra son refrigerados con gigantescas instalaciones de thermlectrium, y las ciudades provistas de aire acondicionado, hasta que la energía desarrollada se convierte en un estorbo, algo de que no pueden librarse. Los trópicos son habitables y se les ha dado un clima fresco, grato, fiscalizado por sus elementos de thermlectrium.

"¡La Antártida es calentada con él! Hay dos grandes minas que toman calor de ese aire helado para obtener energía en cantidades que no pueden usar.

"¡Y el combustible para los cohetes no cuesta nada! Absolutamente nada. Los países tropicales advierten que la descomposición electrolítica del agua es la única manera barata y práctica de liberarse de su vasta energía, sin convertirla inmediatamente en calor. Les regalan los gases a quienes quieran tomarlos.

"Y usted ha rehecho a Venus. Venus tiene ya dos grandes colonias. Las refresca y hace habitable el aparato de thermlectrium. Una unidad de diez dólares refrigerará y

dotará de energía para siempre a una casa de tipo común, sin el menor desgaste. Llevándola afuera en invierno, la caldeará y dotará de energía. Pero en Venus todo se está refrigerando. Están haciendo progresar el planeta, ahora. ¡Doctor Mackay, usted ha rehecho los mundos!"

El rostro del doctor Mackay estaba turbado. Lentamente, se formaba en su alma un gran interrogante. Una grande y dolorosa pregunta.

–Pero... pero, John... ¿Y la... energía atómica?

–Una de las grandes líneas del espacio quiere contratarla, doctor. Su aeronave interplanetaria la necesita.

–¡Una! –exclamó el Gran Viejo–. ¿Y... las demás, qué?

–Sólo hay una línea interplanetaria. Las líneas a la luna no son interplanetarias...

Y el doctor Mackay notó la benevolencia del tono de Burns. –Comprendo... comprendo... Pueden usar los gases gratuitos de los trópicos. Energía gratuita... menos que nada.

Y agregó, suavemente:

–De modo que el mundo no necesita mi energía atómica... verdad?

Y su viejo cuerpo pareció consumirse.



Librodot

## PÉRDIDAS POR FRICCIÓN

–Pero... ¿por qué insiste, Hugh, en explorar siempre entre estos escombros, los peores, en busca de lo que necesita? –preguntó con tono fatigado Ban–. Esos fragmentos cortantes de vidrio, y esas gruesas cenizas... ¡Vamos! Seguramente habrá otras partes de esa pila de desechos que podrán satisfacerlo. Veo poca diferencia, salvo que algunas partes están más revueltas que otras y ése es uno de los peores sitios.

Hugh Thompson meneó lentamente la gruesa cabeza gris y enderezó poco a poco la dolorida espalda, porque ahora estaba envejeciendo y las condiciones en que vivía eran muy duras para él. Sentía la espalda frágil, quebradiza.

–No, Tom. Usted sólo tiene treinta y dos años: no recuerda. Nueva York estaba dividida en muchos distritos. Quizá recuerde que solían desenterrar aquí los abastecimientos de víveres. Eso se debía a que éste era un distrito con mercado de alimentos. Pero en esta misma sección hubo antaño un gran número de almacenes dedicado al equipo radiotelefónico y eléctrico. Esto no está tan revuelto como usted cree. Y aquí está nuestra mejor esperanza, por débil que sea.

Ban Norman miró con aire de duda a su alrededor. Los grandes montículos y pilas de rocas y metales semifundidos y desintegrados se extendían hasta donde alcanzaba la vista en una dirección y hasta la orilla del río en la otra. De vez en cuando quedaba el resto de una torre que se desmoronaba, apuntalada por un ocasional soporte de granito fundido y de color vítreo, de treinta metros. Las blancas masas de agrietada piedra estaban veteadas de rojo oscuro, como si fuese la sangre seca de los edificios que habían existido sobre los esqueletos de hierro que se fundían lentamente.

–Los *granthees* le infligieron a esta sección un castigo excepcionalmente duro. ¿Por qué se habría de esperar que sobreviviera algo tan delicado como las lámparas radiotelefónicas que usted busca?

–Porque no podemos hacer otra cosa, Ban –dijo pacientemente el viejo–. Yo no era mayor que usted cuando sucedió esto y traté al principio de hacer lo que estamos haciendo durante estos treinta años. Nuestra pequeña estación ha vuelto a fracasar y toda la gente que ha tratado tan fielmente de mantener esta tenue hebra de civilización se pregunta nuevamente si ha llegado para nosotros la ruptura final de la hebra. Boston ha desaparecido, desde hace tres meses ya. Sabemos que Cincinnati está perdida porque Randolph Balling no pudo conseguir que ningún hombre o mujer aprendiera lo que él sabía antes de su muerte. Estamos perdiendo, Ban, y eso me duele. El hombre se ha esforzado durante tanto tiempo, tan penosamente... y ahora, en tres décadas... ¡Oh, es un error tan grande renunciar a la esperanza!

Ban suspiró y avanzó hacia la sombra de unas grandes rocas tumbadas.

–Podemos comer mientras descansamos y conversamos –dijo–. ¿Qué edificio era ése?

Hugh miró a su alrededor y contempló los grandes bloques, derribados en un momento de ira como los juguetes dispersos de un niño. Trató de determinar su ubicación por los putrefactos escombros de los muelles, los caóticos montones que había detrás, la playa de Jersey del otro lado del río. Y meneó la cabeza lentamente.

–Son treinta años, Ban –dijo, sentándose cuidadosamente y sacando el pan duro y negruzco del morral de juncos entretejidos que llevaba–. Estoy olvidando qué aspecto

tenía el viejo Nueva York. Hace tiempo ya que lo veo así... Parecería que nunca lo vi distinto. Pero aquí había pocos edificios altos y éste era evidentemente muy grande. Quizás haya sido el edificio de la Compañía Telefónica de Nueva York.

Ban miró las ruinas que lo rodeaban y se encogió de hombros.

–No veo cables ni hilos.

–No. Pero esto fue un edificio directivo y las oficinas centrales representaban una parte pequeña del equipo. Se debió perder en este caos. Además, cuando se formaron los clanes se apoderaron de todos los fragmentos de cobre de los edificios que pudieron hallar para fabricar cacerolas. Trabajaban el cobre más a gusto que cualquier otro metal y se llevaron todos los cables que estaban al descubierto. También había plomo para las hondas. Tenemos la suerte, realmente, de que haya estado profundamente sepultado gran parte del equipo radiotelefónico, porque eso se habría destruido en esos años iniciales.

–Pero el equipo sepultado estaba estropeado, de modo que no se ganó nada.

–No todo. Y por suerte, gran parte del equipo había sido refinado y endurecido a tal punto que resistió a las tensiones. Las lámparas metálicas, por ejemplo. Sólo tenían unos pocos años de uso cuando aparecieron los *granthees.* Si hubiésemos tenido las viejas lámparas de vidrio, apenas si habríamos podido salvar unas pocas.

Ban miró a su alrededor y dijo, con acritud:

–Lo creo. ¿Qué destruyó tan a fondo esta sección?

–Las bombas atómicas. Unas pocas de las nuestras. Ese gran cráter que le he mostrado en el viejo parque fue causado por una de nuestras propias atómicas, descargada cuando aterrizó aquí la aeronave de los *granthees.* Usted no hallaría un solo fragmento de esa aeronave: hasta el metal de que estaba hecha fue estropeado por la llamarada. Las bombas atómicas causaban una llamarada antes de estallar.

–Si teníamos la energía atómica que poseían los *granthees...* ¿por qué ellos, con su pequeña fuerza de cien aeronaves, estuvieron tan próximos a conquistar todo el mundo del hombre?

–No teníamos la energía atómica. Creamos, hacia el fin, explosivos atómicos, los cuales son muy distintos. Grant Hubert le ha mostrado a usted los explosivos y ya sabe cómo difieren de los combustibles. Tuvimos explosivos, pero antes de que aprendiéramos a usar los combustibles atómicos fue demasiado tarde. Los hombres, los laboratorios y talleres mecánicos habían desaparecido, al parecer.

"Las aeronaves de los *granthees* aparecieron en abril sobre Rusia, Chicago, el Brasil y el África central. En julio, aquello estaba acabado. Atacaron con el rayo de la fiebre, un intenso haz de radio, que les provocaba a los hombres un calor semejante a una fiebre intensa, hasta que morían al cabo de unos segundos. Destruyeron la vida en el África en pocos días y borraron toda vida del Asia, casi mil millones de seres humanos, en dos semanas. El Japón tenía un armamento moderno y resistió el ataque durante una semana y destruyó siete aeronaves de los *granthees.* Habrían podido hacer más de no ser por el Foso del Japón.

–¿El Foso del Japón?



Librodot

–Sí. El Japón era un imperio isleño, de hombres algo parecidos a John Lun, amarillentos y pequeños. Pero esos hombres habían asimilado los hábitos de los blancos y lucharon más heroica y obstinadamente, en realidad, que los demás. Eran una raza fatalista. Concibieron la idea de los aviones torpedos y fueron los primeros en ponerla en práctica. Le he mostrado a usted el aeroplano averiado cerca de Newark. Tenían muchos aeroplanos, más pequeños pero mucho más veloces... pequeños aparatos que podían rendir casi mil kilómetros por hora.

"Los tomaron y rodearon el motor de grueso metal y cargaron en ellos muchas libras de explosivos y llenaron el tanque de combustibles, poniendo una sustancia llamada ácido pícrico en la nafta. Sus motores no podían soportar ese trato durante más de diez minutos, pero en esos minutos eran poderosísimos.

"De modo que esos aeroplanos levantaron vuelo y hendieron el aire como grandes pájaros, a una velocidad tal que podían cubrir la distancia desde aquí hasta el clan de las Montañas de Orange en menos de dos minutos... a mil kilómetros por hora.

"Las aeronaves de los *granthees* eran veloces, pero muy grandes, de casi trescientos metros de longitud. Proyectaron sus haces de radio contra los aeroplanos, y algunos de los motores se detuvieron y otros no, y los pilotos murieron siempre, pero no antes de haber alcanzado el objetivo. De modo que varios centenares de aeroplanos que volaron así como grandes bombas de tres toneladas que se desplazaban con la velocidad de ese pequeño cañón que le mostré, el automático, pudieron llegar a su blanco y penetrar en las aeronaves de los *granthees* y destruirlas.

"No todos los *granthees* murieron entonces, pero, desde luego, en tierra y sin sus aeronaves, se vieron impotentes contra tantos hombres y mujeres, pese a sus colmillos ponzoñosos. Podían correr muy velozmente sobre sus seis piernas, pero es imposible correr lejos o ágilmente cuando se está rodeado de hombres a quienes no les importa en absoluto morir con tal de que muera también un enemigo.

"Y, desde luego, había cañones. Los japoneses tenían algunas naves que se llamaban acorazados, de acero, muy gruesas y muy resistentes, tan gruesas y fuertes que el haz de radio no podía perforarlas, tan grandes que ningún haz que pudieran proyectarles los *granthees* podía calentarlos seriamente.

"Esos barcos llevaban cañones, no como el automático que le mostré, sino tubos de sesenta centímetros de diámetro y quince metros de longitud y sus balas pesaban toneladas. Esas grandes balas, cuando lograban alcanzar una aeronave de los *granthees,* causaban graves daños y a veces derribaban una de ellas. Los japoneses derribaron a dos de las siete que destruyeron así, y cuando aterrizaron, atacaron a sus ocupantes, campesinos armados con guadañas, palos y piedras.

"Los japoneses eran una raza muy rara, pero combatían como todos los hombres de aquella época, con armas muy inferiores... aunque con enormes reservas. Durante la captura de una aeronave, con su tripulación de mil *granthees,* que cayó cerca de Tokio, una de sus grandes ciudades, murió casi un millón de japoneses. Eso es lo que se entendía por proporción de mil por uno. Desde luego, no todo ese millón tuvo la oportunidad de atacar a esa aeronave ni trató de hacerlo, pero ése fue el número que murió en Tokio a causa de la aeronave de los *granthees.* En realidad, en el ataque mismo quizá sólo intervinieran siete mil hombres.

"Pero de ser así, ello no habría sido tan terrible para la civilización del hombre, porque sólo había cien mil *granthees.* Si hubiéramos perdido solamente mil hombres por



Librodot

cada uno de los *granthees* destruidos, la pérdida difícilmente habría podido considerarse seria. Cien millones de seres humanos... y en esa época, teníamos dos mil millones. Pero la proporción fue de quince mil a uno.

"Y aun esto habría sido soportable, de no ser porque tarde o temprano, vendrá la segunda expedición de los *granthees* y nos destruirá a los demás.

"El hombre apeló a todas sus reservas, entonces. Durante mil años el mundo se había estado construyendo y los hombres se habían propagado durante otros cien mil. En tres meses, el hombre gastó todo lo que poseía para derrotar a la invasión. El Japón lo perdió todo porque las grandes bombas atómicas de los *granthees* desintegraron las islas y éstas se hundieron en el Foso del Japón, un agujero del suelo oceánico donde las aguas bajaban hasta ocho kilómetros de profundidad, un foso capaz de tragarse la más grande de las montañas, de la tierra sin colmarse.

"Y el Japón desapareció.

"Pero los *granthees* habían volado al Occidente, también. Atacaron Europa, que era una región muy densamente poblada, de elevadas cultura y civilización. Pero la flota eurásica de los *granthees* se había concentrado en el Japón y en la aún más populosa China.

"En la China, cayó una aeronave de los *granthees y* murieron seiscientos millones de hombres. La India derribó a dos aeronaves, mediante las defensas británicas que había allí, y Australia, según sabemos, debe haber derribado a ocho, aunque nunca se oyó mensaje alguno. Pero Australia tenía pocas ciudades y un vasto campo, de modo que quizá estén vagabundeando miles de seres humanos, sin poder comunicarse con nosotros. La hebra de la radiotelefonía es tan tenue, tan frágil...

"Europa luchó y destruyó las aeronaves de los *granthees*, a todos los que volaron sobre ella, y sus ciudades desaparecieron en los estallidos atómicos con sus fulgores purpúreos y sus pueblos muertos bajo los haces de calor de la fiebre. Pero había muchas fortalezas y vehículos blindados y acorazados. Estos lucharon y los rayos de la fiebre no lograron llegar hasta los hombres y las bombas atómicas no pudieron ser arrojadas, ya que hasta para las aeronaves de los *granthees,* un proyectil de dieciséis pulgadas perforador de blindajes, cargado con media tonelada de explosivo de alto poder, no era un vulgar guijarro. Los *granthees* dispararon sus bombas como balas, pero no pudieron hacer impacto en los pequeños buques cisternas de la flota y ni siquiera su poder pudo alcanzar las fortalezas sepultadas a centenares de metros debajo de las rocas y el suelo.

"Oh... Mataron a los hombres gradualmente, porque convirtieron toda la región de las fortalezas en una laguna de lava, que burbujeaba, espesa, como una gran marmita con caramelo, de modo que los hombres morían. Pero también morían las aeronaves. Los acorazados soportaban una, hasta dos bombas a veces, y eran móviles y difíciles de alcanzar y ni los *granthees* podían hacer hervir un océano. Ocultaban los barcos de guerra en nubes de humo para que no los vieran, mientras que los aviones, volando como minúsculas moscas de agua contra el sol, les indicaban donde revoloteaban los *granthees.*

"De modo que, finalmente, fue destruida la última aeronave de los *granthees* que sobrevolaba Europa. Y quedaron vivos casi cinco millones de hombres para festejarlo. Pero empezaron pronto a trabajar y las fábricas de municiones reanudaron su labor y lo mismo las usinas ocultas y enterradas.

"La flota *granthee* del África vino a su vez y se unió a los restos de la flota que destruyera Australia.

"Europa volvió a combatir. Los europeos poseían vastas reservas en esa época, porque sobre sus cabezas pendía siempre la amenaza de una guerra y sus ejércitos estaban adiestrados y tenían cañones y pilas de municiones.

"Hicieron lo mismo que los japoneses. Sus hombres murieron destruyendo las aeronaves *granthees* con sus pequeños aviones... y con algunos nuevos, que ellos llamaban cohetes. Eran balas huecas de metal cargadas totalmente de explosivos... en los espacios destinados al hombre que servía de guía y al combustible que las impulsaba sobre alas de fuego en vez de alas metálicas. Los *granthees* no pudieron eludirlos, porque aquellos diminutos objetos eran más veloces y móviles aún que los cruceros interplanetarios. A menudo se movían con tanta rapidez que la ululante bala de metal sólo estallaba cuando había penetrado hasta la mitad de la aeronave *granthee.*

"No había tantos hombres ni mujeres, entonces. Las aeronaves *granthees* derribadas no fueron siempre totalmente destruidas. Algunos *granthees* vivieron y lucharon sobre la tierra: y como hasta en tierra eran mortíferos, adiestradas tropas avanzaron cautelosamente y los destruyeron con sumo cuidado.

"Y finalmente, como usted sabe, las últimas aeronaves g*ranthees* aterrizaron y sólo tres estaban en condiciones de navegabilidad aérea. Pero aterrizaron en Inglaterra, una isla situada frente a la costa de Europa. Habían destruido todas sus armas defensivas. Ahora, se dedicaron a capturar a sus seres humanos y lo hicieron, porque éstos eran muy pocos y carecían de armas. Las tres últimas aeronaves fueron destruidas por seres humanos que se dejaron capturar, junto con pilas de explosivos de alto poder y bombas de gas venenoso.

"Aquí, en los Estados Unidos, todas las ciudades habían sido destruidas como lo han sido estas humildes extensiones de casas. No había más ciudades ni gobierno alguno, pero los hombres no necesitaban ahora un gobierno para combatir. Aniquilamos la primera flota aérea que llegó a los Estados Unidos, como habían destruido la primera flota atacante en Europa. De la América del Sur, vinieron más.

"Este país es muy grande, más de lo que usted podría concebir. Hay tanta tierra que los *granthees* no pudieron abarcarla con sus pocas aeronaves y en todas sus partes había seres humanos que los aborrecían. Un hombre de Nueva York descubrió la forma de liberar la energía de los átomos y fabricó muchas grandes bombas capaces de hacer lo mismo que las bombas de los *granthees.* No podían ser disparadas con cañones y exigían muchos aparatos para su lanzamiento. Pero cuatro aeronaves *granthees* fueron destruidas por ellas cuando seres humanos esclavizados que les llevaban alimento a los *granthees* les llevaron en cambio esas bombas.

"A los tres meses, todos los *granthees* habían sido destruidos y los pocos a quienes capturaron fueron torturados horriblemente. Los escasos hombres de ciencia existentes aún entre nosotros, después de la destrucción de los laboratorios donde habían estado trabajando, trataron de interrogar a los *granthees,* pero la gente odiaba demasiado a los invasores. Los hombres de ciencia sólo oyeron el desafío que les arrojaron los *granthees* a los hombres: que llegaría una segunda expedición.

"El hombre había luchado y derrotado a la primera expedición porque, aunque sus armas eran mucho menos poderosas, las tenía en gran abundancia, disponía de mucho material y había una gran ventaja a su favor en cuanto a potencial humano. Y su odio

era tan enorme que el suicidio nada significaba para él. Mil hombres estaban dispuestos a morir gustosamente con tal de poder llevarse consigo a un solo *granthee.*

"En realidad, hubo un promedio de quince mil seres humanos por cada *granthee,* y sin embargo todos los invasores murieron y aún quedaron seres humanos."

–Pero ahora sólo existen dos millones de seres humanos en toda la extensión del mundo –dijo Ban–. La segunda expedición descubrirá que la primera ha hecho su obra. La humanidad está reducida a un resto fácil de vencer. Por lo tanto... ¿qué hemos ganado?

El viejo Hugh meneó la cabeza.

–Esa no es la filosofía de la humanidad en el pasado. No se trata de lo que hemos ganado... sino de lo que le podemos hacer a esa segunda expedición para vencerla.

–Sí –dijo Ban, con amargura–. Pero usted lo expone erróneamente. Cabe preguntar... ¿qué le podemos hacer nosotros a esa segunda expedición?

–Los hombres de ciencia sobrevivientes han estado trabajando sin cesar. Poseen el secreto del rayo de la fiebre de radio de los *granthees,* tienen bombas atómicas, y les bastaría con hallar una fuente adecuada de energía.

–¡Les bastaría! –dijo Ban, con amargura–. Les bastaría... y usamos un viejo motor Diesel de automóvil y un motor eléctrico convertido como fuente de energía. Quemamos combustibles horribles como el gas de madera que usamos en la última primavera y celebramos alegremente nuestro triunfo al lanzar una señal vacilante y débil al aire.

"No hay talleres de reparación, ni herramientas ni máquinas. No hay nada. Vivimos aún en la capital de la humanidad construida antes de los *granthees.* Hurgamos en las ruinas buscando fragmentos sueltos de esa capital, sintiéndonos impotentes sin la labor almacenada de hombres muertos hace mucho tiempo. Sólo tenemos las cosas que tienden esas manos muertas para darnos esa falsa llamarada de civilización, una llama de vela moribunda que murmura cuando se extingue. Vivimos porque la vida es un proceso automático. Tenemos hijos porque eso es un proceso automático que no podemos detener. Cultivamos alimentos porque sufrimos hambre si no lo hacemos y enfrentamos el rostro de la Muerte.

"Es inútil que nos hagamos ilusiones de que conseguimos algo. ¿De qué sirve ese triunfo de la mente... de que podemos imitar el rayo de la fiebre de los *granthees?* Una idea robada a los *granthees* muertos, hecha con aparatos robados a ciudades muertas. Y aun así, el rayo de la fiebre es inútil cuando el enemigo está detrás de una pared de metal y... cuando sale un *granthee* a combatir. ¿Qué tenemos?

"¿Para qué escarbar entre los escombros para comunicarse con gente que no está en mejores condiciones que uno? ¿Por qué tratar de construir algo que los *granthees* pueden derribar? Los hombres levantaron aquí una ciudad, una gran ciudad de acero y piedra y belleza. Eran mucho más grandes que nosotros, tenían una destreza que murió con ellos, un poder que desapareció, también. Y a pesar de todas sus armas, de todo su vasto capital que gastar... han muerto. Nosotros no tenemos habilidad ni el capital necesario para las armas. Y la segunda expedición se acerca: ellos nos lo han dicho.



Librodot

"Ustedes los viejos, que vieron esa civilización, no pueden olvidarla. Ustedes siguen soñando con reconstruirla. Pero nosotros, los que hemos crecido desde entonces, no alentamos falsas esperanzas. Nunca la vimos y sabemos que nunca la veremos.

"El capital del hombre se ha agotado, sus ingresos están gastados, está empeñando sus últimas y orgullosas posesiones. La civilización del hombre está acabada. Podrá enorgullecerse aún y tener suficientes fuerzas en su encogido cuerpo para destruirse a sí mismo antes de que vengan los *granthees* a capturarlo. El hombre es el último animal de grandes dimensiones que queda sobre la tierra y los *granthees* deben capturarlo. Ustedes ya saben cuál será su suerte entonces. El hombre será el caballo de laboreo del *granthee* y su hijo el pollo que se comerá. Y eso es seguro, ya que ahora hay muchos que no tienen suficiente inteligencia para preverlo ni la voluntad necesaria para eludirlo."

El viejo Hugh suspiró.

–Lo sé, Ban, lo sé –dijo, en voz baja–. Lo he sentido, temido y comprendido. Y por dos razones sigo viviendo y trabajando: la primera, es que están los que no tienen la inteligencia ni la voluntad necesarias; y por el bien de quienes llegarían a ser el caballo y el pollo, debemos intentarlo. Hay también una tercera razón, de modo que diré que la segunda es que los *granthees* no sabían cuándo vendría la nueva expedición. Era sólo una promesa cuando empezaron... una promesa vacía.

"La más grande de las razones, es que los demás hombres siguen trabajando aún, con el antiguo valor y la antigua habilidad humanos. Usted sabe que en Schenectady hay hombres que no roban aparatos en las ciudades muertas, sino que los hacen de nuevo. Y en Detroit están fabricando motores nuevamente... motores que queman madera y no se gastan rápida ni fácilmente, con cojinetes que son lubricados como lubricamos a los nuestros, con aceite exprimido de las semillas de aceite castor que cultivamos aquí."

–¿Fabrican cañones capaces de despedazar a las aeronaves *granthees?* ¿Construyen veloces aeronaves cohetes capaces de trazar una estela de destrucción a través de...?

–Todavía no; lo sé, Ban, pero...

–Pero la segunda expedición le pondrá término a eso. Hugh; siento afecto por usted, lo quiero como al único padre que he conocido; pero usted lucha contra imposibilidades. Las semillas de aceite castor que ha mencionado... Usted sabe que tendremos aceite, pero un poco más tarde, ya que la helada ha destruido la cosecha del año pasado. De modo que nuestras pobres máquinas se deslizarán y rechinarán hasta detenerse, cuando las pérdidas de fricción destruyan su eficacia y su metal. La fricción ha detenido siempre al hombre.

–No es la fricción sino la inercia lo que ha detenido a la humanidad, Ban.

–Sí, el impulso se extingue y la carrera se detiene cuando la fricción la hace más lenta. Pero, vamos, mi viejo Hugh: yo lo ayudaré, porque sé que el trabajo le es caro. No comprendo lo que intenta ahora, pero sé que necesita más lámparas radiotelefónicas, más aparatos, de modo que usted y yo escarbaremos entre las ruinas.

Ban se levantó lentamente y echó a andar, sorteando el caos de piedras y vigas de madera que se pudrían, chamuscadas y ennegrecidas en los incendios iniciados por las bombas atómicas y por la furiosa naturaleza ahogada en tonelada tras tonelada de persistentes lluvias.

Con laxitud, el viejo lo siguió, cabizbajo, apenado. Sabía que todo lo que dijera Ban era cierto. Pero Hugh pertenecía a una generación que había sabido y se había abandonado a la esperanza. Su generación se abandonaría siempre a ella.

2

El sol se estaba hundiendo en un largo crepúsculo estival cuando ellos bajaban hacia el muelle putrefacto. Estaban pesadamente cargados y el viejo Hugh se sentía feliz al sortear su camino entre los bloques de piedra caídos. Cautelosamente, bajaron al pequeño bote, contemplando con ansiedad el fluir del río, un río limpio y claro ahora, con cascos oxidados y podridos hundidos y visibles bajo su superficie.

La marea cambiaba rápidamente y el agua se movía con lentitud, gorgoteando suavemente alrededor de los pilares del embarcadero. Las gaviotas giraban perezosamente sobre las pequeñas olas revueltas, observando a los hombres con ojos penetrantes y brillantes. Los hombres eran una fuente de peligro para las gaviotas: para ellos, las gaviotas eran una fuente de comida... una sopa de sabor algo fuerte, pero nutritiva.

–Bájelos con suavidad, Ban –dijo Hugh–. Temo que nos veremos obligados a ir más lejos la vez próxima. Los instrumentos, a Dios gracias, se hallaban en condiciones. Aquí está el receptor... y ese otro. Es pesado, de modo que tenga cuidado. Mire, aquí hay algo que podemos usar y que encontré cuando acabábamos de partir.

–¿Qué es? Parece un pequeño motor o un generador, pero no tiene palanca.

–Es ambas cosas: un transformador giratorio. Ellos acostumbraban usarlo en los automóviles para hacer funcionar los receptores radiotelefónicos. Tiene un motor de 6 voltios y un alternador de 110 voltios arrollado sobre una armadura, de modo que producía 110 de corriente alternada con 6 voltios de corriente continua. Tenemos muchos acumuladores poderosos de viejos automóviles y esto es un transformador de 500 vatios, de modo que tenemos algo muy útil.

–Hum.. puede ser. Nunca había visto uno, todavía. Bueno... ¿estamos prontos?

–Temo que eso es todo. Ojalá yo pudiera encontrar aquel conjunto de tubos de cobre enumerados en la vieja lista. Él debió venderlo...

Silenciosamente, ambos remaron mientras concluía el largo crepúsculo. Salieron las estrellas y la luna, mientras avanzaban trabajosamente, con el cochecito de niño a la zaga. Caminaron sobre los toscos guijarros de la vieja carretera de Meadows hasta cruzar la zona destruida y luego prosiguieron el viaje en bicicleta hacia las montañas de Orange.

La luna estaba alta cuando llegaron a los iluminados edificios del clan. La esposa de Ban los saludó, algo curiosa, cuando volvían. Los vecinos entraron, de a pocos por vez, para mirar apáticamente los tesoros reunidos por Hugh y para pedir noticias sobre la carretera, ya que los viajes que los alejaban del clan eran pocos y raros. Luego, se escabulleron y sólo quedó el viejo George para ayudarles porque había sido mecánico de automóviles y desahogaba su amor por las máquinas con su decrépito y viejo motor.

–Hoy lo llamaron por teléfono, Hugh –dijo–. Yo no pude hacer nada y a ellos al parecer no les bastaba con el teléfono.

Ban meneó la cabeza tristemente.

–Nunca pude comprender esos zumbidos y chasquidos. Ojalá hablaran como es debido.

–No pueden hacerlo siempre. La clave se transmite con menos gasto de energía y tenemos tan poca... Haré un llamado y veré si puedo descubrir quién me llamó.

El pequeño Diesel empezó a martillar y el viejo y arrugado George calmó su pesado tableteo lo mejor posible, y el transmisor, remendado y ajustado, empezó a funcionar. Pero del silencio del éter no llegó respuesta alguna a su llamado: sólo el suave rumor de la estática. Hugh meneó la cabeza y paró el Diesel.

–Ninguna respuesta, George. Volverán a llamar. Como siempre. Siempre tienen tiempo. Creo que empezaré a trabajar en ese rayo de la fiebre.

–El rayo de la fiebre –dijo Ban–. Usted podría causarle a un ratón una fiebre peligrosa y...

–No, usted no comprende. Las fiebres pueden curarse, también. Voy a construir un aparato curativo de la fiebre que tenga suficiente fuerza para curar, aunque no pueda herir. Y ese tubo de metal por el cual usted preguntó no es tan débil, Ban. Puede manejar quinientos vatios y tenemos seis. Si todos están en condiciones de funcionar, como yo lo creo, la energía no es insignificante. Es más de lo que hemos tenido hasta ahora, durante mucho tiempo.

Ban volvió a resoplar.

–Más de lo que hemos tenido durante largo tiempo... ¡y lo suficiente para curar, pero no para dañar a nadie, ni siquiera a un ratón grande!

–Pero yo aprenderé. Aprenderé a interpretar el rayo. Y usted también aprenderá. Eso es importante, Ban: tenemos que recordarlo. De modo que ayúdeme ahora, mientras pongo a prueba esas lámparas. Recuerde que ellos usan cuatro mil voltios y hágame el favor de tener cuidado.

A los dos días habían terminado las cosas e instalaron un aparato improvisado. Allí había una lámpara de tiratrón, también, algo que el viejo Hugh trajera sin interés y por mero espíritu adquisitivo de coleccionista, porque no era una lámpara radiotelefónica susceptible de fiscalización, sino simplemente un tipo de conmutador capaz de operar con radiofrecuencia próxima en realidad.

Aquello fue colocado sobre un tablero de madera dura, porque no había más bakelita ni caucho duro y costaba trabajo conseguir pizarra. Y los cables no estaban aislados sino simplemente espaciados, ya que la aislación se había podrido y caído en los años transcurridos desde que hicieran los cables.

Pero lo intentaron y dio resultado hasta cierto punto. No tanto como lo esperara Hugh, pero nada daba tanto resultado, ya que su aparato nunca podía ser el adecuado, sino el equivalente disponible más próximo. Sostuvo por radiotelefonía largas conferencias con los hombres de Schenectady que no habían olvidado su oficio y creó medios para medir lo que no podía medir por falta de instrumentos, longitudes de onda y frecuencias, hasta formas de onda, y lo consiguió después de vencer grandes dificultades, usando una vieja lámpara de televisión que conservara no se sabe cómo su vacío. En cuanto a la televisión ya no podían tenerla, porque exigía ondas tan cortas que sólo podían ser enviadas con distancias de horizonte. Pero la vieja lámpara de televisión del rayo catódico se convirtió en un oscilógrafo.

Hugh contempló el resultado con consternación.

–Ban, temo que nuestro aparato es muy defectuoso. Esto no es una onda de seno, sino una forma de onda para la cual el hombre nunca inventó un nombre. Bueno, eso no tiene remedio. Debemos hacer lo posible con lo que tenemos. Los hombres de Schenectady han enviado a uno de sus jóvenes del clan a pie y en canoa a Detroit, a ayudarles a los hombres que están ahí.

"Dentro de poco, se hará también allí equipo de radiotelefonía, donde tengan producción de maquinaria aún... y vastos cargamentos de materias primas. Quizá consigamos entonces equipo nuevo y bueno, lámparas que tengan siempre su vacío, y no se hayan *ablandado.* Harán tractores oruga que queman gases de madera y usan aceite castor como lubricante. Luego, podrán venir y comerciar de nuevo. Harán grandes botes nuevamente y tratarán de enviar cosas sobre los Grandes Lagos, y finalmente, hasta un enorme Diesel de centenares de caballos de fuerza a los hombres de Schenectady."

–¡Enorme! –dijo Ban–. ¡Centenares de caballos de fuerza! ¡Las locomotoras que hicieran antaño esos hombres en Schenectady se atascaron en las afueras de Montclair y usaron cincuenta mil caballos de fuerza, una mera fracción de la carga de una subestación!

–Es enorme –sostuvo Hugh, algo herido por el tono de Ban–. Lo estamos reconstruyendo y empezamos con muy poco. Tenemos una gran tarea por delante y será una realización enorme, Ban. Los hombres se esforzarán mucho y trabajarán con mucho amor y orgullo y honrado esfuerzo nunca superados. Eso representará las esperanzas y los pensamientos y los afanes de muchos hombres, será una realización de la que podrán enorgullecerse como nadie.

"Las gigantescas máquinas han desaparecido y el hombre trabaja nuevamente con el sudor de su frente y la destreza de su mano. El motor liberará muchas manos y muchas frentes para mayores y mejores esfuerzos. Si yo no lo supiera inútil, lo incitaría a usted a ir a Schenectady, para que pudiera obtener un verdadero adiestramiento y desempeñara su papel en la gran tarea que lo espera."

–La labor que espera es inútil. La segunda expedición se avecina.

–Lo sé, Ban: quiero mostrarle algo interesante. ¿Recuerda esa lámpara de neón que traje? Tome este terminal del nuevo equipo de energía en una mano y la lámpara en la otra. De modo que lo haré girar... No, no afloje la mano, tenga con fuerza y siga sobre esa placa aislante. Pero no toque tierra, aunque eso quizá lo dañe un poco. Quédese parado ahí y sostenga la lámpara. Así... y vea.

–¡Oh! ¡Se enciende! –y Ban contempló absorto la lámpara, que ardía brillantemente–. Con una sola conexión... a través de mi cuerpo. ¿Cómo puede ser así? Mi cuerpo tiene gran resistencia, usted me ha adiestrado y para que fluya la energía, debe haber siempre dos conexiones.

Hugh rió.

–Le mostraré algo quizá más sorprendente. Mire, aquí está la bobina que arrollé ayer. Le dije que era un horno y usted me miró con incredulidad. Eso es. Ahora... ¿quiere hacerme el favor de sujetar ese cilindro de metal y yo llevaré el cordón aquí, a la bobina y de nuevo al equipo? Usted está en el circuito... ¿comprende?



Librodot

–Sí, estoy en el circuito y eso me gusta muy poco. ¿Está seguro de sí mismo, Hugh? –preguntó Ban, con aire de duda.

–Veremos. Ahora, el horno se pone sobre la mesa y tengo en la mano un trozo de amianto, vaciado para sostener unos fragmentos de aluminio. Ahora... hago funcionar el equipo de energía y meto la mano en el horno.

–¡Santo Dios! ¡Se está fundiendo! Su mano...

–Todo lo fresca que usted quiera, hijo mío.

El viejo cerró rápidamente el equipo y tiró a un lado el metal fundido.

–Las corrientes de radiofrecuencia hacen extrañas jugarretas, porque no pasan por el cuerpo, sino que lo cruzan transversalmente como si fuera agua. Esas frecuencias extremas no pueden pasar por ningún conductor, sino que cruzan siempre sobre su superficie. A esto, se le llama efecto de piel. Cuando pasa como un fluir de la corriente en un cable o cualquier conductor, es sólo en la superficie; pero cuando obra a través de un aislante, lo hace atravesándolo por completo. En el horno, ataca el metal, pero no mi mano, porque mi mano es un conductor pésimo y un camino difícil, mientras que el metal es un conductor excelente y un camino fácil.

–Temo que es muy interesante, pero no útil –dijo Ban.

–Venga, veremos qué puede hacerse para rectificar el circuito del rayo de la fiebre, para obtener mayor eficacia y la forma de onda correcta. Me pregunto si la forma de onda puede tener algún efecto especial... algo insólito. Me pregunto si, quizá...

–¿Qué? ¿Qué podría hacer?

–Yo estaba pensando... pensando en la época en que trabajaba con un oscilador de cristal de cuarzo y creaba la frecuencia, hasta que correspondía exactamente a la nota natural del cristal y... el cristal era polvo blanco. Quizá yo pueda crear una forma de onda capaz de pulverizar hasta el duro acero así...

–Quizá. De modo que usted podría romper todas las agujas de coser de Joan y quizás hasta conseguir suficiente fuerza para agrietar una de sus agujas de tejer. Usted podría hacer muchas cosas... si tuviera energía... Hugh, no me gusta verlo perder el tiempo.

–No tengo otra cosa que gastar, Ban. Déjeme trabajar. Quién sabe si... Pero déjeme intentarlo. Esto cuesta poco y quizá valga mucho.

–Cuesta una boca que alimentar y significa trabajo para recoger aceite para el motor y desgasta el motor y las lámparas. Cuesta tiempo.

Ban miro al viejo, con aire apesadumbrado.

–Los demás se quejan: yo, no. Sé lo que intenta usted hacer. Pero son ellos quienes deben trabajar para alimentarlo a usted y, por ahora, la comunicación que han mantenido durante todos esos años les ha servido de poco. En dos ocasiones, solamente, los han prevenido sobre una mortífera helada y en una sobre la gran tempestad. Además... como todos los bandidos han sido destruidos, eso les ha servido de poco. Se están impacientando, Hugh.



Librodot

Lentamente, Hugh apartó la mirada y contempló por la ventana a los hombres que trabajaban penosamente en los campos y a las mujeres que volvían a tejer en sus telares mecánicos. Aquello había sido una manía de moda, en otros tiempos, en el mundo que él conociera antes de los *granthees.* Ahora, no era una manía de moda, era la protección contra el invierno; y como la lana nunca era despojada totalmente de su grasa, contra las lluvias.

–Lo sé, Ban. Le dije al doctor Ponting que le telefonearía hoy a mediodía. Debo llamarlo.

–Y yo, tengo que irme –diio Ban–. Volveré esta noche.

3

Hugh estaba sentado en silencio, jugando lentamente con la tosca tecla de su transmisor, un fragmento de resorte de latón que él mismo había cortado, con un trozo de anillo nupcial de platino arriba y abajo para los puntos de contacto. El anillo nupcial de platino había sido hallado sobre un hueso delgado, blanqueado, que sobresalía debajo de un gran pedazo de piedra caído en la ciudad.

Su viejo y arrugado rostro revelaba creciente aflicción. Finalmente, lo ocultó entre sus viejas y sarmentosas manos y su cuerpo se balanceó lentamente.

–Tres grupos –murmuró–. Tres grupos en el mundo entero. Que sepamos, al menos. Nunca hemos despertado a Europa ni a Australia. Tres pequeños grupos contra la vasta inercia de dos millones. La primera expedición fue destruida y totalmente derrotada... pero ha vencido. ¡Ah!... Sí, por lo menos...

Durante horas se afanó con su aparato, colocando la maraña parabólica de cables que había instalado ese mediodía de acuerdo con las instrucciones del doctor Ponting, transmitidas por radiotelefonía. Estaba trabajando muy cuidadosamente en aquello para alinear en forma exacta el fragmento de tubo de cobre de unas pocas pulgadas de longitud que era su antena, diseñada para irradiar esas ondas ultracortas. En Schenectady, a aquello lo llamaban ultrafrecuencia multiplex. Era algo ingenioso, quizá demasiado ingenioso para él, ya que su forma de onda era tan pobre.

Cuidadosamente, porque le sobraba tiempo y no tenía ningún objetivo real, verificó su trabajo con los planos que copiara de los mensajes transmitidos por radiotelefonía. El triple equipo oscilador generador, el equipo de energía, el oscilador mezclador, los indicadores de fase, todo estaba en condiciones. Pero no sabía por qué, no se combinaban adecuadamente.

¡Luego, en forma totalmente accidental, advirtió que había conectado una de las lámparas algo más de 185 grados fuera de fase, en vez de conectarla algo más de 5! Y una conexión atornillada próxima se había aflojado. Nada tenía de asombroso que su forma de onda fuese especial y su eficacia escasa. ¡Una lámpara combatía a las otras dos!

Murmurando para sí con enojo, trajo un destornillador y ajustó firme y sólidamente la conexión. Luego, sólo para probarlo en forma real, hizo funcionar el equipo. El oscilógrafo empezó a moverse cuando se calentaron los caloríferos; luego dio con una onda de forma misteriosa y volvió bruscamente a la onda que él estaba obteniendo en el preciso momento en que resonara en la pequeña y silenciosa habitación un *ping* muy agudo.



Librodot

Hugh miró con curiosidad y cerró precipitadamente su equipo. La conexión floja no estaba simplemente floja, ahora. ¡El tornillo había desaparecido!

Vagamente inquieto y asombrado, Hugh lo reemplazó e hizo funcionar el equipo. Esta vez, observó el tornillo. Las lámparas estaban más caldeadas; ahora se calentaban con más rapidez *¡Ping!* Muy agudo. Y el tornillo desapareció.

Hugh trajo el soplete, soldó la conexión y meditó. Nuevamente, puso en marcha el equipo. Esta vez, se oyeron cinco *pings* distintos... y un repiqueteo metálico de piezas que caían. El pequeño director paraboloide, bonitamente construido, yacía en partes dispersas sobre la mesa, completamente sueltas y arrugadas: no estropeadas, sino simplemente separadas en una centésima de segundo, con un pequeño *ping* del metal.

Un hombre adiestrado en la investigación durante toda una vida se habría detenido allí y trabajado de firme con su cerebro y buscado alguna explicación, alguna teoría, y urdido luego un experimento para probarla o desahuciarla. Hugh no había hecho labor de investigación, verdadera investigación, durante treinta años. Simplemente, había tratado de hacer funcionar mecanismos delicados con aparatos defectuosos. Para él, esto era simplemente más aparatos defectuosos. Con la paciencia que le enseñara toda una generación de preocupaciones, se hincó de rodillas en el suelo y buscó por la pequeña cabaña hasta hallar dos pernos, cuatro tuercas y dos diminutos tornillos.

Aquellos pequeños tornillos eran unas cosas preciosas porque no se las podía hacer ya y eran tan difíciles de conseguir, tan pequeñas... Se escurrían entre los escombros hasta profundidades inalcanzables. Faltaba una tuerca y tuvo que reemplazarla con su reserva guardada. Luego, pacientemente, sus envarados dedos volvieron a reunir el pequeño objeto que se dividiera y lo sujetó firmemente.

Entonces, volvió a poner en marcha su aparato. Pero se aseguró esta vez de que no fuera tan defectuoso. Colocó las diminutas tuercas en su sitio. Y ahora, en todo su circuito, sólo había junturas soldadas o pernos con tuercas sólidamente ajustadas. Y volvió su proyector hasta donde lanzaría un rayo en forma inofensiva hacia la ladera de la montaña, a un kilómetro de allí, e hizo funcionar el equipo.

Lo observó y funcionaba, de modo que no miró por la ventana el sitio donde, a un kilómetro de allí, una poderosa masa de rocas y tierras y gigantescos árboles empezaba a moverse en espantoso silencio, cuesta abajo, por la colina. Durante unos segundos, aquello avanzó en majestuoso silencio, todo un pedazo de colina en marcha, con mayor velocidad y más ágilmente. Luego, estalló en una legión de rocas volantes y humeantes, que se destrozaban y rugían en monstruoso choque. Los gritos de los hombres y los gemidos de las mujeres indujeron a Hugh a levantarse repentinamente y a cruzar de prisa la habitación, sin detenerse siquiera a cerrar el aparato.

Cayó después de una sacudida que le causó vértigo, oyó el sordo chasquido, sintió el dolor que le taladraba la pierna hasta convertirse en un sufrimiento enorme, insoportable. Trató de levantarse y cayó hacia atrás gimoteando suavemente, llamando con perplejidad, por suerte envarado aún.

Pasaron horas antes de que Ban lo hallara allí, en el oscuro cuartito, con sólo el leve fulgor de las lámparas del calorífero que brillaban en la oscuridad. El incesante martilleo del Diesel lo había atraído desde el misterio de la ladera, que los hombres contemplaban con respeto y vago terror. Querían a Hugh, preguntándose repentinamente dónde estaba: querían que les explicara aquello.

Lo levantaron con suavidad, inconsciente ahora, y el viejo médico les indicó cómo se debía volver el hueso a su sitio, transmitiendo con palabras la habilidad que poseían sus manos, a otras manos que tenían la fuerza ya ausente en las propias. Luego le vendaron la pierna y la enderezaron, y a su lado, dos mujeres observaban. Lo alimentaron cuando despertó, febril, murmurante.

Ban cerró el equipo experimental y puso en marcha el transmisor. A través del espacio, su mensaje saltó a otros aparatos y los halló sordos. Aquélla no era hora de comunicarse.

Llegó la mañana y Ban repitió la tentativa, pero ahora los hombres vinieron. El misterio se había esfumado en la noche. El alud estaba allí y la ladera más lejana, extrañamente truncada, era visible algo lejos, pelada y tosca. Pero aquella cosa extraña había desaparecido.

Ban volvió a llamar. Finalmente, Schenectady respondió y Ban les transmitió su mensaje: Hugh Thompson afiebrado y enfermo con una pierna rota; las montañas moviéndose, derrumbe de rocas extrañas sobre las cuales había caído velozmente Jeff Hurley, resbalando sin resistencia hasta chocar con el roto casco de un gran canto rodado fuera de la zona del daño, hiriéndose sin remedio... muerto; las montañas rotas...

Y ninguna referencia al equipo. Porque los hombres de aquel tiempo, hasta cuando estaban adiestrados, no vinculaban tan rápidamente la causa con el efecto. Y en todos los cerebros, por lo demás, acechaba el mismo pensamiento: la segunda expedición.

Hugh se despertó en las últimas horas de esa tarde y le hablaron del misterio, y ante su insistencia, lo llevaron a la pequeña habitación y a su conmutador. Y desde esa posición, comprendió el sentido del objeto.

–Ban –dijo repentinamente, con suavidad–. Ban, mire a lo largo del eje del paraboloide y dígame...

–El deslizamiento se efectúa siguiendo esa línea –dijo Ban–. ¿Por qué cree que ese paraboloide se asoció a ese daño? Algún magnetismo...

Hugh gruñó suavemente.

–¡Oh, Ban! ¿Puede creer en algo que no vea? Mueva ese paraboloide un grado más hacia la montaña, asegurándose de que no hay ningún hombre en su trayectoria...

"Pero no, debe haber medio centenar ahí fuera, ahora. No importa. Debo pensar el porqué. Pero primero... haga funcionar el transmisor.

Llamó con el conmutador y esperó inútilmente, durante largo tiempo. Por fin contestó Schenectady y rápidamente, él les contó su error en la conexión y el daño causado. Ellos lo ensayarían en una ladera pelada.

Su descripción era demasiado exacta. Hugh dijo:

–Directamente a través de la pared.

No oyeron nada más de Schenectady ese día ni el siguiente, mientras le subía la fiebre a Hugh y empezaba a delirar. Bari captó las débiles e irregulares señales al tercer día... *construyendo como... gerido. Algo... ido mal, porque todo edificio... moronó. Transmisor estropeado... equipo nosotros... eglado. No hay energía. Tendremos... as*



Librodot

*adelante. El mayor... escubrimiento... hecho en la hist...* Y no pudo percibir nada más: de modo que anotó lo oído y se volvió hacia Hugh, sin comprender.

4

Hugh llevaba ya treinta años de vida dura y esforzada. La fiebre menguó y el dolor disminuyó, mientras su viejo y robusto cuerpo reunía energías para la defensa. Lentamente, empezó a recobrarse y aún no llegaba un mensaje de Schenectady, aunque transcurrieron dos semanas. Las mujeres que lo cuidaban habían limpiado la habitación y Ban le dijo a Hugh, con negligencia, que el mensaje que él no había logrado aclarar había sido desechado.

Hugh estaba atareado, pensando. Pero el problema se le escapaba. De un modo u otro, estaba seguro de ello, había destruido algunos de esos cristales de roca reduciéndolos a polvo como lo esperaba: no creía que una energía tan diminuta, tres simples caballos de fuerza, pudieran causar tanto daño. Seguramente, al parecer, se necesitaría mucho más. Pero quizás el secreto estuviese contenido en algún elemento realmente raro de la roca, raro pero importantísimo, algún cristal que no se había tenido en cuenta y que era la clave en el caos que hacía vibrar las macizas rocas en casual respuesta a su equipo, que las hacía vibrar hasta reducirlas a polvo.

Maldijo aquella tuerca perdida que, lo sabía, debía tener la culpa de su caída. Una pequeña tuerca que rodaba... pero él sentimiento experimentado al caer él había sido tan extraño...

No vio su ropa harapienta, deshilachada. Cuando las mujeres se la devolvieron las habían reparado cuidadosamente, como debe hacerse con todo, donde se trabaja y se hacen las cosas con el sudor de la frente humana y la destreza de la mano. Quizá le habrían hecho alguna pequeña alusión.

Pero sentía la comezón de dedicarse a aquello de nuevo; consideraba ahora que, orientado hacia los cielos, aquello no debía ofrecer peligro. De modo que había hecho que los hombres le trajeran muestras de todas las rocas que hallaran en el gran alud y cuando pudo volver renqueando con su muleta y con la ayuda de Ban, se puso el paraboloide sobre la espalda y las muestras de piedras sobre él en estantes de madera, haciendo funcionar la energía a un grado muy bajo. Luego, accionó el equipo, que no había funcionado desde que él se cayera allí, junto a la ventana y se rompiera la pierna, al derrumbarse la montaña.

Lentamente, las lámparas se calentaron. Hugh observó con interés y preocupación las pequeñas piedras de la tarima que estaban bajo el techo de escasa altura de la cabaña de madera.

Luego, las lámparas se caldearon y se oyeron muchos leves *pings* y un suavísimo y veloz deslizamiento del techo y el repentino y pesado choque cuando el techo se hundió. Fue una suerte que el aparato fuese tan eficaz, porque el techo cayó en fragmentos y tablones separados.

Hugh gimió cuando lo desenterraron y tendió la mano para tantear el aparato que había causado eso. Le dolía la pierna, le dolía terriblemente la cabeza, su laboratorio era un desastre a todas luces, pero no estaba lastimado de cuidado, ni tampoco lo estaba Ban. La esposa de Ban lloraba y tocaba el ensangrentado rostro de su marido, interrogando frenéticamente y vapuleando al mismo tiempo de palabra a Hugh. Estaba pálida y muy asustada, porque la cabaña daba la impresión de que un monstruo gigante hubiera puesto el pie negligentemente sobre ella.

Ban contemplaba el laboratorio destruido, aturdido y perplejo.

–Ya lo sé –dijo de improviso, mirando a Hugh con ojos turbios–. Lo que ellos dijeron fue *edificio desmoronado.* Eso era.

Hugh rió, con una risa trémula.

-Lindo momento para recordarlo, hijo mío. Podemos confirmar su informe.

–Y dicen que fue el descubrimiento más grande de la historia. Apostaría a que lo fue. Sí, sé que lo fue. ¡Usted ha conseguido el rayo de desintegración, Hugh!

Hugh meneó la cabeza.

–Esto no armoniza, Ban. Logra el objetivo, pero no sé por qué ni cómo. Lo cual nunca resulta muy conveniente. Debemos descubrir el porqué.

–¿El porqué? Podemos investigarlo.

–¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Vuelvo ahí adentro.

Silenciosamente, otros hombres empezaron a retirar los escombros y con sus eficaces y taciturnos movimientos aparecieron cada vez más aparatos. Hugh confundió con ellos al traer bobinas, condensadores y pequeñas lámparas de metal, su soplete y la preciosa antorcha de soldar a alcohol, un fragmento de madera seca y estacionada, unos cuantos condensadores, el transformador giratorio. Milagrosamente, desde las ruinas, Ban trajo el oscilógrafo.

Con dedos sarmentosos y hábiles, Hugh construyó el aparato sobre su pequeña tabla: treinta centímetros cuadrados y una bonita pieza de cobre esmaltado en forma de cuenco. Le trajeron, silenciosamente, las cosas que pedía y se quedaron callados mirándolo trabajar.

Aquello cobró forma bajo sus dedos. Por orden suya, Ban trajo un acumulador, que ellos hicieran con las piezas sólidas de una docena de decrépitos escombros. Hugh le agregó sus terminales y el pequeño transformador gimió. Las diminutas lámparas se calentaron y una forma de onda se formó en el oscilógrafo.

–Un buen investigador sabría lo que debe hacer. Creo saber qué pasó ahora, Ban, y la manera de probarlo es ver si mi teoría pronosticará los resultados. Yo lo he intentado en el horizonte. Ban... ¿quiere agarrar a ese cabrito y ponerlo en la parcela pelada?

Ban lo intentó y con la ayuda de otros tres hombres trajo al cabrito y lo puso sobre la loma pelada.

–No se quedará, Hugh.

–Déjelo y corra en ángulo recto con la línea del rayo, Ban. Los demás, apártense ahora.

Ban echó a correr... y Hugh oprimió el conmutador. El cabrito que corría empezó repentinamente a balar, se tambaleó, resbaló y cayó sobre la tierra, donde pugnó por levantarse, balando con más fuerza ahora, con pánico mortal. Durante medio minuto hizo esfuerzos, agitando las patas en el aire sin resultado... Luego, se levantó y siguió saltando, como una pelota de goma. Poco después, mordisqueaba la hierba y meneaba la cabeza hacia ellos, balando con aire desafiante.

–Sí –dijo Hugh, con ojos fulgurantes–. Yo tenía razón.

Boquiabierto, Ban contemplaba al animalito. Los hombres, delgados y silenciosos, se movieron inquietos.

–¿Por qué sucedió eso, Hugh? –preguntó uno de ellos, finalmente–. Ese cabrito obró como si hubiera caído sobre un trozo de hielo y aun así nunca vi resbalar de ese modo a una de esas bestezuelas, de patas tan seguras.

Hugh estaba desconectando la batería. El transformador giratorio, que zumbaba, empezó a gemir y se detuvo. Hugh miró amorosamente el tablero de treinta centímetros cuadrados y el cuenco de cobre y las pequeñas lámparas negras, como bellotas de metal oscuro, de menos de una pulgada de altura.

Sí, fue eso lo que me fracturó la pierna ese día. Lo sé, ahora. Jim Duncan, usted quería demoler la vieja casa de madera que está ahí y no ha tenido tiempo de hacerlo bien y de salvar los clavos. Bueno... Ban, empaque el acumulador... ¿quiere?

Hugh tomó por el herboso sendero que era la calle principal del clan. Al cabo del sendero estaba la casa vieja y podrida, desierta, rota, que se había mantenido durante tanto tiempo en pie solamente a causa de la sólida construcción primitiva y porque los hombres que luchaban por su pan, no habían tenido tiempo aún de echarla abajo cuidadosamente y de arrancar los clavos utilizables, conservando los tablones intactos y sólidos.

Los demás lo siguieron, silenciosamente. El arte de hablar no estaba muy desarrollado entre esa gente, como cuando Hugh fuera joven. Ban dejó el acumulador obedeciendo al gesto de Hugh. Y el viejo se instaló laboriosamente en el suelo, estirando hacia adelante la pierna coja. Conectó el equipo y el transformador gimió de nuevo. Hugh puso el cuenco de cobre sobre la casa demolida y oprimió el conmutador. Se oyeron miles y miles de agudos *pings,* un estrepitoso repiquetear de tablones... y el edificio se desplomó y el polvo se arremolinó lentamente.

–¡Santo cielo! –murmuró con entrecortada voz Ban.

Repentinamente, corrió hacia la casa y... a través del rayo. Un momento más y pasó, saltando, agitando brazos y piernas. Completamente ileso, a todas luces, pero sorprendido y de pronto turbado.

Hugh cortó la corriente. Lentamente, sonrojándose, Ban se puso de pie, sin más vestimenta que su cinturón de cuero, sus zapatos de cuero y una masa de hebras e hilado que se redujeron, cuando se movía, a hilos sueltos todo lo que quedaba de su indumento. De labios de la gente brotó lentamente una larga risotada. Luego, la esposa de Ban se adelantó corriendo, el rostro carmesí, mirando con aire maligno a Hugh al cruzarse con él en su veloz carrera.

–¿Qué... qué pasó? –preguntó el infortunado Ban Norman.

–Creo que más vale que vuelvas a vestirte, Ban -dijo una voz lacónica y algo jovial–. Parece que gastaste con demasiada rapidez tu traje.

A los diez minutos, Ban estaba de regreso, con su airada esposa a su lado. Un suave murmullo de risitas recorrió a los mirones cuando se irguieron abandonando su tarea de recoger clavos, tornillos y fragmentos útiles de metal de la vieja casa. A un lado, apilaban largas y rectas tablas, intactas en su mayoría.

Hugh miró a Ban con sus fulgurantes ojos grises.

–Quizá mi insistencia sirva de algo. ¿Ve?

En el suelo, delante del canturreante equipo, se estaba acumulando una pila de hilado. Las mujeres trabajaban. Habían traído todos los pedazos viejos y gastados de ropa del clan, que se habían reducido a sus fibras originales en pocos instantes.

–Pueden volver a tejerlos ahora, formar un material nuevo y útil. Y están empezando a sentir otra cosa, Ban. ¿Ve todo lo que significa esa cosa tan pequeña?

–¡Veo algo de lo que significa, viejo estúpido! -replicó con brusquedad Jean Norman–. ¡Significa que debo tejerle un traje nuevo a Ban Norman! Primero, usted le destruye la casa a Ban, luego, le arranca la ropa de la espalda. ¡Yo tuve que tejerle la que llevaba puesta, y también la de usted, ingrato de cerebro trastornado! ¡Usted tiene menos juicio que Junior, un niño de dos años, y no usa el que tiene! ¡Usted, con sus malditos acumuladores y bobinas y cables! Cada día Ban vuelve a casa con agujeros en la ropa y ahora... ahora, usted no se conformó con hacerle agujeros, se la despedazó, se la redujo a hebras y convirtió a mi Ban en un hazmerreír! Y quiere...

Con suavidad, Ban levantó en vilo a su esposa y la llevó al interior de la casa. A los diez minutos, había vuelto, sonriendo.

–Está furiosa. Pero, Hugh... ¿qué le pasa a usted, en nombre de todos los santos? Yo no...

–Es el efecto de la piel, Ban. Lo he calculado, ahora. Es por eso que basta tan poca energía para conseguir tanto. Mire, eso induce esas frecuencias extremas en cualquier conductor, y casi todo es más o menos conductor debido a la humedad que contiene y esas frecuencias van, naturalmente, a la superficie. No sé cómo lo hacen. Pero, de un modo u otro, reordenan las moléculas de modo que se vuelven perfectamente fluidas, en la superficie misma y destruyen en absoluto toda fricción.

–¡Toda fricción! Pero... –y Ban, después de proferir esta exclamación entrecortada, permaneció en silencio durante unos instantes–. Pero yo no comprendo... La fricción...

–El hombre ha considerado siempre a toda fricción su peor enemigo, pero no puede prescindir de ella. Mire: su ropa se deshace en un instante porque las hebras tejidas se mantienen unidas gracias a su fricción. Hasta los nudos eran sostenidos por la fricción. El cobertizo se desplomó sobre nosotros, como la casa, porque la fricción que sujetara los clavos había desaparecido, y los clavos, desde luego, saltaron. Me sentí muy tentado de hacer funcionar el Diesel y salir del paso sin aceite, hasta que recordé que cada perno y cada tuerca volarían como si tuviesen debajo una carga de explosivo, porque sólo la fricción los sujeta en su sitio. En una centésima de segundo, el Diesel se habría reducido a un caos de piezas separadas y salpicadas de aceite.

–Ahí lo saben, me parece. Ahora, hemos perdido parte de nuestro temor, Ban, porque...

–Entonces... ¡entonces, ese pequeño equipo derribaría una alta montaña! ¡no necesita energía, el peso y la fuerza de la montaña lo harían todo!

–Esto, no requiere energía –dijo Hugh, volviendo la cabeza hacia el sordo zumbido que suponía debía provocar una mosca.

Sólo los gritos de los hombres, del otro lado de la casa derrumbada, lo indujeron a mirar. A unos ocho kilómetros de allí y a unos cinco de altura, estaban suspendidos dos grandes tubos cilíndricos, puntiagudos y ennegrecidos. Zumbaban como enormes e irritados insectos, y su pálida y radiante llama jugaba alrededor de sus escapes atómicos.

Parecían moverse lentamente, tan lejos y tan altos estaban al atravesar el campo. Luego, uno se torció y picó hacia abajo en su trayectoria. Una excitante ola de calor pareció bajar hacia ellos: los hombres que estaban junto a la casa dejaron caer sus herramientas y la madera que transportaban y corrieron a sus casas. Las mujeres y niños salían ya, uniéndose a sus hombres y desapareciendo en las profundidades verdes del bosque.

Los ojos de Hugh eran penetrantes y brillantes cuando miró el rostro triste y atormentado de Ban.

–¡Oh, Dios mío! –dijo Ban y se volvió repentinamente hacia el centro del clan, hacia su hogar.

Su esposa salió llamándolo a gritos, con el pequeño Junior en sus brazos. Ban corrió a toda velocidad hacia ellos. La sensación de calor lo tornaba pesado, lo comprendió repentinamente al correr.

Hugh lo miró y volvió. Era una figurita solitaria que se arrastraba torpemente, adelantando la pierna herida Del bosque llegaban suavemente gritos ahogados. Sólo dos palabras parecían filtrarse hasta allí: *segunda expedición.*

Hugh se movió junto a su pequeña tabla, que canturreaba suavemente; el viejo y remendado acumulador; las seis pequeñas bellotas de metal, tibias al contacto; y un pequeño cuenco de cobre. Los ojos de Hugh estaban desolados y obscuros cuando miró el borde de la tabla y se preguntó qué energía poseía realmente en su diminuto trozo de madera, metal y aislación, que gemía inútilmente.

Una insoportable llamarada violeta saltó repentinamente a los cielos, chillando a trescientos metros de altura. Una lluvia de negro metal se separaba de un sólido tarugo para extenderse en larga línea, que llegó en masas a la expectante tierra. Se posó en la base de una gigantesca roca, finalmente, mientras una segunda y larga lluvia de metal se tendía hacia abajo.

No se sabe cómo, milagrosamente, partes vivas y móviles se separaron y se detuvieron un momento, perplejas a causa de una súbita impotencia, quizá, tocando los escombros, lanzando extraños destellos como un metal tornasolado bajo el sol de la tarde. El viejo se dirigió renqueando hacia una loma más alta, arrastrando el pesado acumulador y el trocito de madera, metal y aislación.

El gran cerro se agitó, se movió. El silencio de la tarde proyectó los ecos del vasto e irritado murmullo de la montaña. Fastidiado, pareció posarse más cómodamente en el sitio donde se movieran cosas purpúreas, tornasoladas.

## 5

Ban miró cautelosamente desde el umbral del derruido cobertizo. El Diesel canturreaba rítmicamente y el gemir del generador sonaba de una manera soñolienta en el quieto aire de las últimas horas de la tarde, en el pequeño lugar desierto. Hugh estaba acodado sobre tres tablones rotos: su pierna coja estaba suavemente apoyada sobre otro. En el banco, a su lado, estaba el tablón tosco, seco, y en el piso el viejo y decrépito

acumulador. Se oían suaves y rápidos silbidos que surgían del altoparlante de la mesa... un altoparlante bastante mellado y estropeado, pero que funcionaba.

Ban escuchó la clave familiar... *Ya,* fue la palabra que le dijo.

–Aquí hubo ocho, otros treinta vinieron esta mañana. Detroit ha enviado tres de las máquinas lanzacohetes y cinco de los tanques soldados sin fricción han cruzado el país. Han dejado un proyector antifricción instalado en cada pueblo de clan al pasar.

"Creemos que las dos aeronaves que ustedes destruyeron fueron las últimas de la flota norteamericana. Pero nuestro nuevo equipo captó una estación europea nunca oída aún. No podemos comunicarnos aparentemente con ellos mientras no se haya concluido mañana el nuevo transmisor, porque no tienen receptores tan sensibles como los nuestros. Pero uno de los cohetes de Detroit esta haciendo la travesía de ida esta noche, aunque no podrá volver hasta que haya combustible allí.

"Con todo, indudablemente, el punto fuerte de la resistencia aquí protegerá a Europa, atrayendo todo el fuego de los *granthees.* Los tanques se hacen oír a una distancia de cincuenta kilómetros y los cohetes esperan.

"Detroit está preparando otros treinta y cinco, ya que la producción ha sido muy acelerada desde que empezaron a usarse las herramientas para la máquina sin fricción. ¿Han vuelto los hombres de su clan?"

El altoparlante calló. Hugh tendió una mano firme hacia el conmutador y Ban escuchó su ágil repiqueteo.

–Uno de ellos, hasta ahora, por lo menos. Ahora irán llegando, porque su temor ha desaparecido. Ha traído una muestra del arma de mano de los *granthees,* dotada de energía atómica, a juzgar por lo que veo. Está a mi lado, ahora... Ban Norman... De modo que si su cohete viene por mí, podré unirme a ustedes en el término de tres horas. Ban Norman conoce el lenguaje del conmutador: puede enseñárselo a los demás.

–Usted dijo que ningún otro aprendería y que Norman se estaba debilitando –farfulló el mellado altoparlante.

–Otros aprenderán, ahora. Ha venido otro y está atisbando por la ventana rota. Trata de comprender. Dentro de seis meses, tendremos cincuenta operadores adiestrados que podrán transmitir en cadena.

–Eso está bien, Hugh Thompson. Detroit acaba de avisar que ha partido el cohete en su busca. Enviaremos el tanque y los medicamentos que usted pidió dentro de unos tres días; el arado de reja múltiple dentro de dos semanas. ¿Puede encargarse ahora del acumulador Ban Norman?

–Sí –dijo Ban, en voz baja–. Irá a Schenectady... a Detroit... en tres horas. Hugh...

–¿Qué... qué dice? –preguntó el rostro de penetrantes ojos de la ventana.

–Dice, joven Jim Duncan –replicó lentamente Hugh, mientras Ban Norman se deslizaba con ansiedad hacia el conmutador–, que los *granthees* han sufrido serias pérdidas por fricción y... que la vacilación del hombre ha terminado, y no su civilización.



Librodot

## CREPÚSCULO

–A propósito de andarines, recogí días pasados a un hombre que ciertamente era un bribón extraño –dijo Jim Bendell, con aire algo perplejo y rió de una manera rara–. Me contó la fábula más insólita que yo haya oído nunca. La mayoría de ellos le cuentan a uno cómo han perdido sus buenos empleos y han tratado de hallar trabajo aquí, en los anchos espacios del Oeste. No parecen comprender a cuanta gente tenemos aquí. Creen que todo este grande y hermoso campo está deshabitado.

Jim Bendell es un agente de bienes raíces y sé cómo podría continuar. Esa es su perorata favorita... ¿comprenden? Está realmente preocupado porque en nuestro estado hay muchos baldíos aún. Habla del hermoso campo, pero nunca se internó en el desierto y no franqueó los límites de la ciudad.

–... y me inspiró temor, en realidad. De modo que lo hice bajar de mi automóvil.

–¿Qué afirmaba, Jim? ¿Era un cateador de oro que no encontraba tierras adecuadas para el cateo?

–Eso no tiene nada de divertido, Bart. No: no se trata solamente de lo que afirmaba. Ni siquiera lo afirmaba: lo decía, simplemente. No aseguraba que fuese cierto... ¿comprende? Lo decía nada más. Eso es lo que me fastidia. Sé que no era cierto, pero lo decía de un modo... ¡Oh! No sé.

Después de esto, comprendí que efectivamente no lo sabía. Jim Bendell es habitualmente muy cuidadoso cuando maneja el inglés... se enorgullece de él. Cuando comete un *lapsus,* significa que está trastornado. Como aquella vez cuando creyó que la serpiente de cascabel era un haz de leña y quiso tirarla al fuego.

Jim continuó:

–Y vestía de un modo extraño, también. Su ropa parecía de plata, pero era suave como la seda. Y de noche, brillaba un poco. Lo recogí en mi automóvil al anochecer. Lo recogí, literalmente. Estaba tendido a unos tres metros de la carretera del Sur. Al principio, creí que alguien lo había atropellado, prosiguiendo luego el viaje. No lo veía con mucha claridad... ¿comprende? Lo levanté, lo puse en el automóvil y emprendí la marcha. Tenía que recorrer unos quinientos kilómetros, pero pensé que podría dejarlo en Warren Spring, en manos del doctor Vance. Pero volvió en sí a los cinco minutos y abrió los ojos. Primero, miró el automóvil, luego, la luna.

– ¡Gracias a Dios! –dijo y me miró.

Esto, me impresionó. Era gallardo. No. Era hermoso.

No era ni gallardo ni hermoso: era espléndido. Debía medir algo más de unos dos metros y su cabello era castaño, con una pizca de rojo oro. Parecía un hermoso alambre de cobre que se ha obscurecido. Ondulado y rizado. Su frente era ancha, de anchura doble que la mía. Sus facciones eran delicadas, pero poderosamente impresionantes: sus ojos grises como hierro grabado y más grandes que los míos... mucho más grandes.

El traje que vestía... parecía más bien una malla de baño con un pantalón de pijama. Sus brazos eran largos y de musculatura lisa, como los de un piel roja. Pero era blanco, levemente bronceado, con una tonalidad dorada en la piel, dorada más bien que parda.



Librodot

Pero era espléndido. El hombre más maravilloso que yo haya visto.

–¡Hola! –le dije–. ¿Ha sufrido un accidente?

–No. Esta vez, por lo menos, no.

Y su voz también era espléndida. No era una voz vulgar. Parecía el sonido de un órgano... y, sin embargo, era humana.

–Pero quizá mi cerebro no esté completamente sereno, aún. He ensayado un experimento. Dígame qué fecha es, qué año y todo lo demás y déjeme pensar. –prosiguió.

–Pues... Estamos a 9 de diciembre de 1953 –le dije.

Y esto no le gustó. No le gustó en absoluto. Pero la mueca que apareció sobre su semblante cedió el paso a una risita.

–Más de mil... –dijo, con aire de estar recordando algo–. No es tan malo como siete millones. No debo quejarme.

–¿Siete millones de qué?

–Años –dijo, con bastante firmeza, como si hablara en serio–. Intenté una vez un experimento. O lo intentaré. Ahora, tendré que intentarlo de nuevo. El experimentó ocurrió... en 3059. Yo acababa de concluir el experimento de liberación. Probaba el espacio, entonces. El tiempo... Creo que no era eso aún. Era el espacio. Me sentía atrapado en ese campo, pero no podía arrancarme de allí. El campo gamma-H 481, intensidad 935, en el radio Pellman. Eso me atrajo y salí.

"Creo que aquello tomó por un atajo a través del espacio hasta la posición que ocupará el sistema solar. A través de una dimensión superior, usando una velocidad superior a la de la luz y lanzándome al plano futuro."

Aquel hombre no me decía esto... ¿comprende? Sólo pensaba en alta voz. Luego, empezó a advertir que yo estaba allí.

–Yo no podía leer sus instrumentos; siete millones de años de evolución lo cambiaban todo. De modo que me excedí un poco al volver. Pertenezco al año 3059. Pero, dígame... ¿Cuál es el último invento científico de este siglo?

Me sorprendió tanto que le respondí, casi sin pensar:

–Supongo que la televisión. Y la radiotelefonía y los aviones.

–La radiotelefonía... Bueno. Ellos tendrán instrumentos.

–Pero, oiga... ¿Quién es usted?

–Ah... Perdón. Me olvidaba –replicó él, con aquella voz que parecía un órgano–. Soy Ares Sen Kenlin. ¿Y usted?

–James Waters Bendell.

–Waters... ¿Qué significa eso? No lo reconozco.

–Pues... es un apellido, naturalmente. ¿Por qué habría usted de reconocerlo?

–Comprendo... Usted no tiene la clasificación. *Sen* significa ciencia.

–¿De dónde viene usted, señor Kenlin?

–¿De dónde vengo?

Mi interlocutor sonrió y su voz era lenta y suave.

–Vengo del espacio, a través de siete millones de años o más. Los hombres habían perdido la cuenta... Las máquinas habían eliminado el trabajo superfluo. No sabían qué año era. Pero, antes de eso... Mi casa estaba en Nueva City, en el año 3059.

Fue entonces cuando empecé a creer que era un chiflado.

–Yo era un experimentador –prosiguió–. La ciencia, como ya le dije. Mi padre era también un hombre de ciencia, pero especializado en genética humana. Yo mismo soy un experimento. Mi padre probó lo que quería y todo el mundo siguió su ejemplo. Fui el primero de la raza nueva.

–¿La raza nueva? Oh... ¿Cuál será...?

–¿Cuál es su fin? Yo lo vi... casi. Los vi... a los pequeños hombres... perplejos... perdidos. Y las máquinas. ¿Debe eso ser así? ¿No puedo influir nada sobre ellos? Escuche... Yo oí esta canción.

Cantó la canción. Entonces, no tuvo necesidad de hablarme de esa gente. La conocí. Me pareció oír sus voces, pronunciando palabras extrañas, crepitantes, no inglesas. Me pareció oír sus desconcertados anhelos. La canción era en una clave menor, me parece. Llamaba y llamaba y preguntaba y buscaba sin esperanzas. Y por sobre todo aquello, oíase el incesante rumor y gemir de las máquinas desconocidas y olvidadas.

Las máquinas que no podían detenerse porque las habían puesto en marcha y los hombrecitos habían olvidado cómo detenerlas, y hasta qué querían al mirarlas y al escuchar... y al asombrarse. No podían ya leer ni escribir y el idioma había cambiado... ¿comprende?... de modo que las anotaciones fónicas de sus antepasados nada significaban para ellos.

Pero la canción proseguía y ellos se extrañaban. Y miraban a través del espacio y veían las cordiales y amistosas estrellas... demasiado lejos. Conocían y habitaban nueve planetas. Y aprisionados por la distancia infinita, no podían ver otra raza, una nueva vida.

Y a través de todo aquello... dos cosas. Las máquinas. El perplejo olvido. Y quizás una más. ¿Por qué?

Esa era la canción y me causó escalofríos. Aquello no debía ser cantado entre la gente de hoy. Mataba algo, o poco menos. Parecía matar la esperanza. Después de esa canción... yo... bueno... yo le creí.

Al concluir la canción, el desconocido no habló durante algún tiempo. Luego, pareció encogerse de hombros.

–Usted no comprendería –continuó–. Todavía no... pero yo los he visto. Están alrededor... son pequeños hombres deformados de enormes cabezas. Pero sus cabezas sólo contienen cerebros. Tenían máquinas capaces de pensar... pero alguien las cerró

hace largo tiempo y nadie sabía cómo hacerlas funcionar de nuevo. Eso era lo malo. Tenían unos cerebros maravillosos. Mucho mejor que el de usted o el mío. Pero debieron cerrárselos también hace millones de años y no han pensado simplemente desde entonces. Son unos hombrecitos bondadosos. Eso era todo lo que sabían.

"Cuando penetré en ese campo, me aferró como un campo gravitacional que hace girar a un transportador del espacio hacia un planeta. Me atrajo, con la succión... y me hizo cruzar. Sólo que el otro lado debió estar siete millones de años en el futuro. Ahí es donde estuve. Debió ser, exactamente, en el mismo sitio de la tierra, pero nunca supe el porqué.

"Era de noche, entonces, y vi la ciudad un poco lejos. La luna brillaba sobre ella y toda la escena parecía insólita. Como usted comprenderá, en siete millones de años los hombres habían hecho mucho con las posiciones de los cuerpos planetarios, trazando rutas con los aviones del espacio, despejando camino entre los asteroides y cosas parecidas. Y siete millones de años es un término bastante largo para que las cosas naturales cambien un poco de posición. La luna debía estar a setenta y cinco mil kilómetros más allá. Y giraba sobre su eje. Me quedé tendido allí durante algún tiempo y observé. Hasta las estrellas eran distintas.

"Salían aeronaves de la ciudad. Iban y venían, como cosas que se deslizan por un cable, pero sólo había un cable de energía, naturalmente. Llegué a la conclusión de que, parte de la ciudad, la parte inferior, estaba brillantemente iluminada con lo que debía ser un brillo de vapor de mercurio. Azulverde. Yo estaba seguro de que allí no vivían hombres: la luz era dañina para los ojos. Pero la parte de la ciudad estaba tan escasamente iluminada...

"Luego, vi algo que salía del cielo. Estaba iluminado con brillo. Un globo enorme. Y descendió directamente hacia el centro de la gran masa negra y plata de la ciudad.

"No sé qué era eso, pero entonces comprendí ya que la ciudad estaba desierta. Es extraño que hasta pudiera imaginarlo, yo que nunca había visto hasta entonces una ciudad desierta. Pero caminé los treinta kilómetros que me separaban de ella y entré en sus límites. Allí había máquinas que iban por las calles, máquinas de reparaciones... ¿entiende? No lograban comprender que la ciudad no necesitaba seguir funcionando, de modo que seguían trabajando. Encontré una máquina taxi que me pareció bastante familiar. Tenía un control manual que yo podía manejar.

"No sé desde cuándo estaba desierta esa ciudad. Algunos hombres de las otras ciudades decían que lo estaba desde hacía ciento cincuenta mil años. Otros, llegaban a los trescientos mil. Trescientos mil años desde el último día en que había pisado esa ciudad el pie del hombre. La máquina taxi estaba en perfectas condiciones; funcionó inmediatamente. Estaba limpia y la ciudad también se hallaba limpia y en orden. Vi un restaurante y tenía hambre. Y más hambre aún de hablar con seres humanos. Desde luego, no los había, pero yo lo ignoraba.

"El restaurante exhibía la comida en forma ostensible y elegí. La comida, supongo, debía tener trescientos mil años de antigüedad. Yo no lo sabía y a las máquinas que me la servían ello no les importaba, porque hacían las cosas sintética y perfectamente... Cuando los constructores habían hecho esas ciudades, habían olvidado una cosa. No comprendían que las cosas no seguirían eternamente.

"Tardé seis meses en hacer mi aparato. Y cuando iba a terminarlo, estaba pronto para irme; y al ver que aquellas máquinas se desplazaban ciegamente, en forma

perfecta, en las órbitas de sus servicios, con la incansable e incesante perfección que les insuflaran sus diseñadores, cuando ya no los necesitaban desde hacía mucho tiempo sus diseñadores ni sus hijos ni los hijos de sus hijos...

"Cuando la tierra esté fría y el sol haya muerto, esas máquinas seguirán moviéndose. Cuando la tierra empiece a agrietarse y a romperse, esas máquinas perfectas e incesantes tratarán de repararla...

"Salí del restaurante y me paseé por la ciudad en el taxi. La máquina tenía un pequeño motor eléctrico, según creo, pero obtenía su energía del gran radiador central de energía. No tardé en comprender que yo estaba en pleno futuro. La ciudad se hallaba dividida en dos partes: había un sector de muchas capas donde las máquinas funcionaban sin dificultad, salvo un sordo martilleo zumbante que hacía brotar ecos en toda la ciudad como una vasta e interminable canción de energía. Toda la estructura de metal de aquel sector vibraba de ecos de aquello, lo transmitía, lo canturreaba. Pero en un martilleo suave y descansado, tranquilizador...

"Debía haber treinta niveles sobre la superficie del suelo y otros veinte abajo, un sólido bloque de muros de metal y pisos de metal y máquinas de energía. La única luz era el resplandor azulverde de los arcos de vapor de mercurio. La luz del vapor de mercurio es rica en quantas de alta energía, que estimulan a los átomos metálicos de álcali a una actividad fotoeléctrica. ¿O quizás esto exceda la ciencia de hoy? Lo he olvidado.

"Pero ellos habían usado esa luz porque muchas de sus máquinas trabajadoras necesitaban vista. Las máquinas eran maravillosas. Durante cinco horas, estuve vagabundeando por la vasta usina que estaba en el más bajo de los niveles, observándolas, y como había movimiento y aquella vida seudo mecánica, me sentí menos solo.

"Los generadores que vi eran un desarrollo de la liberación que yo había descubierto... ¿cuándo? La liberación de la energía de la materia, quiero decir. Y al verlo comprendí que podrían continuar durante tiempos interminables.

"Toda la parte inferior de la ciudad estaba consagrada a las máquinas. Había miles. Pero en su mayoría parecían inactivas o, a lo sumo, se movían bajo una carga leve. Reconocí un aparato telefónico y no llegaba por él una sola señal. No había vida en la ciudad. Pero cuando oprimí un pequeño botón que estaba junto a la pantalla en un costado de la habitación, la máquina empezó a funcionar inmediatamente. Estaba lista. Sólo que nadie la necesitaba ya. Los hombres sabían morir y estar muertos, pero las máquinas no lo sabían.

"Finalmente, fui a la cumbre de la ciudad, al nivel superior. Era un paraíso.

"Había matorrales y árboles y parques, brillando en la suave luz que ellos habían aprendido a hacer en el aire mismo. Lo habían aprendido cinco millones de años antes o más. Hacía dos millones de años lo habían olvidado. Pero las máquinas no lo habían olvidado y lo estaban haciendo aún. La luz pendía en el aire, suave, plateada, ligeramente rosada, y en los jardines proyectaba sombras. Ahora, no había máquinas allí, pero adiviné que a la luz del día debían salir y trabajar en esos jardines, haciendo de ellos siempre un paraíso para sus amos que habían muerto y dejado de moverse, cosa que ellas no podían hacer.

"En el desierto, en las afueras de la ciudad, el aire era fresco y muy seco. Aquí era suave, tibio y lo hacía fragante el perfume de los capullos que los hombres tardaran varios centenares de miles de años en perfeccionar.

"Luego, en alguna parte, empezó la música. Empezó en el aire y se propagó suavemente a través de él. La luna estaba saliendo, y cuando salió, el resplandor rosaplata se desvaneció y la música se intensificó.

"Llegaba de todas partes y de ninguna. Estaba en mí. No sé cómo lo hacían. Y no sé cómo se podía escribir esa música.

"Los salvajes hacen una música demasiado simple para ser hermosa, pero conmovedora. Los semisalvajes escriben una música hermosamente simple y simplemente hermosa. La música negra de ustedes era la mejor que tenían. Ellos conocían la música cuando la oían y la cantaban tal como la sentían. Los pueblos semicivilizados escriben gran música. Se enorgullecen de su música y se aseguran de que sea conocida como gran música. La hacen tan grande que es superpesada.

"Yo siempre había creído buena nuestra música. ¡Pero la que llegaba a través del aire era la canción del triunfo, entonada por una especie madura, la especie humana en su victoria total! Era el hombre cantando su triunfo con majestuosos sonidos que me avasallaban, que me mostraban lo que me esperaba, me arrastraba.

"Y aquello se extinguió en el aire cuando contemplé la ciudad desierta. Las máquinas debían haber olvidado esa canción. Sus amos la habían olvidado mucho antes.

"Me topé con lo que debía haber sido uno de sus hogares: era el vano de una puerta que se veía borrosamente en la umbría luz, pero cuando me acerqué a ella, las luces que no habían funcionado durante trescientos mil años me la iluminaron con un resplandor verdiblanco, como una luciérnaga y entré en el cuarto siguiente. Instantáneamente, algo sucedió con el aire en el vano de la puerta a mis espaldas: se tornó opaco como la leche. La habitación en que me hallaba era de metal y piedra. La piedra era una sustancia negra como el azabache, que al tacto daba la sensación del terciopelo y los metales eran plata y oro. En el suelo había una alfombra, una alfombra de un material idéntico al que estoy usando ahora, pero más grueso y más suave. En la habitación había dispersos divanes, bajos y cubiertos por esos suaves materiales metálicos. Eran negros y oro y plata, también.

"Yo nunca había visto nada parecido. Y nunca volveré a verlo, supongo, y ni mi lenguaje ni el de ustedes han sido hechos para describirlo.

"Los constructores de esa ciudad tenían derecho y motivo para cantar esa canción del triunfo avasallador, del triunfo que los lanzaba sobre los nueve planetas y las quince lunas habitables.

"Pero ya no estaban allí y yo quería irme. Urdí un plan y fui a una oficina subtelefónica para examinar un mapa que había visto. El Viejo Mundo parecía poco más o menos el mismo. Siete y hasta setenta millones de años no significan mucho para la vieja Madre Tierra. Quizás hasta consiga desgastar esas maravillosas ciudades máquinas. Puede esperar cien millones o mil millones de años antes de ser derrotada.

"Traté de telefonear a diversos centros urbanos que aparecían en el mapa. Había aprendido rápidamente el sistema al examinar el aparato central.

"Probé una vez... dos veces... tres veces... no menos de una docena. Yawk City, Lunon City, Paree, Shklago, Singpor, otras. Estaba empezando a creer que no quedaban ya hombres sobre la tierra. Y me sentía agobiado, mientras en cada ciudad las máquinas contestaban y me obedecían. Las máquinas se hallaban en cada una de esas ciudades mucho mayores, porque yo estaba en la Neva City de su tiempo. Una ciudad pequeña. Yawk City medía más de ochocientos kilómetros de diámetro.

"En cada ciudad, yo había probado varios números. Luego, intenté comunicarme con San Francisco. Había alguien allí y una voz respondió y apareció la imagen de un ser humano en la pequeña pantalla resplandeciente. Noté que se sobresaltaba y me miraba absorto, con sorpresa. Luego, empezó a hablar. No pude contestar, naturalmente. Comprendo el idioma de ustedes y ustedes el mío, porque el lenguaje que hablan ustedes hoy está registrado en gran parte en discos de diversos tipos y ha influido sobre nuestra pronunciación.

"Varias cosas han cambiado: los nombres de las ciudades, sobre todo, porque suelen ser polisilábicos y se usan mucho. La gente tiende a dividirlos, a abreviarlos. Yo estoy en. ¿Ne-va-da... diría usted? Nosotros sólo decimos Neva. Y estado de Yawk. Pero subsisten Ohio y Iowa. Después de mil años, los efectos fueron escasos sobre las palabras porque estaban registradas.

"Pero habían pasado siete millones de años y los hombres habían olvidado las viejas anotaciones, las usaban cada vez menos a medida que transcurría el tiempo y su lenguaje variaba, hasta que llegó la hora en que no pudieron ya comprenderlas. Entonces, no las usaron más.

"Entre los últimos de la especie debieron surgir ocasionalmente algunos hombres que buscaron el conocimiento, pero éste les fue negado. Una escritura antigua puede ser transcrita si se encuentra alguna regla básica. Pero es una voz antigua... y la especie ha olvidado las leyes de la ciencia y la labor del espíritu.

"De modo que su forma de hablar me resultó extraña cuando me contestó desde el otro lado del circuito. Su voz era aguda, sus palabras fluidas, su tono dulce. Cuando hablamos, aquello parecía casi una canción. Estaba excitado y llamaba a los demás. Yo no podía comprenderlos, pero adivinaba dónde estaban, podía ir hacia ellos.

"De modo que abandoné el paraíso de los jardines y cuando me disponía a irme, vi el alba en el cielo. Las estrellas, extrañamente brillantes, parpadeaban y titilaban y desaparecían. Sólo una de las brillantes estrellas que surgían me era familiar: Venus. Ahora, su brillo era dorado. Finalmente, cuando contemplaba por primera vez aquel extraño cielo, comencé a comprender por qué yo había tenido al principio la impresión de que allí algo marchaba mal. Todas las estrellas eran distintas..., ¿comprende?

"En mi tiempo... y en el de ustedes, el sistema solar es un vagabundo solitario que, por casualidad, atraviesa un punto de intersección del tráfico galáctico. Las estrellas que vemos de noche son las de los grupos móviles. En realidad, nuestro sistema atraviesa el corazón de la Osa Mayor. Media docena de otros grupos están concentrados dentro de un tramo de quinientos años luz de nosotros.

"Pero durante esos siete millones de años, el sol se había salido del grupo. Los cielos estaban casi vacíos para los ojos. Sólo de vez en cuando brillaba una débil estrella. Y del otro lado de la vasta extensión del negro cielo, se extendía la estela de la Vía Láctea. El cielo estaba vacío.

"Aquello debía ser otra cosa a la cual se referían aquellos hombres en sus canciones... y que sentían en el alma. La soledad..., ni siquiera las estrellas próximas y cordiales. Tenemos estrellas dentro de una distancia de una docena de años luz. Ellos me dijeron que sus instrumentos, que daban directamente la distancia a cualquier estrella, indicaban que la más próxima estaba a ciento cincuenta años luz. Era enormemente brillante. Más brillante aún que el Sirio de nuestros cielos. Y eso la hacía menos amistosa aún, porque era un supergigante azulblanco. Nuestro sol habría servido de satélite para esa estrella.

"Parado allí, yo observaba el resplandor rosaplata que se extinguía, mientras la poderosa luz rojo sangre del sol inundaba el horizonte. Sé por las estrellas, ahora, que deben haber pasado varios millones de años desde mi tiempo: desde que vi subir al sol. Y esa luz rojo sangre me indujo a preguntarme si el propio sol no se estaría muriendo.

"Apareció una orla, de tonalidad rojo sangre y enorme. Subió rápidamente y su color palideció, hasta que, a la media hora, fue el familiar disco amarillo oro. No había cambiado durante todo ese tiempo.

"Yo había cometido una estupidez al creer que cambiaría. Siete millones de años no son nada para la tierra, y con mucho mayor motivo para el sol. Este debía haber salido unos dos millares de millares de millares de veces desde la última vez qué lo vi aparecer. Dos millares de millares de millares de días. Si eso hubiese sucedido durante un número así de años... yo habría notado quizás un cambio.

"El universo se mueve lentamente. Sólo la vida no dura; sólo la vida cambia rápidamente. Ocho breves millones de años. Ocho días en la vida de la tierra... y la especie estábase extinguiendo. Había dejado algo: las máquinas. Pero éstas morirían, también, aunque ellas no pudieran comprender. Esto era lo que yo opinaba. Yo... podía haber cambiado eso. Sé lo diré. Más tarde.

"Porque cuando el sol estuvo alto, volví a mirar el cielo y la tierra, que estaba a unos cincuenta pisos más bajo. Yo había llegado al límite de la ciudad.

"Las máquinas se estaban moviendo sobre ese suelo, nivelándolo quizás. Una grande y ancha línea gris se extendía a través del uniforme desierto, directamente hacia el este. Yo la había visto brillar débilmente antes de salir el sol... y era una carretera para las máquinas terrestres. No había tráfico en ella.

"Vi llegar del este una aeronave. Gemía y murmuraba suavemente, como un niño que se queja entre sueños: crecía ante mis ojos como un globo que se dilata. Era enorme cuando se posó en un aeródromo de la ciudad. Pude oír el estruendo y el murmullo de las máquinas, que trabajaban sin duda con los materiales traídos. Las máquinas habían encargado materias primas. Las máquinas de otras ciudades las habían proporcionado. Las máquinas de transporte los habían traído allí.

"San Francisco y Jacksonville eran las dos únicas ciudades de Estados Unidos usadas aún. Pero las máquinas seguían trabajando en todas las demás, porque no podían detenerse. No se lo habían ordenado.

"Luego, en lo alto, algo apareció, y desde una sección del centro de la ciudad que estaba a mis pies, se elevaron tres pequeñas esferas. Como la nave de transporte, no tenían mecanismos de dirección visibles. El punto que se veía en el cielo, allá arriba, como una estrella negra en un espacio azul, se había convertido en una luna. Las tres esferas se encontraron con él en lo alto. Luego, juntos, bajaron al centro de la ciudad, donde yo no podía verlos.

"Era un transporte de carga de Venus. Supe que el único que yo había visto aterrizar la noche anterior provenía de Marte.

"Me moví, después de esto y busqué algún taxiplano. No tenían ninguno, según pude advertirlo después de haber explorado la ciudad. Registré los más altos niveles, y aquí y allí vi aeronaves desiertas, pero demasiado grandes para mí y sin controles.

"Era casi el mediodía... y volví a comer. La comida era buena.

"Comprendí entonces que aquélla era una ciudad de las cenizas muertas de las esperanzas humanas. Las esperanzas no de una raza, no de los blancos, ni de los amarillos, ni de los negros, sino de la especie humana. Me sentí frenético, ansioso de abandonar la ciudad. Temía tomar por el camino de tierra que llevaba al oeste, porque el taxi que guiaba obtenía su energía de alguna fuente de la ciudad y adiviné que la perdería antes de recorrer muchos kilómetros.

"Fue por la tarde cuando encontré un pequeño hangar próximo a la muralla exterior de la vasta ciudad. Contenía tres aeronaves. Yo había estado registrando las capas inferiores del sector humano..., la parte más alta. Allí, había restaurantes y talleres y teatros. Entré en un establecimiento donde, cuando lo hice, empezó a tocar una suave música, surgieron formas y colores en una pantalla ante mis ojos.

"Eran canciones de triunfo, en forma y sonido y color, de una raza madura, una raza que había avanzado firmemente a través de cinco millones de años... y no veía el camino que se esfumaba a lo lejos, cuando ellos murieran y se detuvieran, y la propia ciudad había muerto..., pero no se había detenido. Me apresuré a salir de allí... y la canción –que no se había cantado en trescientos mil años– se extinguió detrás de mí.

"Pero hallé el hangar. Era, probablemente, privado. Tres aeronaves. Una debía medir diecisiete metros de longitud y cinco de diámetro. Era un yate, un yate espacial probablemente. Una de las aeronaves media cinco metros de longitud y un metro y medio de diámetro. Debía ser la máquina aérea para la familia. La tercera era diminuta, de poco más de tres metros de longitud y de setenta centímetros de diámetro. Yo tendría que tenderme en ella, evidentemente.

"Había un mecanismo periscópico que me permitiría ver adelante y casi directamente encima. Una ventana que me dejaba ver lo que había abajo..., y un aparato que movía un mapa debajo de una pantalla de cristal mate y lo proyectaba sobre la pantalla en tal forma que las hebras entrecruzadas de la pantalla señalaban siempre mí posición.

"Me pasé media hora tratando de comprender qué habían hecho los creadores de esa aeronave. Pero a los hombres que hicieran eso los respaldaban la ciencia y el conocimiento de cinco millones de años y las máquinas perfectas de esos tiempos. Vi el mecanismo de arranque que le daba energía a la aeronave. Comprendí sus principios y, vagamente, su mecanismo. Pero no había conductores, sino sólo pálidos rayos que vibraban tan rápidamente que resultaba difícil sorprender las vibraciones desde la comisura del ojo. Media docena de ellos habían estado brillando y vibrando durante trescientos mil años, por lo menos; probablemente, durante más.

"Entré en la máquina e instantáneamente surgieron otra media docena de rayos: hubo un leve temblor y una extraña tensión me recorrió el cuerpo. Comprendí inmediatamente, por qué la máquina estaba descansando sobre anuladores de la gravedad. Tal había sido mi esperanza cuando yo trabajara en los campos del espacio que descubriera después de la liberación.

"Pero ellos la habían tenido durante millones de años antes de construir esa máquina perfectamente inmortal. Mi peso, al entrar en ella, la había forzado a readaptarse y simultáneamente a prepararse para funcionar. Dentro de ella, se apoderó de mí una gravedad artificial igual a la de la tierra y la zona neutral entre el exterior y el interior causó la tensión.

"La máquina estaba pronta. Y plenamente abastecida de combustible, también. Esas máquinas se hallaban equipadas para revelar automáticamente sus deseos y necesidades. Cada una de ellas era casi un ser viviente. Una máquina cuidadora las mantenía abastecidas, reguladas, hasta reparadas cuando hacía falta y era posible. De no serlo, supe más tarde, las llevaban en un camión de servicio que venía automáticamente y las sustituía una máquina análoga; y las llevaban a las fábricas donde las armaban, y unas máquinas automáticas las rehacían.

"La máquina esperó pacientemente a que yo partiera. Los controles eran simples, evidentes. A la izquierda, había una palanca que uno empujaba hacia adelante para avanzar y llevaba atrás para retroceder. A la derecha, había una barra horizontal, que giraba sobre un pivote. Si uno la hacía girar a la izquierda, la aeronave doblada hacia la derecha. Si se la levantaba un poco, el vehículo seguía esa misma dirección e igualmente todos los demás movimientos que no fuesen retroceder y avanzar. Si se la levantaba totalmente, subía la aeronave, así como para hacerla bajar se hacía bajar aquélla.

"La alcé algo y una aguja se movió un poco en un indicador cómodamente situado ante mis ojos cuando estaba tendido allí y el piso bajó debajo de mí. Llevé atrás el otro control y la aeronave cobró velocidad mientras salía suavemente al aire libre. Poniendo ambos controles en punto muerto, la máquina continuó hasta detenerse a la misma altura, absorbido el movimiento por la fricción del aire. Lo hice girar y otro dial se movió ante mis ojos, señalando mi posición. Pero no pude leerla. El mapa no se movía, como yo esperaba. De modo que partí hacia lo que suponía el oeste.

"No lograba sentir aceleración alguna en esa maravillosa máquina. La tierra, simplemente, empezó a saltar hacia atrás y al cabo de un instante la ciudad había desaparecido. El mapa se desplegó ahora rápidamente debajo de mí y vi que me movía al sudoeste. Me volví un poco hacia el norte y observé la brújula. Pronto comprendí eso también, y la aeronave avanzó con mayor velocidad.

"Me había interesado demasiado el mapa y la brújula, porque repentinamente oí un agudo zumbido y contra mi voluntad, la máquina se elevó y giró hacia el norte. Tenía delante una montaña: yo no la había visto pero la máquina sí.

"Noté, entonces, lo que debí haber visto antes: dos pequeñas perillas que podían mover el mapa. Empecé a manipularlas y oí un áspero chasquido y el ritmo de la aeronave empezó a decrecer. Un momento más y su velocidad disminuyó considerablemente: la máquina dobló hacia una nueva ruta. Traté de enderezarla, pero con gran asombro mío los controles no influyeron sobre ello.

"Era el mapa... ¿comprende? O bien seguía a la ruta o la ruta lo seguía a él. Yo lo había movido y la máquina se había apoderado del control por su propia iniciativa. Había un pequeño botón que yo podía haber oprimido..., pero no lo sabía. No pude dominar la aeronave hasta que ésta finalmente descansó y descendió hasta una parada situada a seis pulgadas del suelo, en el centro de lo que debía haber sido las ruinas de una gran ciudad, Sacramento, probablemente.

"Comprendí, ahora, de modo que regulé el mapa para San Francisco y la aeronave siguió la marcha inmediatamente. Voló alrededor de una masa de piedras rotas, volvió a su ruta, y luego se lanzó hacia adelante como una flecha autónoma y con forma de bala.

"No descendió al llegar a San Francisco. Simplemente, quedó suspendida en el aire, emitiendo un suave y musical canturreo. Lo hizo dos veces. Luego, esperó. Yo esperaba, también, y miré abajo.

"Había gente, allí. Vi por primera vez a los seres humanos de esa época. Eran hombres pequeños..., perplejos..., enanos, de cabeza desproporcionadamente grande. Pero no demasiado.

"Lo que más me impresionó fueron sus ojos. Eran enormes y cuando me miraron había en ellos una fuerza que parecía dormida, pero demasiado profundamente para que la despertaran.

"Entonces, tomé los controles manuales y aterricé. Y apenas hube bajado, la aeronave se elevó automáticamente y partió sola. Tenían playas de estacionamiento automáticas. Había ido a un hangar público, el más próximo, donde le prestarían un servicio y cuidado automáticos. Había un pequeño servicio de llamada que debí haber llevado conmigo al apearme. Entonces, habría podido tocar un botón y llamar la aeronave a mí... desde cualquier sitio de esa ciudad.

"Los que me rodeaban empezaron a hablar, casi a cantar, entre ellos. Otros, se acercaron despaciosamente. Hombres y mujeres..., pero no parecían viejos y había muy pocos jóvenes. Los pocos jóvenes presentes eran tratados casi con respeto, se los cuidaba mucho por temor a que el menor traspié negligente los hiciese caer.

"Había un motivo..., ¿comprende? Vivían una época tremenda. Algunos, vivían ya desde hacía no menos de tres mil años. Luego... se morían, simplemente. No envejecían y nunca habían sabido por qué moría así la gente. El corazón se detenía, el cerebro dejaba de pensar... y se moría. Pero a los jóvenes, los jóvenes no maduros aún, los trataban con el mayor cuidado. Sólo un niño había nacido en el curso de un mes en aquella ciudad de ciento cincuenta mil habitantes. La especie humana se estaba volviendo estéril.

"¿Y le dije a usted que eran solitarios? Su soledad era irremediable. Porque cuando el hombre avanzaba hacia la madurez, destruía todas las formas de vida que lo amenazaban..., ¿comprende? La enfermedad. Los insectos. Luego, el último de los insectos y finalmente, el último de los animales que devoraban al hombre.

"El equilibrio de la naturaleza quedó destruido entonces, de modo que debieron seguir adelante. Eran como las máquinas. Ellos las habían puesto en marcha..., y ahora no querían detenerse. Y debían destruir cizañas de toda clase y luego plantas totalmente inofensivas. Después los herbívoros, también, el ciervo y el antílope y el conejo y el caballo. Eran una amenaza, atacaban las cosechas que las máquinas tenían a su cargo. El hombre comía aún alimentos naturales.

"Usted comprenderá. Aquello estaba más allá de su fiscalización. Finalmente, mataban a los habitantes del mar, también, en defensa propia. Sin los numerosos seres que los tuvieran a raya, eran un enjambre sin límites. Y había llegado la hora de que los alimentos sintéticos sustituyeran a los naturales. El aire estaba purificado de toda vida a los dos millones y medio de años en nuestro tiempo, de toda vida microscópica.

"Eso significaba que también el agua debía ser purificada. Lo fue... y entonces le llegó el fin a la vida oceánica. Había diminutos organismos que vivían en formas bacterianas y diminutos peces que vivían en los organismos minúsculos, y pequeños peces que vivían de los peces diminutos y grandes peces que vivían de los pequeños... y el comienzo de la cadena desapareció. El mar quedó privado de vida en el curso de una generación. Eso significaba aproximadamente mil quinientos años para ello. Hasta las plantas marinas habían desaparecido.

"Y sobre toda la tierra sólo estaban el hombre y los organismos que había protegido: las plantas que necesitaba como adornos y ciertos animales domésticos ultrahigiénicos, tan longevos como sus amos: los perros. Debían haber sido animales notables. El hombre estaba alcanzando entonces su madurez, y su amigo animal, el amigo que lo siguiera durante un millar de milenios hasta la época de usted y la mía y otros cuatro mil milenios hasta el día de la temprana madurez del hombre, había ganado en inteligencia. En un museo antiguo, un lugar maravilloso, porque ellos tenían, perfectamente conservado, el cuerpo de un gran caudillo de la humanidad que había muerto cinco millones y medio de años antes de que yo lo viera en ese museo, desierto entonces, vi uno de esos perros. Su cráneo era casi tan grande como el mío. Tenían simples máquinas terrestres y adiestraban a los perros para que tiraran de ellas, y efectuaban carreras en que los perros tiraban de esas máquinas.

"Luego, el hombre alcanzó su plena madurez. Esta abarcó un período de no menos de un millón de años. Progresó tanto, que el perro dejó de ser su camarada. Lo necesitó cada vez menos. Cuando hubo transcurrido el millón de años y comenzó la decadencia del hombre, el perro desapareció. Se había extinguido.

"Y ahora, aquel último y menguante grupo de hombres que figuraba aún en el sistema, no tenía otra forma de vida que pudiera ser su sucesora. Antes, siempre que se derrumbaba una civilización, surgía otra de sus cenizas. Ahora sólo había una civilización y todas las demás razas, aun las demás especies, habían desaparecido, salvo en las plantas. Y el hombre estaba demasiado avanzado en su vejez para obtener inteligencia y movilidad de las plantas. Quizás habría podido hacerlo en la flor de la juventud.

"Otros mundos habían sido inundados por los hombres durante ese millón de años... Cada planeta y cada luna del sistema tenían su cuota de hombres. Ahora, sólo los planetas tenían su población: las lunas habían quedado desiertas. Plutón había sido abandonado antes de que yo aterrizara y venían hombres de Neptuno que avanzaban hacia el sol, y el planeta base, cuando yo estaba allí. Eran unos hombres extrañamente taciturnos, que veían en su mayoría por primera vez el planeta que había dado vida a su especie.

"Pero cuando bajé de esa aeronave y la miré ascender y alejarse de mí, vi por qué la especie humana se estaba extinguiendo. Miré los rostros de esos hombres y leí en ellos la respuesta. Algo había desaparecido de los cerebros, grandes aún..., cerebros mucho más grandes que los de usted o el mío. Necesité la ayuda de uno de ellos para solucionar algunos de mis problemas. En el espacio hay veinte coordenadas, diez de las cuales son cero, seis de las cuales tienen valores fijos y las otras cuatro representan nuestras cambiantes y familiares dimensiones en el espacio tiempo. Eso significa que las integraciones deben proceder no en forma doble o triple o cuádruple... sino de diez integraciones. Eso, me habría demorado demasiado tiempo. Yo no habría resuelto jamás todos los problemas que debía elaborar. No podía usar sus máquinas matemáticas y las mías, desde luego, tenían siete millones de años de antigüedad. Pero uno de esos

hombres se interesó y me ayudó. Hizo la cuádruple y la quíntuple integración, hasta la cuádruple integración entre límites exponenciales variables... mentalmente.

"Cuando se lo pedí. Porque lo único que engrandeciera al hombre lo había abandonado. Cuando miré aquellos semblantes y sus ojos al aterrizar, lo adiviné. Me miraron, interesados por aquel extranjero de aspecto insólito..., y siguieron su camino. Habían venido a ver la llegada de una aeronave. Un acontecimiento raro, ¿comprende? Pero me estaban dando simplemente la bienvenida en forma cordial. ¡No eran curiosos! El hombre había perdido el instinto de la curiosidad.

"¡Oh, no del todo! Los asombraban las máquinas, los asombraban las estrellas. Pero no hacían nada. No habían perdido aún íntegramente aquello, pero poco faltaba. Se extinguía. En los seis breves meses que me quedé con ellos, aprendí más de lo que aprendieran ellos mismos durante los dos y aún tres mil años que se pasaran viviendo entre las máquinas.

"¿Advierte usted la abrumadora desesperanza que eso me causó? Yo, que amo la ciencia, que veo o he visto en ella la salvación de la humanidad... me veía obligado a ver olvidadas e incomprendidas aquellas máquinas prodigiosas, de la triunfal madurez del hombre. Las prodigiosas y perfectas máquinas que cuidaban de aquella amable y bondadosa gente, que la protegían y la servían... estaban olvidadas.

"Estaban perdidas en medio de aquello. La ciudad era para ellos una soberbia ruina, algo que se erguía arrogantemente a su alrededor. Algo incomprendido, algo que era de la naturaleza del mundo. Lo era. No había sido hecho: simplemente, lo era. Como las montañas y los desiertos y las aguas de los mares.

"¿Comprende?..., ¿advierte que el tiempo transcurrido desde que esas máquinas eran nuevas fue más largo que el pasado desde nuestros tiempos hasta el nacimiento de la raza? ¿Conoce las leyendas de nuestros primeros antepasados? ¿Recuerda su sabiduría de bosque y caverna? ¿El secreto de desbaratar un pedernal hasta que se obtenía un filo muy cortante? ¿El secreto de rastrear y matar a un tigre de dientes corvos sin que lo matara a uno?

"Ahora, estaban en apuros semejantes, aunque había transcurrido más tiempo, porque el lenguaje había dado un gran paso hacia la perfección y porque las máquinas lo conservaban todo para ellas a través de una generación y otra generación.

"Todo el planeta Plutón había quedado desierto... y, sin embargo, en Plutón estaban las minas más grandes de uno de sus metales: las máquinas funcionaban aún. En todo el sistema, existía una unidad perfecta. Un sistema unificado de maquinas perfectas.

"Y aquella gente sólo sabía que, al obrar de cierta manera con cierta palanca, producía ciertos resultados. Así como los hombres de la Edad Media sabían que tomando cierto material, la madera, y poniéndola en contacto con otros fragmentos de madera calentados al rojo, harían que la madera desapareciese y se convirtiera en calor. No comprendían que la madera se oxidaba, liberando el calor de la formación del anhídrido carbónico y el agua. Así, esa gente no comprendía las cosas que la nutrían y vestían y transportaban.

"Me quedé allí con ellos durante tres días. Y luego, me fui a Jacksville. A Yawk City también. Eso era enorme. Se extendía hasta... Bueno, desde bien al norte de donde está hoy Boston hasta bien al sur de Washington... Eso era lo que llamaban Yawk City."

–Nunca creí en eso cuando él lo dijo –declaró Jim, interrumpiéndose.

Sé que no lo creyó. De haberlo creído, habría comprado tierra allí y esperado a que se valorizara. Conozco a Jim. Habría supuesto que siete millones de años son algo así como setecientos años y que quizá sus bisnietos podrían vender esas parcelas.

–De cualquier modo –prosiguió Jim–, dijo que todo se debía a la extensión que habían cobrado las ciudades. Boston se extendía hacia el sur, Washington hacia el norte, y York City, por todas partes. Y las ciudades intermedias crecían también.

–Y todo era una sola vasta máquina –seguía Sen–. Estaba perfectamente ordenado y limpio. Tenía un sistema de transporte que me llevaba del extremo norte al sur en tres minutos. Medí el tiempo. Ellos habían aprendido a neutralizar la aceleración.

"Luego tomé una de las grandes aeronaves del espacio para ir a Neptuno. Aún había algunas que volaban. Otras, venían por el camino contrario.

"La aeronave era enorme. Más que nada, un avión de carga. Alzó vuelo. Era un gran cilindro de metal de un kilómetro de longitud y medio de diámetro. Fuera de la atmósfera, empezó a acelerar. Noté que el tamaño de la tierra disminuía. He viajado en una de nuestras propias aeronaves a Marte y ese viaje demoró, en 3048, cinco días. A la media hora de viajar en aquel aparato la tierra se redujo a una estrella, con otra estrella más pequeña y apagada a su lado. Al cabo de una hora, nos cruzamos con Marte. Ocho horas después, aterrizamos en Neptuno. La ciudad se llamaba M'reen. Era grande como la Yawk City de mi tiempo... y no había allí un solo ser viviente.

"El planeta era frío y oscuro..., horriblemente frío. El sol, un disco diminuto y pálido, sin calor y casi sin luz. Pero la ciudad era sumamente cómoda. El aire resultaba fresco y grato, húmedo a causa de la fragancia de los capullos que crecían, perfumado con ellos. Y toda la gigantesca estructura de metal trepidaba apenas con el canturreo y el fuerte martillar de las poderosas máquinas que lo habían hecho y creado.

"Descubrí en las anotaciones que descifré, dado mi conocimiento del antiguo idioma en que se basaba el de ellos, y el idioma de la época en que el hombre se moría, que la ciudad había sido construida 3.730.150 años después de mi nacimiento. Ni una sola máquina ha sido tocada por la mano del hombre desde aquel día.

"Sin embargo, el aire era perfecto para el hombre. Y el tibio resplandor rosaplata se cernía allí en el aire y proporcionaba la única iluminación.

"Visité algunas otras ciudades, donde había hombres. Y allí, en los alrededores cada vez más lejanos del dominio del hombre, fue donde primero oí la Canción de las Nostalgias, como la llamé.

"Y otra, la Canción de los Recuerdos Olvidados. Escuche".

Él cantó otra de esas canciones.

–Sé una cosa –declaró Jim–. Esa nota de perplejidad resonaba con más fuerza en su voz y creo que a esa altura comprendí perfectamente sus sentimientos.

Porque, recuérdelo, sólo lo supe en forma indirecta por un hombre común y Jim lo oyó de un testigo ocular que no era común y lo oyó en esa voz de órgano. De todos modos, creo que Jim tenía razón cuando dijo: *No era un hombre común.*

–Ningún hombre común habría podido concebir esas canciones. Cuando entonaba esa canción, la melodía estaba repleta de tonos menores quejumbrosos. Adiviné que hurgaba en su mente buscando algo olvidado, algo que quería recordar desesperadamente, que sabía necesitaba conocer..., y comprendí que aquello se le evadía sin cesar. Adiviné que se le escapaba cada vez más el cantar. Oí a aquel solitario y frenético buscador que trataba de recordar aquello... aquello que lo salvaría. Y le oí proferir un pequeño sollozo de derrota... y la canción concluyó.

Jim leyó unas pocas notas. No tiene buen oído... pero aquello era demasiado vigoroso para olvidarlo. Sólo unas pocas notas canturreadas. Jim no tiene mucha imaginación, me parece, porque de lo contrario se habría vuelto loco cuando le cantara aquel hombre del futuro. Aquello no debía serles cantado a los hombres modernos; no les estaba destinado. ¿Ha oído usted esos alaridos desgarradores que profieren algunos animales, alaridos que parecen casi gritos humanos? Un somormujo, quizás..., que chilla como un loco a quien asesinan horriblemente.

Esto es desagradable y nada más. Esa canción le hacía comprender a uno con exactitud qué había querido decir el cantante: porque no sólo sonaba a voz humana, *era* una voz humana. Era la esencia de la última derrota de la humanidad, me parece. Uno se compadece siempre del hombre que pierde después de haber hecho grandes esfuerzos. Pues bien: uno podía sentir ahí a toda la humanidad esforzándose... y perdiendo. Y uno comprendía que ellos no podían permitirse perderlo, porque no podían intentarlo de nuevo.

Él dijo que le había interesado antes. Y, sin embargo, no lo habían contrariado del todo, aquellas máquinas que no podían detenerse. Pero eso era demasiado para él.

–Comprendí después de eso –continuó Sen– que aquéllos eran hombres entre los cuales yo no podía vivir. Eran moribundos y ya estaba vivo, con la juventud de la raza. Me miraban con la misma nostálgica y desesperanzada sorpresa con que contemplaban las estrellas y las máquinas. Sabían quién era yo, pero no podían comprender.

"Empecé a trabajar en los preparativos de la partida.

"Me demoraron seis meses. Aquello era difícil porque mis instrumentos, desde luego, habían desaparecido y los de ellos no señalaban con las mismas unidades. Y había pocos instrumentos, de todos modos. Las máquinas no descifraban los instrumentos: obraban sobre ellos. Eran, para ellos, órganos sensoriales.

"Pero Reo Lantal ayudó en todo lo posible. Y volví.

"Sólo hice una cosa que pueda servir, antes de mi partida. Quizás hasta trate de volver allí algún día... Para ver..., ¿comprende?

"¿Dije que ellos tenían máquinas que sabían realmente pensar? ¿Pero que alguien las había detenido desde hacía largo tiempo y nadie sabía ponerlas en marcha?

"Encontré algunas anotaciones y las descifré. Empecé una de las últimas y mejores y abordé un gran problema. Es simplemente adecuado hacerlo así. La máquina puede trabajar en ello, no durante mil años, sino durante un millón, en caso necesario.

"En realidad, inicié a cinco de ellos y los relacioné entre sí, como lo indicaban las anotaciones.



Librodot

"Ellos están tratando de hacer una máquina con algo que el hombre ha perdido. Esto parece un poco cómico. Pero piénselo bien antes de reír. Y recuerde esa tierra, tal cual la vi desde el nivel terrestre de New City momentos antes de que Deo Lantal oprimiera el conmutador.

"Crepúsculo: el sol se ha puesto. Afuera, el desierto, con sus místicos y cambiantes colores. La gran ciudad de metal que se elevaba con sus rectas murallas hacia la ciudad humana de arriba, con sus chapiteles y torres y grandes árboles de perfumados capullos. El resplandor rosaplateado en el paraíso de los jardines, arriba.

"Y toda la gran estructura de la ciudad latiendo y canturreando bajo el incesante y dulce martilleo de las máquinas perfectas e inmortales construidas más de tres millones de años... y no tocadas jamás desde entonces por manos humanas. Y seguían adelante. La ciudad muerta. Los hombres que habían vivido y alentado esperanzas y construido... y muerto para dejar en pos de ellos a esos hombrecitos que sólo pueden asombrarse y mirar y anhelar un tipo olvidado de camaradería. Vagabundeaban por las vastas ciudades construidas por sus antepasados, sabiendo menos sobre ellos que las propias máquinas.

"Y las canciones. Creo que ellas cuentan mejor la historia, Unos hombres pequeños, desesperanzados y vacilantes entre vastas máquinas ciegas e ignorantes que empezaron hace tres millones de años... y nunca supieron detenerse. Están muertas... y no pueden morir y estar calladas.

"De modo que traje a la vida otra máquina y le encargué una tarea que cumplirá en tiempos venideros.

"Le ordené que fabricara una máquina que tuviera lo que ha perdido el hombre. Una máquina curiosa.

"Y además, quería irme pronto y volver. Había nacido en la primera luz plena de la época del hombre. Yo no estaba en mi lugar en el tardío y moribundo resplandor del crepúsculo del hombre.

"De modo que volví. Un poco demasiado atrás. Pero no me demorará mucho volver... con exactitud, esta vez."

–Bueno, eso fue lo que dijo él –manifestó Jim–. No me dijo que eso fuese cierto... Nada de eso. Y me hizo pensar tanto que ni siquiera lo vi bajar en Reno cuando nos detuvimos para cargar nafta. Pero... no era un hombre vulgar –repitió Jim, con tono algo belicoso.

Jim afirma que no cree en el relato. Pero sí que cree; por eso habla siempre con tanta decisión cuando dice que el extranjero no era un hombre vulgar.

–No, no lo era, me parece. Creo que vivió y murió, también, probablemente, en algún momento del trigésimo primer siglo. Y creo que vio, también, el crepúsculo de la especie humana.



Librodot